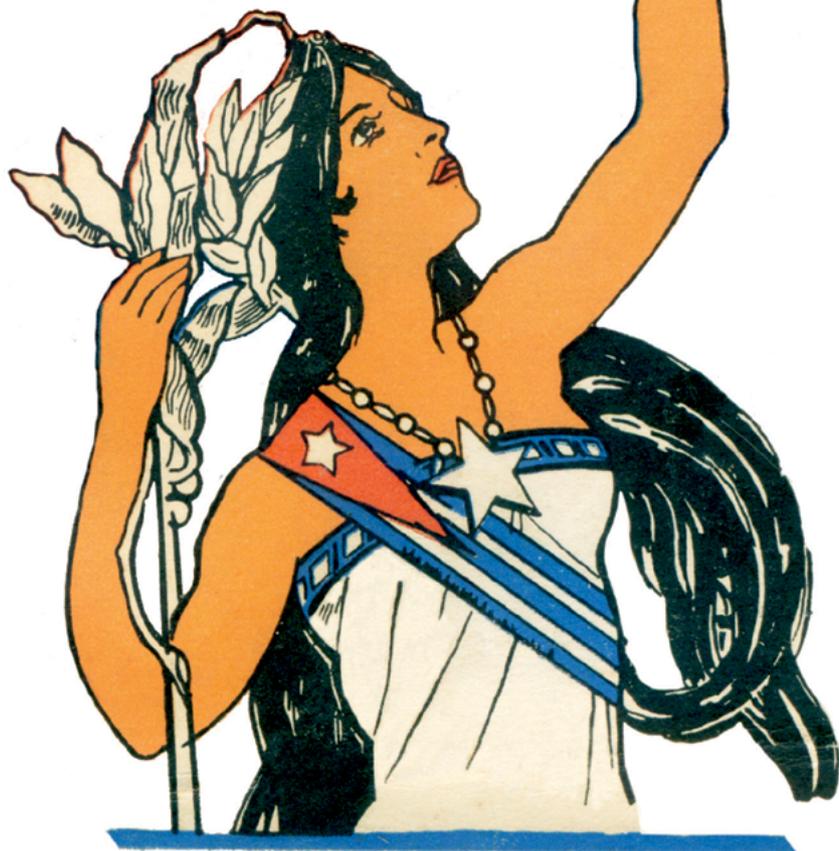


IDEOLOGÍA MAMBISA

JORGE IBARRA



Ciencias Sociales

Primera edición: Instituto del Libro, 1967
Segunda edición: Instituto Cubano del Libro, 1972
Tercera edición: Editorial de Ciencias Sociales, 2022

Edición: Ricardo Luis Hernández Otero
Diseño de cubierta: Yisell Llanes Cuellar
Ilustración de cubierta: Detalle de la de Raúl Martínez en ediciones anteriores
Corrección: Magda Dot Rodríguez
Composición: Irina Borrero Kindelán

© Herederos de Jorge Ibarra, 2022
© Sobre la presente edición:
Editorial de Ciencias Sociales, 2022

ISBN: 978-959-06-2486-5

Estimado lector, le estaremos muy agradecidos si nos hace llegar su opinión, por escrito, acerca de este libro y de nuestras ediciones.

INSTITUTO CUBANO DEL LIBRO
Editorial de Ciencias Sociales
Calle 14, no. 4104 entre 41 y 43, Playa, La Habana, Cuba
editorialmil@cubarte.cult.cu
www.nuevomilenio.cult.cu

ÍNDICE

I / 6

NOTAS SOBRE NACIÓN E IDEOLOGÍA / 7

La Nación Cubana / 7

Comunidad económica y comunidad territorial / 8

Ideología colonial e ideología nacional. criollismo blanco y cubanía / 17

La cubanía revolucionaria del 68 / 34

Criollismo blanco contra cubanía revolucionaria (1878-1895) / 47

Fracaso y triunfo de la nación cubana / 59

II / 63

LA PERSONALIDAD HISTÓRICA DE CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES Y DE IGNACIO AGRAMONTE / 64

Toma de conciencia revolucionaria de Ignacio Agramonte / 67

Carlos Manuel de Céspedes y la constitución de un frente único de clases / 69

La destitución de Céspedes: expresión de la lucha de clases / 76

EL RESURGIMIENTO DEL ANEXIONISMO EN LA CÁMARA DE REPRESENTANTES HACIA 1876: ANTECEDENTE POLÍTICO DEL PACTO DEL ZANJÓN / 79

EL ZANJÓN Y LA GLORIOSA PROTESTA DE BARAGUÁ / 86

LA GUERRA CHIQUITA / 104

Oposición de la emigración revolucionaria al Zanjón / 105

Organización clandestina en Cuba / 105

Estallido insurreccional del 26 de agosto en Santiago de Cuba / 108

Deportación de Martí / 110

Prédica de Martí en el exilio / 111

Desacertada y fatal decisión de Calixto García / 115

MORAL Y REVOLUCIÓN EN ANTONIO MACEO / 120

INDEPENDENTISMO Y ANTIMPERIALISMO DE MACEO / 130

Independentismo insobornable / 132

Antimperialismo consecuente / 136

JOSÉ MARTÍ Y EL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO / 140

El Partido / 142

Las bases / 145

La Unidad Revolucionaria / 146

El milagro de Martí / 147

INTERNACIONALISMO REVOLUCIONARIO Y ANTIMPERIALISMO DE MARTÍ / 149

LA ASAMBLEA DE JIMAGUAYÚ / 158

PLATTISMO Y ANTIMPERIALISMO EN LOS INICIOS DE LA REPÚBLICA / 165

Surgimiento de una conciencia antimperialista en el pueblo cubano / 170

Desarrollo del pensamiento revolucionario cubano / 173

DATOS DEL AUTOR / 178

A la memoria de Tony Briones

I

NOTAS SOBRE NACIÓN E IDEOLOGÍA

Las notas que siguen tienen por objeto presentar, bajo la forma más sistemática y clara posible, el contenido fundamental de nuestras luchas de liberación nacional en el siglo XIX. Por encontrarse la ideología independentista indisolublemente vinculada al proceso de formación nacional cubano, estimamos necesario hacer un estudio previo de los orígenes de nuestra nación.

LA NACIÓN CUBANA

Los estudios marxistas de las distintas formaciones nacionales han coincidido en lo fundamental en cuanto a los requisitos esenciales que hacen posible la formación de la nación. No obstante, ha habido discrepancias sustanciales en cuanto a la «movilidad» e «interrelación» de estos factores y al papel que desempeña la «comunidad económica» al cohesionar definitivamente una determinada comunidad humana en su *habitat*.

Estas disquisiciones indudablemente han ensanchado el ámbito teórico de los estudios sobre la nación. En lo que respecta a nuestras investigaciones, nos han planteado la necesidad de partir del tipo de formación

social dominante en Cuba en el siglo XIX, el régimen de plantaciones, así como el modo peculiar en que este articula y suelda en un todo único las regiones del país en una comunidad económica, y al mismo tiempo integra los factores humanos de diversa procedencia étnica que componen la población.

COMUNIDAD ECONÓMICA Y COMUNIDAD TERRITORIAL

Aun cuando el territorio, el ámbito geográfico en que se formó históricamente la comunidad insular, no fue el producto de disputas fronterizas, ni se integró en el curso de luchas de carácter político-militar, no cabe la menor duda de que las deficientes comunicaciones, el estado permanente de aislamiento en que vivieron las primeras comunidades locales, debieron engendrar un hondo espíritu de regionalismo en el período histórico que corre desde el descubrimiento hasta bien entrado el siglo XIX. Por otra parte, la escasa producción mercantil imperante en los primeros siglos de vida colonial determinaba que las diferentes regiones económicas tendieran al autoconsumo, creándose de esta suerte intereses económicos locales de considerable importancia. No obstante, el ininterrumpido desarrollo de la producción mercantil del azúcar, del café y del tabaco que se opera a partir del siglo XIX, contribuye a fundir las economías locales en una economía nacional.

La década de 1840 será definitiva en ese sentido al inaugurarse los ferrocarriles, las líneas marítimas de cabotaje en gran escala y el telégrafo, con lo que se logrará cabalmente la unificación territorial del país. El correo de Santiago de Cuba a La Habana, que se realizaba dos veces por mes al comenzar el siglo XIX, funcionará diariamente a partir de 1857. No tenemos a nuestro alcance documentos demostrativos del hondo espíritu regional que debió prevalecer en vastas zonas del país en nuestros primeros siglos de vida colonial, pero el carácter

marcadamente fraccional y localista de muchas de las luchas intestinas del 68 nos demuestran que, a pesar de haberse creado movimientos políticos y conspiraciones que llegaron a comprender regiones apartadas del país en la primera mitad del siglo XIX, a duras penas había logrado cuajar un espíritu nacional con anterioridad al estallido de Yara. No obstante, conviene subrayar que las bases de esta comunidad territorial y económica, de la cual es reflejo la existencia de una conciencia nacional, quedaron sentadas definitivamente en la primera mitad del siglo XIX.

En cuanto a la dinámica unificadora de las diversas unidades regionales del país, es preciso consignar que esta se opera cuando las plantaciones de azúcar y café, cuyos productos se transforman en mercancías al ser destinados al mercado mundial, subordinan en gran medida todas las ramas de la agricultura a sus necesidades económicas. La producción agropecuaria, la tala de bosques, la producción para el consumo del pequeño agricultor es destinada fundamentalmente al mercado local que crean las plantaciones. De este modo, la suerte de la economía de plantaciones es la suerte de todas las ramas económicas dependientes. Desde luego, el tipo de relaciones económicas establecidas determina la subordinación política y social de amplios estratos de la población al poder de los dueños de plantaciones. La comunidad económica de la nacionalidad se funda, por lo tanto, sobre la hegemonía de los propietarios de plantaciones. Estas formas de predominio, basadas en la estrecha vinculación económica, viabilizan la creación de una conciencia nacional.

Una de las características del régimen de plantaciones que se establece en las colonias de América a fines del siglo XVIII es el sistema de trabajo basado en la coerción extraeconómica. En las condiciones existentes en América era imposible reclutar grandes cantidades de trabajadores procedentes de Europa para que se sometieran voluntariamente al régimen de trabajo disciplinado y servil

que requería la economía de plantaciones. Los obreros libres europeos que emigraban voluntariamente al Nuevo Mundo buscaban forjarse un modo de vida independiente, asentándose como agricultores o dedicándose al artesanado. Como quiera que estas oportunidades abundaban, no era concebible que los emigrantes se vieran forzados a vender su fuerza de trabajo, ni a acogerse a las bondades del *contrato social*. De este modo, la existencia de las plantaciones quedó supeditada a las carecías de esclavos, ya por medio de la guerra o por medio de expediciones a las «zonas productoras» de África.

En Cuba la importación masiva de esclavos se producirá a partir de 1790, como resultado de la necesidad creciente de acumulación de capitales de los terratenientes criollos dedicados a la explotación de productos agrícolas altamente cotizables en el mercado mundial. De esta fecha a 1865 más de 467 288 esclavos entrarán en Cuba, produciendo hondos y substanciales modificaciones en la vida colonial. El núcleo original criollo que en el curso de los primeros siglos de la factoría había ido forjando una comunidad cultural propia, absorbiendo deliberada o involuntariamente los aportes del negro, pero teniendo como matriz hegemónica la cultura española, no podrá, desde luego, integrar en el proceso de formación nacional a tan vastos contingentes humanos de diversas procedencias étnicas y culturales. Segregados de la sociedad civil, confinados en las concentraciones carcelarias de los barracones, la inmensa mayoría de ellos no podrá incorporarse a la cultura criolla. Empero, no es posible hacer abstracción del impacto cultural que necesariamente produjo en la sociedad criolla la presencia masiva de miles de esclavos en el país.

Los resultados más inmediatos de esta fueron el acele-ramiento del proceso de transculturación afro-española y la diferenciación, en un grado más alto, entre la cultura criolla en formación y los tradicionales moldes hispánicos. Félix Tanco, en su rica y variada correspondencia con Domingo del Monte, observó, quizás un poco exage-

radamente, este fenómeno. En carta a Del Monte fechada en 1837, después de hacer referencia a la introducción en el idioma de «una infinidad de palabras y locuciones inhumanas y bárbaras que son de uso corriente en nuestras sociedades de ambos sexos que se llaman cultas y finas», Tanco pasa a describir la influencia africana en la música y el baile: «¿Quién no ve en los movimientos de nuestros mozos y muchachas cuando bailan contradanzas y vales una imitación de los negros en sus cabildos? ¿Quién no sabe que los *bajos de los dancistas* del país son el eco del tambor de los tangos? Todo es africano, y los inocentes y pobres negros, sin pretenderlo, y sin otra fuerza que la que nace de la relación en que están ellos con nosotros, se vengan de nuestro cruel tratamiento inficionándonos con los usos y maneras inocentes, propias de los salvajes de África».

En carta de 20 de agosto de 1838, Tanco exponía sus ideas sobre la novelística y la dramaturgia criollas. Estas debían «presentar a los contrastes de los dos colores de nuestra población; los negros y los blancos trabajándose mutuamente, pervirtiéndose hasta en lo más indiferente de la vida, de tal manera que en los blancos se ven a los negros y en los negros a los blancos»... «Hasta ahora, se ha tenido miedo a presentar a blancos y negros en escena, como si no estuviéramos ya en la realidad, no ya juntos sino injertados, amalgamados como cualquier confección farmacéutica».

En carta de 5 de noviembre de 1838, Tanco volverá a insistir sobre el mismo tema: «Dejemos la ridícula manía o el error de pintar una sociedad escogida, la sociedad blanca sola, aislada, porque los negros se *destiñen* y ensucian a esa sociedad, y es preciso verlas con los tiznes que le deja su roce: es decir que es indispensable, es necesario, ver a los negritos».

Aparte de la marcada tendencia a la hipérbole, tanto en cuestiones políticas como literarias, que le es reconocida a Tanco, no cabe duda de que el proceso de interpenetración cultural fue acelerado notablemente en la

primera mitad del siglo XIX. Pero si bien existían fuerzas que tendían a la fusión cultural, estas tenían que manifestarse necesariamente de un modo no explícito y marginal en una sociedad rígidamente compartimentada y estratificada.

Un estudio detallado de los bandos de buen gobierno y de la legislación vigente nos da una idea de las prohibiciones y exclusiones que segregaban al negro y al mulato de la sociedad civil. El régimen de plantaciones exigía una ordenación jurídica similar al de una sociedad dividida en castas. Los negros y mulatos no podían mezclarse con los blancos en los bailes, los espectáculos ni los paseos. No podían tampoco participar en las representaciones teatrales. En los circos tenían reservado un lugar aparte. No se permitía a pardos ni a negros circular por las calles de noche. No podían tampoco portar armas. No se permitía que se les expidieran bebidas alcohólicas a negros «de nación». En la incipiente clase obrera, con fuerte conciencia artesanal, se proyectaba también el espíritu de casta predominante en la sociedad colonial. La primera sociedad de «Socorros Mutuos» de artesanos blancos inscrita a solicitud de Adolfo Rivas, estipulaba que «la sociedad admitía en su seno a toda persona blanca y de buena educación»... Asimismo, la sociedad de «Socorros Mutuos La Divina Pastora» exigía como requisito que sus asociados fueran blancos. De 1857 en adelante empezaron a inscribirse también sociedades de Socorros Mutuos de pardos y morenos. Bachiller y Morales, en su libro *Los negros*, nos habla de bandos de buen gobierno que prohibían el matrimonio de negros y blancos.

El ascenso del movimiento abolicionista hacia 1844 introdujo en la legislación nuevas prohibiciones y exclusiones para los negros y mulatos libres. La política racial de las autoridades coloniales se tornó más severa e inhumana. El 31 de mayo de 1844, la Capitanía General dictó una serie de disposiciones tendentes a convertir los ingenios en unidades completamente cerradas, al margen de la vida social. Una de esas providencias ordenaba

a los amos que previnieran a sus mayores y administradores a los efectos de impedir la entrada de negros y mulatos libres en los ingenios. Toda persona de color que merodeara cerca de las fincas debía ser detenida. Las personas encargadas de realizar diligencias fuera de las plantaciones debían ser blancas, a los efectos de evitar contactos entre las dotaciones y el campesinado negro y mulato. El número de empleados blancos en los ingenios debía ascender, por lo menos, a 5 % del número de esclavos. Se dudaba de la vigilancia que unos esclavos pudieran realizar sobre otros.

Otra serie de medidas dictadas en la misma fecha encargaban su aplicación a las autoridades locales, e iban dirigidas contra la población negra libre. Las autoridades quedaban encargadas de recoger a los negros emancipados existentes en la Isla tan pronto como empezaran a disfrutar de su libertad, por haber terminado «su instrucción civil y religiosa» (*sic*), para sacarlos de la Isla. Las autoridades de cada localidad debían recoger de igual modo a todos los negros y mulatos libres que no tuvieran oficio, propiedad o modo de vida conocido, para que fueran juzgados por tribunales de vagos. Las autoridades establecerían una estrecha vigilancia sobre los campesinos negros y mulatos. Se observaría rigurosamente la prohibición de reuniones de individuos de color tanto en el campo como en la ciudad, sin autorización previa de las autoridades.

Bastaba la palabra de un blanco en el sentido de que un hombre de color le había faltado al respeto, para que sobre este cayera todo el rigor de las autoridades.

Las disposiciones recogieron también los delirios racistas de la época. Se prohibía expresamente, de un modo terminante y absoluto, que se emplearan en las boticas negros y mulatos, por temor a que envenenasen a los blancos. Sobre la población negra y mulata libre recayó todo el peso de la Comisión Militar Ejecutiva y Permanente creada en 1825 para reprimir cualquier intento de subvertir el orden social imperante.

Desde entonces todos los negros y mulatos libres fueron considerados enemigos potenciales, que debían ser segregados cautelosamente.

La existencia de los cabildos, organizados por la legislación colonial de acuerdo con la nacionalidad de los diversos grupos étnicos africanos, es una prueba más de la compartimentación cultural de la vida colonial. Hasta bien entrada la década de 1890 los reglamentos de los cabildos exigían, como requisito, el mantenimiento de los toques de tambor de la nación de donde eran originarios. Los cabildos de yorubas mandingas, carabalíes, congos, eran fieles custodios del acervo cultural del que eran herederos.

No obstante, en virtud de la legislación que prohibía la adoración de los fetiches, por un proceso de sincretismo muchas de las divinidades católicas fueron a enriquecer el panteón africano, sustituyendo con sus imágenes las antiguas representaciones antropomorfas. Así fue como San Lázaro vendría a hacerse uno con Babalú Ayé, la Virgen de Regla con Yemayá, Santa Bárbara con Changó... Si nos atenemos a la interpretación que nos da Alejo Carpentier de este proceso de transculturación, debemos llegar a la conclusión de que el contenido religioso original se mantuvo, cambiando tan solo la forma.

La totalidad de estos fenómenos de interpenetración cultural que se producen en las ciudades es cuestionable. Se trata más bien de matizaciones formales de las culturas africanas al ponerse en contacto con la cultura criolla. La heterogeneidad cultural parece primar. La cultura de los grupos étnicos africanos recoge en la superficie la influencia criolla y española, sin que la substancia original se trasmute. En lo que se refiere a la música criolla, la manifestación más permeada por la presencia africana, Carpentier ha afirmado con su indiscutida autoridad: «Por suerte para el investigador la cubanidad de la música criolla es muy relativa en la primera mitad del siglo XIX. Se debe más a inflexiones que a modalidades de la interpretación, a matices superficiales que a cuestión

de gráfica. No hay un caso de creación de ritmos nuevos, hasta pasado el 1850». Estos criterios son reafirmados en otra parte de su monografía sobre la música en Cuba: «Esas orquestas de flautines, clarinete, tres violines, un contrabajo y un par de timbales (C. Villaverde) a más de güiros y calabazas, eran, con un cornetín más o menos, las mismas que se oyen todavía en los bailes de los pueblos. Fueron las creadoras de una música mestiza de la que toda raíz africana pura —en cuanto a melodía y ritmos de percusión— ha quedado excluida. Habrá que esperar a fines del siglo para que la música ancestral de África, oculta en los barracones, llevada en las mentes de los esclavos y libertos de reciente emancipación, salga de lo esotérico para insinuarse en la música del baile».

Es, en efecto, en los barracones de las plantaciones donde yace incrustada, como un cuerpo extraño, no asimilada aún por el proceso de formación nacional, la cultura de los más diversos grupos étnicos africanos en su más pura esencia. Los ingenios constituyen, desde el punto de vista cultural y social, unidades cerradas donde la cultura española no intenta penetrar. Las creencias religiosas, costumbres, idiomas, sicología de los diversos grupos étnicos que forman las dotaciones de esclavos se conservaban en su más prístina pureza en las primeras generaciones. Antonio Bachiller y Morales afirma que, con excepción de los congos, «la mayor parte de los negros conservan los cantares de su tierra, con los aires y lenguas respectivas».¹ Hacia 1876 el médico francés

1 En las deliberaciones de la Junta de Información de 1866 los comisionados reformistas se opusieron a que se destinaran misioneros de las distintas órdenes religiosas existentes en España a evangelizar a las dotaciones de esclavos, porque, entre otras razones, entendían que «sería ineficaz en aquellas haciendas donde una gran parte, si no la mayor parte, son bozales que no entienden el castellano». El abogado habanero Rafael Azcárate, que presentía entre los misioneros extranjeros un padre Las Casas que predicara la igualdad cristiana sin tener en cuenta las características disciplinarias de los ingenios, planteó en el curso de las discusiones la siguiente tesis, recogida por el secretario

Henri Dumont, que hizo los primeros estudios antropológicos en Cuba, propuso que se hiciera un diccionario con las voces de las diversas nacionalidades africanas existentes en las plantaciones, a los efectos de que los médicos de los bateyes se pudieran entender con los esclavos. Como bien ha señalado Fernando Ortiz, la jerga especial con que se entendían los mayorales con los esclavos, tomaba como raíz voces del idioma inglés, que fue durante muchos años el de las factorías de África y de la trata, o bien voces de origen onomatopéyico. En cuanto a los negros criollos esclavos de plantaciones, que constituían una minoría que a duras penas hablaba el español, sin contacto con la población criolla libre, reclusos en las concentraciones cuartelarias de los barracones, sus hábitos, costumbres, cultura y psicología no diferían sustancialmente de los de sus antecesores.

No puede hablarse, pues, de una comunidad nacional de cultura, mientras se mantengan al margen de la sociedad civil más de 300 000 africanos sometidos al régimen de esclavitud. Se trata, nada menos, que de 36 % de la población que no ha sido asimilado culturalmente y cuyo idioma, cultura, psicología, religión y tradiciones difieren sustancialmente de la cultura criolla, cuya matriz sigue siendo de factura española. Un ejemplo altamente ilustrativo de lo dificultoso que resulta para estos grupos étnicos la suplantación de su cultura y de lo estrecho que eran sus vínculos con su suelo nativo lo constituye, sin lugar a dudas, la emigración al África de más de cinco

de Actas de la Junta: «El interés de los propietarios de esclavos es lo que principalmente tiene en cuenta para rechazar las misiones, y haciendo la distinción entre la enseñanza de la doctrina y la celebración de oficios divinos (es decir, la misa), considera la predicación religiosa porque o será conforme a los principios de la religión de Jesucristo, y en ese caso incompatible como es con la esclavitud, despertará en los esclavos aspiraciones a la libertad y será ocasión de desórdenes terribles, o se apartará de la verdadera doctrina cristiana por temor de producir perturbaciones a la constitución social de las Antillas y faltará en ese caso gravemente a su elevado objeto».

mil esclavos hacia la década de 1890, según cálculos de Pérez de la Riva. Si se tiene en cuenta que la mayoría de estos eran esclavos urbanos, domésticos sometidos a un régimen de trabajo más benigno y en contacto estrecho con la población criolla, y que tuvieron que pagar sus pasajes tras múltiples sacrificios, no nos queda más remedio que reconocer que es imposible estudiar la historia de Cuba a partir de esquemas predeterminados. Mientras no se destruya la regimentación étnica y la barrera infranqueable de la esclavitud, mientras no se establezcan nuevas relaciones sociales entre los diversos grupos étnicos, no se ha rebasado el umbral de la nacionalidad, ni se ha alcanzado el grado de cohesión social que fusione en una unidad superior a la nación. La ideología del grupo dominante criollo blanco en la primera mitad del siglo XVIII refleja la superestructura de la sociedad colonial, la inflexible estratificación de la estructura social. No será sino hasta la guerra de los Diez Años, en que se rompen los lazos de la servidumbre esclavista, cuando se creen nuevas relaciones sociales en la comunidad cubana. Al proclamar la confraternidad étnica, la igualdad jurídica y la libertad política, la vanguardia revolucionaria del 68 sentaba las bases definitivas para la formación de la nación cubana. En los 14 años que corren de 1868 a 1882, del decreto de la abolición gradual de Céspedes a la supresión de la esclavitud en todo el país por la Ley Moret, se completará el ciclo de formación de la nación.

IDEOLOGÍA COLONIAL E IDEOLOGÍA NACIONAL. CRIOLLISMO BLANCO Y CUBANÍA

A fines del siglo XVIII un eminente clérigo de La Habana, Rafael del Castillo y Sucre, obispo luego de Mérida, podía decir sin temor a incurrir en una herejía, en el curso de un sermón que dirigiera a «los pardos y morenos» que participaron en la defensa de la ciudad contra las fuerzas británicas: «A la vista de vuestras heridas no debíais envidiar a los militares más ilustres... ni de vuestra sangre que

yo no desdeñaría mezclar con la de mis propias venas». Es esta quizás la más alta expresión de solidaridad humana alcanzada por la precaria comunidad que se asentó en la Isla, tras un largo período de vicisitudes. El carácter relativamente benigno y patriarcal de la esclavitud en las haciendas ganaderas, determinada por el hecho de que la economía nacional no se encuentra vinculada integralmente al mercado mundial, tendía a crear lazos de subordinación basados en el paternalismo.

Estos gérmenes de solidaridad social serán sepultados por la regimentación social que demanda el sistema esclavista de plantaciones. Convencido de que las perentorias necesidades de acumulación de capital de los grandes dueños de plantaciones, comprometidos en la producción para el mercado mundial y enfrascados en una competencia feroz por supervivir, requieren una organización del trabajo basada en la explotación más implacable e inhumana, Francisco de Arango y Parreño solicitará la disolución de las milicias de pardos y morenos que tradicionalmente habían defendido la Isla de los ataques extranjeros: «Este establecimiento, considerado militarmente y con relación a la seguridad exterior, sería un recurso necesario en aquellos tiempos, pero hoy que habrá suficiente número de blancos, no se debe aventurar la seguridad interior. No son los dos batallones armados los que amedrentan más. Los veteranos, los licenciados a los campos son los que amedrentan más». La condición social de los negros y mulatos, esclavos o libres, no determina el grado de sumisión al grupo étnico dominante. El régimen de plantaciones necesita fragmentar férreamente la sociedad. En Haití, esclavos negros y mulatos libres se habían mancomunado para destruir el poder esclavista. La sociedad insular debía ser disciplinada estrictamente. Arango y Parreño dará la voz de alerta:

Dirán algunos que la diferencia de libres y esclavos separará sus intereses y será para nosotros en cualquier caso una barrera respetable. Todos son ne-

gros: poco más o menos tienen las mismas quejas y el mismo motivo para vivir disgustados con nosotros. La opinión pública, el uniforme modo de pensar del mundo conocido los ha condenado a vivir en el abatimiento y la dependencia al blanco y esto basta para que jamás se conformen con su suerte, para que estén siempre dispuestos a destruir el objeto a que atribuyen su envilecimiento.

He aquí la contradicción viva de la época. Mientras por una parte la dirigencia política de la clase de plantaciones estimula el desarrollo de las ciencias sociales y naturales y la introducción de la más alta técnica capitalista, y toda su gestión tiende a crear un pensamiento político propio de los intereses insulares, independiente de la política colonial española, por otra parte le cierra el paso a la solidaridad nacional. La imagen del negro y el mulato libres de los tiempos de la factoría es borrada por la perspectiva inhumana de los fríos y endurecidos esclavistas de la época. «Un esclavo es una cosa», dice el derecho esclavista romano. Y esta cruel negación del sentimiento más elemental de humanidad es repetido en las aulas universitarias. A mediados del siglo XIX un obispo discutirá todavía si los negros tienen alma. «Negros son todos», esclavos africanos y libertos criollos, ha dicho Arango y Parreño, y eso basta para que sobre todas las capas de la población negra de la Isla se extienda el prejuicio discriminatorio que emana de la esclavitud. Potencialmente todos son enemigos de la «supremacía blanca» de los dueños de plantaciones. Así, cuando hacia 1820 surge en la clase media criolla el ideal independentista, alentado por las repúblicas latinoamericanas, Arango y Parreño hace un balance de las fuerzas que pugnan en la sociedad criolla: «Contamos, no obstante, en todos casos y estudios, con los grandes propietarios, con esos buenos vasallos y malísimos soldados. Y ¿los demás? Los jóvenes, los aventureros, los descamisados, la gente de color, los esclavos... ¡Cuántos enemigos, si un ejército de revolucionarios enarbola en nuestras playas la bandera de recluta!».

No obstante, los vientos de fronda que batían desde el continente torcieron el rumbo ante la gélida oposición de los Estados Unidos. Pero la experiencia les había servido a los grandes dueños de plantaciones para convenirse de la necesidad de extender a todas las capas de la población blanca el temor al negro. La leyenda del «peligro negro», luego utilizada por el poder colonial en la guerra de los Diez Años, había sido elaborada por Arango y Parreño. Sobre ella remacharían, una y otra vez, sus herederos del reformismo criollo, hasta lograr persuadir a los sectores de la clase media de los peligros que según ellos entrañaba la unidad étnica del país en una guerra por la independencia.

La polémica en torno a la anexión de Cuba a los Estados Unidos, colocaría de nuevo en un primer plano el debatido asunto de la integración nacional. El temor a que una intervención armada norteamericana o una guerra civil desatada por los anexionistas trajera como consecuencia la liberación de los esclavos y, por lo tanto, se pusiera en peligro la hegemonía blanca, determinó que Saco se enfrentara a los aventureros radicados en New York.

En el curso de la polémica, el combativo bayamés dejaría bien sentado cuáles eran los criterios de su clase sobre la nacionalidad: «La nacionalidad cubana —advirtió solemnemente— de que yo hablé, de la única que debe ocuparse todo hombre sensato, es la formada por la raza blanca, que solo se eleva a poco más de cuatrocientos mil individuos». Esta tesis reaccionaria del criollismo blanco, que excluía arbitrariamente de la nacionalidad cubana a los negros y mulatos criollos y negaba toda posibilidad de integración en la comunidad insular a los esclavos africanos, desconocía el proceso de solidaridad nacional que se iba operando lentamente en los estratos más bajos de la sociedad. Con razón ha señalado Fernando Ortiz que «la cubanía fue brotada desde abajo, no llovida desde arriba». Saco se negaba a reconocer que las conspiraciones independentistas de 1820 a 1830, donde blancos y negros habían conspirado juntos, catalizaban

las más profundas tendencias de integración nacional. Ya en 1820, un viajero inglés, Francis Robert Jameson, señalaba con previsora pupila, al referirse al mestizaje criollo: «¡Por mi parte, veo con placer esta confusión genealógica previendo la época en que la esclavitud, sin nuevos aportes de víctimas africanas, será considerada como el símbolo del crimen, y la población de esta Isla, convirtiéndose en una *verdadera comunidad*, no considerará vergonzoso ningún color, a no ser el del rubor que enrojecza las mejillas de la tiranía y las avaricias despiadadas!».

Representante ideológico del criollismo blanco, Saco no podía erigirse en defensor de la comunidad de cultura nacional, la cual presuponía no solamente la asimilación del aporte cultural africano, sino la identificación de las distintas nacionalidades africanas dentro de la nacionalidad cubana en formación, en sus aspiraciones comunes.

La solución de la crisis que atravesaba el país la veía Saco en «la disminución, la extinción si fuera posible de la raza africana». Para realizar tal propósito proponía Saco darles «otra patria a todos los nuevos libertos». En esto coincidía con Lorenzo de Allo, quizás el más progresista de los anexionistas, quien aplaudió la idea de enviar a toda la población negra norteamericana a Liberia. El portavoz del grupo supuestamente más progresista del anexionismo, Gaspar Betancourt Cisneros, exponía su programa racial en los siguientes términos:

Españoles somos y españoles seremos engendrados y cagaditos por ellos, oliendo a guachinangos, sambos, gauchos, negros, Paredes, Santa Ana, Flores, etc., etc. ¡Qué dolor, Saco mío! ¡Qué semilla! ¡No me digas que deseas para tu país esa *nacionalidad*! ¡No, hombre! Dame turcos, árabes, rusos; dame demonios, pero no me des el producto de españoles, congos, mandingas y hoy (pero por fortuna ya frustrado el proyecto) malayos para completar el mosaico de población, ideas, costumbres, instituciones, hábitos y sentimientos de hombres esclavos (...).

En otra carta a Saco, Betancourt Cisneros definirá aún más los proyectos anexionistas para la formación de una nacionalidad basada exclusivamente en la unión de la población blanca de la Isla con la población blanca norteamericana que emigraría como resultado de la anexión a los Estados Unidos. «En muy pocos años y en una progresión incalculable —escribirá Betancourt Cisneros— Cuba tendría en su suelo quinientos mil blancos (norteamericanos) que no se *absorberían*, sino que se *injertarían* en otros quinientos mil que tiene Cuba; y ellos con ellos harían otros quinientos mil que, mal que le pesase a Saco, serían cubanos». Lorenzo de Allo, por su parte, veía con absoluta indiferencia que se suplantara nuestra nacionalidad por la nacionalidad norteamericana. En un folleto dado a la publicidad en New York, en el mes de diciembre de 1851, De Allo, que usaba el seudónimo de *El peregrino*, contestó al argumento español de que los cubanos no se amalgamarían con los norteamericanos por ser «tan distintos su carácter, costumbres e idioma» con las siguientes palabras: «Con las cosas buenas se amalgaman todos los hombres, y los cubanos conservarían o no, según quisieran, sus hábitos y sus costumbres». Aun cuando el norteamericanizado *El peregrino* fuera partidario de la abolición gradual, igual que Betancourt Cisneros, esta medida debía ser aplicada una vez que se incorporara políticamente la Isla a los Estados Unidos. Empero, la correlación de fuerzas existente en el poderoso vecino entre el Norte industrial y el Sur esclavista no favorecía la supresión de la esclavitud en Cuba, en caso de que esta fuese anexada.

El apoyo irrestricto de los círculos políticos del Sur de los Estados Unidos a los intentos de Narciso López estuvo determinado por la necesidad e influencia política en la lucha contra el Norte. De ingresar Cuba como un Estado esclavista más en la Unión, sus votos en el congreso serían para el Sur. De esto estuvieron conscientes los anexionistas más «progresistas» —que predicaban la abolición gradual *teóricamente*, pero en la *práctica* de-

fendían la conservación de la esclavitud—, al convertir a Narciso López en un paladín de la libertad. Ninguno de ellos combatió la identificación absoluta de López con los esclavistas del Sur, ni sus propósitos de anexionar la Isla al régimen de plantaciones sureño, más que a la república norteamericana. Esto implicaba la conservación indefinida del régimen esclavista, y, sin embargo, los anexionistas teóricamente más «progresistas» aplaudieron los esfuerzos de López. La polémica anexionista, indudablemente, sirvió para revelar la intolerancia de los dueños de plantaciones a aceptar en la nacionalidad a los grupos étnicos alógenos.

No obstante, al defender Saco los intereses del criollismo blanco, se oponía objetivamente a la absorción de nuestra incipiente nacionalidad por los Estados Unidos. Del confrontamiento de dos culturas radicalmente opuestas, necesariamente una de ellas habría de desaparecer absorbida por la dominante. Tal había sido el caso de las minorías nacionales francesas de New Orleans y Louisiana. Estas consideraciones del ilustre vocero reformista no fueron atendidas por los anexionistas, que renegaban hasta de su cultura matriz hispánica. No se trata aquí, desde luego, de satirizar a la dirigencia anexionista, pues una parte considerable de la población blanca todavía compartía su criterio racista, bajo el peso de la superestructura esclavista imperante. Pero es preciso señalar, so pena de identificarnos con una falsa corriente histórica, que el anexionismo era una desviación de la idea nacional, una negación del camino irreversible que había tomado la integración nacional. El aporte que pudo significar el anexionismo a la nacionalidad en formación nos parece muy dudoso. Habría que partir de una interpretación teleológica de la historia, según la cual todo acontecimiento o tendencia política representa necesariamente un progreso o un avance y, por lo tanto, tiende a cumplir una finalidad histórica predeterminada. Es decir, que todo lo que sucede implica necesariamente un progreso. Pero la historia, por suerte o por desgracia, no

marcha en línea recta, sino que existen coyunturas de retroceso en las que los objetivos por los que se lucha se ven postergados por circunstancias adversas. No era preciso el antecedente anexionista para que se produjeran nuestras guerras por la independencia. En cambio, el movimiento anexionista distrajo a las fuerzas objetivamente opuestas al poder colonial de sus objetivos históricos y de su derrotero correcto.

Un corte transversal de la última coyuntura histórica del reformismo debe servirnos para precisar la contradicción determinante que impide la cristalización definitiva de la nación cubana. Mientras no se produzca una ruptura total con el sistema esclavista de plantaciones, como totalidad orgánica, con sus «niveles» o «instancias» económicas, políticas e ideológicas, no se podrá asentar sólidamente el edificio de la nación. Hasta 1868, la contradicción dominante de la sociedad criolla ha sido la contradicción dueños de plantaciones-esclavos. La dirigencia política e ideológica del sistema esclavista de plantaciones ha subordinado sus aspiraciones hegemónicas al mantenimiento de las relaciones de producción esclavista. El temor a que una guerra de independencia se transforme en una guerra civil de esclavos contra amos, ha paralizado a la poderosa clase esclavista criolla. «Cuba española primero que africana» es la consigna del movimiento reformista. El temor y el odio al negro ha sido la característica más sobresaliente de la primera mitad del siglo XIX.

Por otra parte, la introducción de la maquinaria de vapor ha traído paradójicamente un recrudescimiento de la explotación esclavista. La maquinaria se ha convertido en un Moloch insaciable que devora la vida de miles de esclavos. La capacidad de moler de la máquina ha aumentado en proporciones gigantescas el trabajo de los esclavos en los campos de caña. Ya no bastan 16 horas de trabajo para alimentar las maquinarias. El sombrío cuadro que arrojaba esta explotación intensiva hacia 1865 fue descrita por H. B. Auchinloss en un artículo para la

revista *Harper's New Monthly Magazine* de marzo de 1865. Según este visitante (probablemente técnico de ingenios en Louisiana, a juicio de Pérez de la Riva), la explotación de los esclavos se llevaba a cabo en una forma brutal, sin paralelo: «Llevan una vida muy ruda, mucho peor en la mayoría de las haciendas cubanas que en las plantaciones de nuestro propio país. Uno de los numerosos mecánicos americanos que hay en Cuba, observaba con rudeza que *en Alabama se trata a los negros como si fueran caballeros en comparación con el trato que reciben aquí*».

La trata, que ha continuado su curso ininterrumpido en la década de 1860, no puede satisfacer las necesidades de mano de obra esclava. Se ha tenido que recurrir a la importación de «colonos» chinos para mantener el ritmo de la producción. Los anexionistas del «Club de La Habana», Aldama, Madan, Alfonso, que habían depositado todas sus esperanzas en la incorporación al poderoso vecino del Norte para que les garantizase la existencia del régimen de producción esclavista, se sienten sobrecogidos ante las perspectivas que encierra la prolongación indefinida del nuevo sistema de trabajo que impone la máquina de vapor. Por eso piensan ahora que la importación de asiáticos y la abolición gradual de la esclavitud son la única salida a la contradicción dominante de la época.

Aquí estimamos preciso esbozar un fenómeno económico de capital importancia, el cual debe arrojar luz sobre la posición del movimiento reformista en su conjunto. El proceso de desjerarquización social de la vieja aristocracia de plantaciones de principios de siglo, que se opera de 1840 a 1860, como bien ha señalado Le Riverend, obedece a profundas causas económicas. El desplazamiento social de las viejas familias poseedoras de grandes ingenios y cafetales se produce en virtud de la fusión del capital comercial español en la economía de plantaciones. Los grandes comerciantes y negreros españoles, que se habían enriquecido refaccionando ingenios, monopolizando la compra y venta de los azúcares y el café, importando miles de esclavos, comienzan a

invertir sus capitales en el azúcar y en el café. La historia de la «Compañía de Crédito Territorial Cubana», de los comerciantes españoles Domingo Aldama y Gonzalo Alfonso, es en parte la historia del reformismo a partir de 1860. Sus principales accionistas y su personal ejecutivo constituyen la plana mayor del movimiento reformista. En ella figuran Miguel Aldama, José Luis Alfonso, la familia Madan, José Antonio Echeverría, Julio Ibarra, José Antonio Fernández Criado, la familia Villaurrutia, Antonio Bachiller y Morales. Del capital total de la compañía solamente 39.41 % (\$854 697.00) estaba invertido en la industria azucarera (siete ingenios) y en ferrocarriles. El resto, 60.59 %, estaba invertido fundamentalmente en refaccionar ingenios, en créditos y préstamos, en almacenes e hipotecas. La Compañía tenía también acciones en la compañía importadora de chinos «La Alianza», cuyos principales accionistas eran los comerciantes españoles integristas Bard y Zulueta, y que en 1865 estaba presidida por José Morales Lemus. Otros dos personajes del reformismo, desvinculados de los intereses de la familia Aldama, nos dan una visión completa de la composición social en su conjunto del movimiento político por las reformas. El venezolano Tomás Terry, electo diputado a la Junta de Información, fue el más poderoso comerciante del siglo XIX cubano. A su muerte, Terry dejó la suma de \$20 699 170.17. Del mismo modo que los Aldama, hacia 1865 Terry había invertido una porción insignificante de su capital en seis ingenios de la provincia de Las Villas. Nicolás Azcárate, casado en la familia española Fesser, propietaria de los almacenes de Regla y del Banco San José, fue otro de los diputados electos a la Junta de Información. Difícilmente podían considerarse explotados por el capital comercial español aquellos cuyo capital procedía originalmente de la trata y cuya actividad económica principal estaba dirigida a prestar dinero a los dueños de plantaciones. Con respecto a las relaciones del grupo reformista y la clase esclavista de plantaciones, en su conjunto, con la metrópoli hacia 1860, los siguientes

párrafos escritos por Carlos Sedano son altamente ilustrativos de la atmósfera política reinante entonces:

En la isla de Cuba, las gentes de suyo mansas y dulces, habían cultivado y cultivaban buenas relaciones con los españoles europeos, y las alianzas de familias con ellos eran generales.

Las casas de los condes Cañongo, de Fernandina, de O'Reilly, de Santovenia, de Peñalver, de Jibacoa, de Pedroso, de San Fernando, de Casa Romero, marqueses de San Felipe y Santiago, de la Real Proclamación, de Arcos, de Campo Florido, de Duquesne, de Valero, de Urría, las suntuosas residencias de O'Farrill, de Aldama, de Poey, de Armenteros, de Foxá, de Fesser, de Diago, de Del Monte, siempre estaban provistas de mesas de estado en las que departían, confundidos en sentimientos de amistad y afección, la flor y la nata de la sociedad habanera y peninsular que residía en La Habana.

En el colosal ingenio de Santa Rosa, de la propiedad del Sr. Aldama, se celebraban fiestas en obsequio de los generales Serrano, Dulce y Lersundi, que hubiesen envidiado los príncipes de Europa. A una de estas fiestas respondía con otra el ingenio Cañas (de Juan Poey) modelo de fábricas de azúcar, y su opulento propietario gastaba en aquellas lo que haría la fortuna de cualquier familia, en obsequio de sus huéspedes peninsulares.

En esas grandes reuniones se trataban a menudo las cuestiones políticas y se discutía sin pasión y con sinceridad por ambas partes. El punto objetivo de entonces, el gran *desiderátum*, eran las reformas políticas, y se engaña quien imagine que en aquel bienestar de que gozaba la isla, se pensase entonces por la gente acomodada, en revolución e independencia.

En lo que se refiere a los dueños de plantaciones de Occidente en su conjunto, sus contradicciones con el

régimen colonial no tienen un carácter irreconciliable. Una guerra puede devastar sus inmensas riquezas. Por otra parte, piensan que España puede todavía acceder a sus demandas de suprimir la esclavitud. Los hacendados y terratenientes de Occidente pueden todavía soportar, por un largo tiempo, las cargas del fisco y las exigencias de sus acreedores —del capital comercial español— sin arruinarse. Además, las perspectivas de que las dotaciones de esclavos, que han sido sometidas a una explotación mucho más intensiva que en las provincias del Centro y de Oriente, sean liberadas en medio de un conflicto armado, los llenan de espanto. El «enjambre de africanos» de que hablara Saco, puede volcar la volanta en que viajan. Los comisionados a la Junta de Información han presentado sus demandas de abolir gradualmente la esclavitud, pero este planteamiento ha sido formulado en tiempos de paz, en un momento en que el poder de las clases dominantes no se veía amenazado, pudiendo determinar cuándo, cómo y en qué forma, de acuerdo con sus intereses, se liberaría a los esclavos. De ahí que el sector de la clase esclavista de plantaciones, que había propiciado un desarrollo extraordinario de la ciencia, la filosofía y el pensamiento burgués, se abstenga de participar en la revolución burguesa antiesclavista del 68.

Pero si en Occidente la contradicción entre los dueños de plantaciones y el poder colonial no era la contradicción principal, es decir, la revolución no estaba a la orden del día, la situación que atravesaban las provincias de Oriente, Centro y Las Villas presagiaba grandes cambios. Las plantaciones de esta región del país se caracterizaban por el lento desarrollo de la producción mercantil y por la existencia de relaciones de producción que conservaban rasgos marcadamente patriarcales. La manumisión frecuente de dotaciones de esclavos constituía un aspecto relevante del desarrollo histórico de la esclavitud en estas regiones. El porcentaje de esclavos con relación a Occidente era mucho menor. El trabajo esclavo no se explotaba intensivamente, ya que la producción no

estaba orientada en su totalidad hacia el mercado mundial. No se necesitaban grandes dotaciones de esclavos para la producción. El porcentaje de centrales a vapor era insignificante comparado con las regiones azucareras de Occidente. No obstante, el hecho de que una parte de la producción sí estuviera destinada al mercado mundial, imponía a ciertos núcleos de hacendados de las provincias orientales la necesidad de aumentar su capacidad de molienda so pena de sucumbir.

Consecuentemente, para este sector de la clase terrateniente, la producción incrementada de mercancías con destino al exterior será una necesidad de primer orden. La introducción de la máquina de vapor en la mayoría de los centrales de Occidente constituía para estos un serio reto. Un descenso de los precios del azúcar en el mercado mundial tenía que significar necesariamente la ruina de los pequeños ingenios.

El único camino que se les presentaba era la modernización de sus unidades de producción. La crítica y apremiante situación que atravesaban les imponía la necesidad de instalar máquinas de vapor y simultáneamente organizar el trabajo sobre la base de la mano de obra asalariada. Pero para lograr esto hacía falta capital. Los grandes comerciantes españoles eran los únicos que se lo podían suministrar, y ya sabemos que los préstamos usurarios que concedían no hacían más que prolongar la ruina de los productores. Por otra parte, las excesivas cargas que les imponía el fisco tenían al borde de la ruina a los hacendados.

Así vemos cómo, hacia 1868, a estos terratenientes que mantenían un régimen de producción con reminiscencias patriarcales, y que habían marchado a la zaga de los grandes movimientos políticos reformistas, la necesidad de suprimir el trabajo esclavo y de librarse de las barreras fiscales y del capital comercial español, se les presenta en una forma mucho más imperiosa y apremiante que a los grandes hacendados de las provincias occidentales, precursores del desarrollo del pensamiento burgués en Cuba.

Al producirse la crisis general del sistema esclavista de plantaciones, se romperá el eslabón más débil del sistema. Hacia 1860, la contradicción con la metrópoli, que había sido secundaria en estas regiones (basta recordar la forma en que —por temor a una insurrección de esclavos— capitularon los dueños de plantaciones ante el avance de las tropas de Tacón sobre Santiago de Cuba, que se encontraba en poder del general Manuel Lorenzo y los constitucionalistas), se torna la contradicción dominante, principal. El carácter relativamente benigno del trabajo esclavo, la alta concentración de la población criolla libre (negros, mulatos y blancos) con relación a la población española y a la africana esclava, son factores que propician directamente una alianza política de clases contra el poder colonial y contribuyen indirectamente a que la comunidad de cultura tuviera un radio más amplio de influencia y arraigara más hondamente. La solidaridad y la confraternidad de los diversos factores humanos cuajó en estas regiones de un modo más profundo que en Occidente. La constelación ideológica del reformismo en esta etapa varió sustancialmente con relación al pensamiento político y social de Saco y los anexionistas de 1851. El africano y el negro no tenían cabida en el mundo del criollismo blanco.

En la década del 60 los criterios del reformismo sobre la estructura de las clases encastadas de la colonia fueron sistemáticamente desarrollados por los comisionados cubanos a la Junta de Información. Del fárrago de frases filantrópicas que permea la tesis reformista sobre la concesión de derechos políticos limitados a los negros libres está muy lejos de desprenderse un propósito genuinamente transformador. El espíritu humanitarista y piadoso de los informes reformistas concuerdan con su intento de reestructurar —sin transformar— las clases encastadas de la colonia. No se trata de democratizar la sociedad esclavista, ni de sentar las bases de una sociedad sobre las clases sociales correspondientes a las relaciones de producción capitalistas. Se pretende defender

la hegemonía blanca, que es fiel trasunto de la dominación de la clase esclavista de plantaciones. Durante la primera mitad del siglo XIX todos los esfuerzos de la política colonial han estado encaminados a mantener escindida la sociedad en blancos y negros, agrupados cada uno en diferentes estamentos. No obstante, el grupo reformista, representante del capital comercial, que tiende a convertirse en capital de plantaciones por la relativa autonomía que conserva con respecto a las estructuras tradicionales, puede plantearse teóricamente la adaptación del sistema de clases encastadas a las crecientes tensiones y antagonismos que dimanaban del recrudescimiento de la explotación esclavista. En ese contexto los comisionados reformistas, haciendo abstracción de la posición que ocupan en la sociedad colonial, podrán destacar la profunda separación existente entre *la clase más rica y aristocrática* y los negros y mulatos libres. A partir de esta realidad será cuando el grupo reformista concebirá la asimilación de ciertos sectores de negros y mulatos libres criollos, como un estrato intermedio entre los esclavistas dueños de plantaciones y los esclavos. Empero, este proceso requerirá una cuidadosa selección de los factores humanos que servirán de represa o contén en caso de un desbordamiento abolicionista de la población esclava. Consecuentemente, la nueva casta que se desea crear debe identificarse con el «orden natural» de las cosas, con la situación imperante.

La fundamentación del informe reformista descansa sobre tres puntos fundamentales: la incapacidad del negro y del mulato libres para disfrutar a plenitud de los derechos que usufructúa el blanco, dada la ignorancia en que los primeros se hallan sumidos; la imposibilidad de transformar radicalmente la superestructura jurídica y la densa capa ideológica de tradiciones y costumbres que separan al negro de la sociedad blanca; y la necesidad de concederle derechos «para evitar en el futuro el peligroso choque de aspiraciones contrarias de dos razas», basándose en el proceso insensible de acercamiento que

se ha producido entre los negros y los blancos de las clases desposeídas.

Después de referirse *in extenso* a la ignorancia y atraso que invalidaba parcialmente a los negros y mulatos libres, la argumentación de los comisionados se proyecta sobre la división existente en la sociedad, sancionada por las leyes y las costumbres:

El predominio en que la ley y las costumbres se han empeñado en conservar a la raza blanca, se determina por un notable apartamiento de ambas razas en la vida social, que si no se observa en los templos consagrados a la religión... fuera de la iglesia se le descubre a cada paso y está sancionado por leyes y costumbres vigentes; no debiendo olvidarse que en un caso en que un célebre sacerdote predicó la necesidad de que se consagrasen por el matrimonio los concubinatos que existen entre individuos de las dos razas, fue origen su predicación de gran alarma en el país.²

- 2 En el «Dictamen que dio la Real Universidad en 30 de junio de 1856 sobre el proyecto de inmigración de aprendices africanos, redactado por el Sr. D. Antonio Bachiller y Morales», que aparece en el tomo VII de octubre de 1856 de las *Memorias de la Real Sociedad Económica*, se expresan los criterios opuestos a la creación de un estado intermedio de mulatos libres que tuviera ciertos derechos limitados. La participación de negros y mulatos libres, a los que les habían concedido algunos derechos limitados en las insurrecciones de esclavos en Brasil, inclinaba a los dueños de plantaciones y a las autoridades coloniales, a mantener escindida la sociedad en blancos y negros. En el referido dictamen se expresaba en forma inequívoca:

Lo mismo se levanten y resuelven contra los bienes los infelices negros de la parte francesa de Santo Domingo cuya situación era intolerable a seres humanos..., como en el Brasil, en donde el hombre libre de cualquier color tenía abiertas las carreras de la virtud y el merecimiento: el peligro principal está en la diversidad de castas, y solo puede hacerle desaparecer el número y las ventajas de las castas dominadoras. Las carnicerías que hicieron los negros sublevados en 1838 y 1841 en el Brasil al grito de «mueran los portugueses» confirma lo que

Para no igualar políticamente a los hombres libres de color con los blancos,

hay pues razones de conveniencia y prudencia, ya que es una verdad, muchas veces comprobada en la historia de todos los países del mundo, que las leyes que no armonizan con las costumbres, caen en desuso y retardan y dificultan los principios que la inspiran.

A continuación los reformistas pasaban a relatar el proceso de acercamiento que se venía operando insensiblemente en los sectores desposeídos de la sociedad, independientemente de la superestructura ideológica dominante. Ejemplos elocuentes de este proceso de relajamiento de las trabas sociales entre las clases eran, según ellos: el que blancos pobres y negros viajasen juntos en coches de segunda y tercera categoría, que se sentasen juntos en las vallas de gallos y en los ómnibus, que en el campo se sentasen en la misma mesa, y se tratasen «con recíproca igualdad». Eran frecuentes también los casos de mestizos no declarados que habían traspasado *la línea de color*. Estos alternaban socialmente con los blancos *puros*. Asimismo algunos negros habían logrado distinguirse en el campo de la música y de las letras (referencia obvia a Brindis de Salas, Plácido y Manzano).

La conclusión a que llegaba el informe sobre este proceso era la de sancionar jurídicamente la situación que existía de hecho en los sectores desposeídos, pero considerando muy seriamente «que al armonizar la ley con las costumbres debe tenerse presente que el apartamiento de las dos razas se nota principalmente con respecto de las

acabamos de decir. Allí se vio a la cabeza de los sublevados al médico Sabino, mulato y profesor muy distinguido, como para demostrar que en vano se concede la igualdad de derecho y los grados universitarios a las castas, en el momento supremo en que al grito de guerra cada cual toma su puesto para evitar ese acontecimiento... es la más noble tendencia de un gobierno civilizado.

clases blancas más ricas y aristocráticas». De este modo, la preeminencia de los esclavistas se mantenía intangible.

Los derechos políticos que se concedían a los negros y mulatos libres estaban destinados a un sector de mediados ingresos con un nivel cultural medio. Los requisitos para tener derecho al voto eran ser negro o mulato criollos libres, tener por lo menos cinco años de emancipado, contribuir con 25 pesos al fisco, o tener título de doctor o licenciado, o ejercer alguna profesión científica, literaria o de Bellas Artes. Podían ser electos para cargos los negros y mulatos criollos que, además de poseer estas condiciones, tuvieran títulos de profesor de secundaria, doctor o licenciado, o grado de oficial en el Ejército nacional. No podían votar ni ser elegidos los africanos, ya fuesen libres o esclavos. El informe reformista, finalmente, pedía que se permitiera ingresar en la Universidad a una reducida minoría intelectual negra con la que se pretendía dirigir políticamente las castas de negros y mulatos libres, en un intento por disminuir el peligro de una eventual insurrección de las dotaciones de esclavos.

LA CUBANÍA REVOLUCIONARIA DEL 68

La tarea histórica central de las gestas revolucionarias del 68 y del 95 consistió en preparar el advenimiento y consolidación de la nación cubana. Dentro de este contexto nacional-liberador, las vanguardias revolucionarias cumplirán toda una serie de objetivos políticos, económicos y sociales de gran trascendencia. La abolición de la esclavitud y la fusión de las minorías nacionales en un «etnos cubano» representó una de las revoluciones más profundas y de mayores dimensiones en el siglo XIX americano. Al hacer esta afirmación estamos desprovistos de todo sentimiento chauvinista. El alcance y dimensión de la praxis revolucionaria está dado en función de la estructura que niega y suprime. Una revolución de tal naturaleza solo podía producirse en el contexto de una

sociedad inhumanamente segregada, plagada de explosivas contradicciones.

El régimen de plantaciones imperante en Cuba en el siglo XIX era el sistema de explotación más inhumano y brutal del continente americano. En ese sentido, la revolución antiesclavista democrático-burguesa de liberación nacional tenía que plantearse la negación total de un régimen criminalmente opresivo, para construir sobre bases totalmente nuevas la nación cubana. Las posibilidades de un tránsito progresivo hacia una nueva formación social no eran posibles, dado el carácter estancado y regresivo de la infraestructura colonial. La profundidad revolucionaria de la vanguardia que minó los fundamentos de la sociedad colonial, solo se puede comprender en términos del «corte radical» de la «ruptura total» que representaron las transformaciones revolucionarias con relación a las estructuras de la sociedad criolla.

Las supervivencias presentes en el sujeto histórico no pueden dar la medida de su praxis. Cuando se hace un análisis científico de todo un proceso histórico, lo que define al sujeto histórico no es su adherencia a las «reminiscencias», sino la totalidad que ha transformado.³

Al pretender transformar radicalmente las estructuras coloniales, la actividad práctica de la vanguardia revolucionaria representa un cambio cualitativo total en relación a la actividad política e ideológica que la ha precedido, aun cuando conserve elementos estructurales de esta. No es válido, por lo tanto, hacer énfasis en la supuesta continuidad ideológica que representa el «anexionismo» de Ignacio Agramonte con relación al anexionismo de Be-

3 El estudio casuístico y fenomenológico en el campo histórico conduce por lo general a una visión mutilada de la realidad. Solamente la síntesis dialéctica de la totalidad nos ofrece un panorama real de lo singular en sus concatenaciones. El estudio atomístico de las incidencias y alternativas de la praxis política, cuando no está asistido de una voluntad de abstracción y concatenación históricas, no puede advertir que la presencia de lo que se niega en el sujeto histórico no es definible en relación con lo que se ha negado de un modo total.

tancourt Cisneros y Narciso López. Mucho menos justo sería comparar el abolicionismo gradual de los reformistas en la década de 1860 con el abolicionismo gradual de Céspedes. Si bien es cierto que existe una continuidad histórica formal, por manifestarse estas tendencias ideológicas a través del tiempo y del espacio históricos, de hecho existe una profunda e insalvable discontinuidad en lo ideológico. No es preciso escribir una monografía para refutar tales argumentos.

El anexionismo de Betancourt Cisneros estaba dado dentro de un contexto radicalmente distinto al del «anexionismo» de Agramonte. El anexionismo ideológico, en el 51, estaba situado históricamente en el presupuesto de que los estados esclavistas del Sur de los Estados Unidos garantizarían la existencia del régimen de plantaciones en Cuba, y absorberían la nacionalidad cubana, imponiéndonos su cultura, tradiciones y «modo de vida». Se infería, por supuesto, que la nación norteamericana suplantaría de un modo total a la «nacionalidad cubana», como se llamaba entonces a sí mismo el sector criollo blanco, después de llevar a cabo la deportación masiva de la población negra. Por el contrario, en el 68 la solución anexionista está situada históricamente en la creencia de que el gobierno de los Estados Unidos, a cinco años de la abolición de la esclavitud en el Sur, y a tres de la muerte de Lincoln, ayudaría a los patriotas cubanos a independizarse de España y a erradicar las relaciones de producción del régimen de plantaciones. Por otra parte, debe destacarse que el apoyo transitorio y efímero de Agramonte y los revolucionarios del 68 a la solución anexionista, se produce en los momentos en que los esfuerzos por constituir una nación independiente y soberana se hallan a punto de sucumbir bajo el impacto de la ofensiva militar de Valmaseda. Manuel Sanguily, testigo excepcional de aquellos acontecimientos, pudo escribir: «La independencia, es decir, lo que deseaban de veras, era siempre el ideal supremo, pero su realización parecía muy comprometida. Se solicitó —primero que

sucumbir, primero que caer de nuevo bajo la odiosa dominación española— el amparo, el auxilio, la protección de los Estados Unidos». En efecto, las primeras proclamas emitidas por el Comité de Camagüey hablaban de la independencia de la patria. Luego se decretó la abolición total de la esclavitud. Está claro que se aspiraba a constituir una nación libre e independiente sobre las bases de la confraternidad étnica, la igualdad jurídica y la libertad política.

Se apelaba a la solución anexionista en un momento de grave situación militar que los patriotas no sabían conjurar, pero el anexionismo no llegará a formar parte orgánica de la ideología de los revolucionarios del 68. En cambio, en el 51, la anexión es una ideología basada en la suplantación de la nacionalidad cubana por la norteamericana. No puede haber, pues, continuidad ideológica entre los que aspiraban a constituir una nación y los que aspiraban a su desaparición. No puede haber continuidad ideológica entre los que aspiraban a unir *étnicamente* a la nación y los que aspiraban a suprimir las minorías étnicas.

Los revolucionarios del 68 estuvieron conscientes de la ruptura ideológica que significaba su actitud con respecto a la tradición colonial. Luis Victoriano Betancourt, en un artículo titulado «Aniversario» publicado en *El Cubano Libre* de 10 de abril de 1870, destacó la diferencia radical que había entre los revolucionarios del 68 y los anexionistas del 51: «Cuba vio a esa pobre humanidad desnuda, hambreada, errante y rasgando con el sable del 68 el programa egoísta del 51, quiso al exigir del español la deuda santa que le debía, pagar al negro la deuda sagrada que le debía ella, quiso ser digna de su revolución, y escribió al frente de la Constitución estas palabras que el mundo aplaude con justicia: “Todos los habitantes de la República son igualmente libres”». Julio Sanguily, en discurso pronunciado en New York en 1877, no reconocía tampoco la existencia de *antecedentes ideológicos* anexionistas en los hombres del 68: «Con nosotros están los negros viviendo en el seno de la nacionalidad al calor de

la fraternidad. Compatriotas que lleváis en vuestra piel el color de Toussaint o Pétion: Pensad en Cuba, ayudad su obra, tened fe: la revolución de 1851 no triunfó porque era egoísta; porque se olvidó del negro, y por consiguiente ¡de la justicia!».

En lo que concierne a la continuidad ideológica del reformismo en el pensamiento de Céspedes o, para situarlo en sus términos reales, la identidad del abolicionismo gradual de los reformistas y el abolicionismo gradual de los revolucionarios de La Demajagua, debemos partir del análisis teórico de las condiciones reales en que se desarrollan ambos sistemas ideológicos.

Desde el mismo momento en que se pretende descomponer o reducir los elementos constitutivos de dos sistemas ideológicos con la finalidad de compararlos para establecer una similitud, se está incurriendo en un grave error de investigación. Al extrapolar los diversos elementos teóricos, se están separando arbitrariamente de su contenido histórico concreto, de las condiciones en que surgen y se desarrollan, alterándose de ese modo su sentido real. Se está haciendo una historia de las ideas, de las representaciones del mundo circundante, sin relación con la historia concreta. Una constelación ideológica es el resultado de la unidad coherente del sujeto histórico con su problemática, sin que la *verdad* del análisis retrospectivo o teleológico nos dé la medida de su desarrollo real. Pensar que el desarrollo de la conciencia social de los revolucionarios del 68, al decretar la abolición de la esclavitud, era idéntico al de los reformistas que demandaban la abolición gradual, constituye una falsificación total de la historia. El pensamiento abolicionista del reformismo se encontraba encarcelado, ideológicamente, en el ámbito colonial. No era concebible fuera de ese contexto, por cuanto se aspiraba a que la abolición gradual se llevara de conformidad con el poder colonial por medios pacíficos, bajo instancias de normalidad y tranquilidad absolutas en el país. En cambio, la proclamación de la abolición gradual en medio de un conflicto armado

contra el poder colonial, representaba la abolición total en un término perentorio.

Sabemos que Céspedes estaba consciente de esa realidad, no solo porque lo afirmara implícitamente en su correspondencia en más de una ocasión, sino porque resulta inconcebible que los hombres del 68, al llamar a los esclavos a mancomunar sus esfuerzos con ellos, no estuvieran conscientes de que el decreto de abolición gradual conducía inexorablemente a la abolición total. La proclama dirigida al país el 6 de octubre de 1868, firmada por Céspedes, y que no llegó a circular por razones tácticas obvias, afirmaba: «Profesamos sinceramente el dogma de la fraternidad, de la tolerancia y de la justicia, y considerando igual a todos los hombres, a ninguno excluimos de sus beneficios, ni aun a los españoles, si están dispuestos a vivir en paz con nosotros. Queremos abolir la esclavitud indemnizando a los que resulten afectados».

Como es bien sabido, al producirse el grito de La Demajagua, los grandes dueños de plantaciones de Occidente, partidarios de la abolición gradual, se mantienen al margen del conflicto, entre otras razones de importancia, porque saben que la revolución, al proclamar la abolición gradual de la esclavitud, de hecho había decretado la destrucción del régimen esclavista. No los persuade, por lo tanto, el decreto aparentemente moderado de Céspedes. Los que se van, arrastrados por la intransigencia y violencia de España, al campo revolucionario, en realidad no tienen otra alternativa. Tal es el caso del grupo dirigente reformista encabezado por Miguel Aldama. Los estudios históricos de Cepero Bonilla han aclarado, más allá de toda duda, la posición verdadera de la alta jerarquía reformista.

Si bien la concepción teórica original de los hombres de La Demajagua sobre el proceso de integración nacional nos permite racionalizar históricamente el proceso revolucionario, no cabe la menor duda de que el estudio de los cambios que se operan en las estructuras y su influencia sobre la ideología revolucionaria en el curso

de la revolución, nos proporcionan una visión total de nuestra historia revolucionaria. La praxis política, al crear nuevas relaciones sociales entre los variados elementos que acatan las aspiraciones nacionales, es modificada a su vez por las estructuras que crea.

No obstante, los hombres del 68, al negar y superar con su praxis el espeso cúmulo de prejuicios, costumbres, tradiciones que dimanaban de la esclavitud colonial, conservaban parte de estas reminiscencias. La negación nunca se produce de un modo omnímodo y total. Solo se puede rectificar, de acuerdo con el proceso ascensional, en la medida en que no se niegue una nueva unidad superior. Es esta la razón por la cual el grupo dirigente original, en la medida en que se atiene férreamente a sus aspiraciones de conformar una sociedad a su imagen, «para sí», se resistirá a los nuevos cambios. La negación de la dirigencia ideológica se opera en función de la necesidad histórica de estructurar esta nueva realidad. En la medida en que sus aspiraciones a conformarla, según sus propósitos originales, encuentre resistencia, es decir, que sus aspiraciones hegemónicas peligren, el grupo dirigente vacilará entre la capitulación y la lucha a muerte, entre la anexión o la autonomía y la independencia. No me estoy refiriendo a Céspedes, ni a Agramonte, cuya trayectoria política trascendió los intereses de su clase. Pero la quiebra del espíritu nacional que hemos señalado, aun cuando condujera al Zanjón, no pudo impedir que el sentimiento nacional cuajara en los sectores democráticos y populares del campo independentista.

El grado de cohesión necesario para que la comunidad nacional se transforme en nación parece ser dado en Cuba por la integración de los grupos étnicos africanos en la sociedad civil. Una de las características del desarrollo histórico europeo en la época medieval consiste en que los diversos *grupos nacionales* integrados en las comunidades nacionales, que se encontraban estructuradas formalmente como imperios o confederaciones nacionales, conservaron tanto su comunidad territorial

como su estructura lingüística, cultural y psicológica. Solamente el desarrollo de una amplia e incrementada circulación de mercancías desde los ecúmenes económicos de la comunidad nacional podía fundir económica, política, territorial, lingüística, psicológica y culturalmente a los distintos *grupos nacionales* en una unidad superior: la nación. Es así como a fines del siglo XIX la mayoría de los distintos grupos nacionales vinculados a los cuerpos históricos del Medioevo europeo se incorporaron a naciones fundidas bajo el crisol del capitalismo.

Un proceso de tal profundidad y amplitud no era posible en Cuba en el curso de medio siglo. A diferencia de los grupos nacionales europeos que mantendrían un paulatino e ininterrumpido intercambio en el Medioevo, para venir a cohesionarse definitivamente en el orto capitalista, los diversos grupos étnicos, rígidamente estratificados por la sociedad esclavista de plantaciones, no podían superar las barreras culturales, lingüísticas y psicológicas, existentes mientras no se creara una sociedad fluida y móvil, estructurada sobre la base de las clases sociales y no de castas. Por otra parte, la constante afluencia de nuevas levas de africanos neutralizaba la posible asimilación de los negros libres en la comunidad nacional. En las condiciones objetivas de Cuba, por lo tanto, no era posible la formación de una nación si no se destruía la estratificación propia del régimen de plantaciones. La esclavitud constituía el foco nodal de todas estas contradicciones que impedían el acceso de los pueblos alógenos a la comunidad nacional. Mientras no se establezcan nuevas relaciones sociales, no se podrá forjar la comunidad de intereses y aspiraciones que potencie definitivamente a la nación. Era preciso, asimismo, destruir la superestructura jurídica, política y social de la infraestructura económica.

Los revolucionarios del 68 y del 95 estuvieron conscientes de que en Cuba Libre, en el territorio en que se asentó la soberanía revolucionaria de la nación una vez suprimida la esclavitud, era imposible mantener la

regimentación política y social de la sociedad esclavista. La condición de ciudadanos de la República de Cuba en Armas conferida a los parias de la sociedad esclavista, que se encontraban desvalidos de todo derecho bajo el régimen de segregación, estrechó los lazos de confraternidad y solidaridad entre los elementos constitutivos de la nación. Blancos y negros mancomunados en un mismo ideal, hermanados en la lucha contra el colonialismo español, crearían nuevas relaciones sociales. Los pardos y morenos de la factoría, los mulatos y negros de la colonia, serán llamados por primera vez cubanos. No obstante, en una proclama de la Junta Liberadora de Colón dirigida a los esclavos de Occidente, publicada en *El Cubano Libre* de 2 de mayo de 1870, todavía encontramos el concepto cubano aplicado exclusivamente a los blancos: «Los cubanos están peleando contra los españoles. Los negros que tienen vergüenza deben ir a pelear junto con los cubanos. Los españoles quieren matar a los cubanos para que los negros nunca sean libres. Los negros no son bobos, tienen el corazón grande y pelean junto con los cubanos».

Empero, hacia 1870, Antonio Maceo podrá sintetizar el proceso ascensional de integración en la digna respuesta que le diera a un racista: «Joven, aquí no hay blanquitos, ni negritos, sino cubanos».

En el transcurso de la guerra revolucionaria la imagen más fiel de la nación que se aspiraba a crear la constituye la democracia militar. La política de ascensos militares por los méritos alcanzados en la guerra, puesta en ejecución por Céspedes, Donato Mármol, Manuel de Jesús Calvar, Máximo Gómez, Ignacio Agramonte y otros jefes regionales, ensanchará la base democrática del ejército. Así ganaron grados por su valor y capacidad militar los Maceo, los Banderas, los Moncada, los Garzón. Soldados y oficiales blancos pelearán bajo el mando de jefes negros, lo mismo que soldados y oficiales negros pelearán bajo el mando de jefes blancos.

No obstante, la vanguardia revolucionaria tuvo que vencer obstáculos enormes en un principio para incor-

porar a las dotaciones de esclavos en el ejército. La resistencia que opusieron a integrarse en Camagüey, nos demuestra hasta qué punto no se encontraban vinculados orgánicamente a la nacionalidad.

Por otra parte, los hacendados camagüeyanos se opusieron violentamente al decreto de emancipación de los esclavos dictado por el Comité Revolucionario de Camagüey. En una «Copia de apuntes de origen oficial y privado sobre el movimiento insurreccional en Puerto Príncipe», que se encuentra entre los papeles de Salvador Cisneros Betancourt, en el Archivo de la Academia de la Historia, se refleja esta realidad:

Lucha entre los dueños de finca y los insurrectos.
Dic. 21.— Se establece una lucha general entre los dueños de finca que quieren defender sus propiedades y los sublevados, que diciéndose dueños de todo, se llevan los negros que consideran propios para el servicio de las armas y para el trabajo de fosas y trincheras, se apoderan igualmente de las caballerías, hacen entender a los esclavos que desechan por viejos o por demasiado jóvenes, que no deben obediencia a sus amos... Dic. 22.— Activan los insurrectos el cumplimiento del Decreto de Emancipación, introduciéndose de finca en finca, arengando unos a los esclavos, apoderándose otros de ellos por la fuerza, para llevarlos a los campamentos de insurrectos... Feb. 20.— Las pocas familias que aún quedaban en la ciudad corrieron a sus fincas amenazadas de ser destruidas por los insurrectos si persistían en sus propósitos de no ir al campo.

Según este diario escrito por Pedro Agüero y Sánchez, entre los meses de diciembre del 68 y junio del 69 se presentaron en Puerto Príncipe 485 esclavos de distintas plantaciones, que se habían negado, a instancias de sus dueños o *de motu proprio*, a incorporarse al ejército revolucionario. No obstante, en el curso de la guerra revolucionaria las masas de esclavos constituirían el grueso del ejército mambí y su parte más aguerrida.

En cuanto al campesinado de origen español, su participación en el movimiento nacional-liberador varió, de acuerdo con el carácter de las distintas regiones del país. En las zonas de Santiago de Cuba, Guantánamo y Gibara en Oriente, Trinidad, Cienfuegos y Santa Clara en Las Villas, el campesinado de origen peninsular hizo causa común con el ejército español. La astuta política de las autoridades coloniales, que apelaba a vínculos de origen y nacionalidad que unían a este sector de la población con la «madre patria», logró vincularlo a la causa integrista.

En las ciudades, especialmente en La Habana, la clase media española constituyó el sector de la población más rabiosamente partidaria del dominio colonial. Mientras los grandes comerciantes españoles (Samá, Ibáñez, Torices) a través de su órgano del apostadero, el *Diario de la Marina*, ensayaban una política de atracción y moderación para con los dirigentes reformistas y los grandes dueños de plantaciones, el populismo reaccionario de Gonzalo de Castañón concitaba a la guerra a muerte contra todo lo que oliera a *laborantismo criollo*. No se trataba más que de la continuación de una tendencia *existente* en los sectores medios de la población española, cuyos orígenes se remontaban a 1820, época en que la demagogia integrista del sacerdote Gutiérrez Piñeres explotaba las diferencias sociales entre los gallegos «con alpargatas» y los aristocráticos dueños de plantaciones. Como señaló Justo Zaragoza, la organización de los cuerpos de voluntarios, la falange armada del integrismo, que se dedicó a destruir todo intento de transacción con el reformismo y determinó finalmente la huida del grupo Aldama a los Estados Unidos, no fue realizada «ciertamente por los que brillaban a la sazón en los más altos puestos de la propiedad, la industria o el comercio, sino por los que en su mayoría pertenecían a la clase media peninsular, y el que principió el perfeccionamiento del partido español, no fue tampoco el *Diario de la Marina*, cual debía esperarse, representante de cierta clase oligárquica, sino *La Voz de Cuba* de Gonzalo Castañón».

Hacia finales de 1877, como hemos señalado, la dirigencia revolucionaria original comienza a vacilar. La guerra cruel y despiadada a que se ha visto sometida, su carencia de fe en los propios esfuerzos para lograr la independencia, las pervivencias anexionistas y autonomistas que resurgen con fuerza al no encontrarse una salida a la grave situación que atraviesa el país, el regionalismo y el localismo, graves males producto de la deficiente integración económica y territorial de la nación cubana, y los prejuicios esclavistas supérstites, son todos factores que coadyuvan a liquidar las aspiraciones de constituir una nación «para sí», independiente y soberana. Los primeros factores han sido estudiados en el ensayo que aparece en este libro sobre el Pacto del Zanjón. Es preciso, aunque solo sea superficialmente, referirnos al último factor que hemos señalado para tener una visión de conjunto de los problemas que surgen con el ascenso a la dirección revolucionaria de los jefes negros y mulatos del 68.

Las primeras noticias de un «problema negro» en la dirigencia revolucionaria original la encontramos en el libro de Enrique Collazo *Desde Yara hasta el Zanjón*. De un modo casual, sin entrar a estudiar las repercusiones que pudo tener este fenómeno, Collazo nos dice que la mayor parte de la oficialidad blanca había desaparecido hacia fines de 1877, estando las tropas integradas fundamentalmente por negros y chinos. Luego encontramos referencias más amplias a este problema en el libro de Antonio Pirala *Anales de la Guerra de Cuba*, donde se relatan las conversaciones del coronel cubano Enrique Céspedes con el coronel español Mella. Según Pirala, «hablaron largamente del estado de la guerra y manifestó Céspedes que su continuación en el campo insurrecto así como la de otros jefes que veían la ruina en el elemento de color en que se apoyaban, se basaban en los odios personales y en el temor de la dictadura presentándose». No obstante, todo hace indicar, como veremos, que Céspedes se refería a ciertas zonas de Cuba Libre, donde el virus del racismo empezaba a hacer estragos. En efecto,

el primer documento confirmatorio de esta situación, es una carta del coronel Antonio Bello, Jefe del regimiento Luz de Yara, al general Juan J. Rus, Jefe del regimiento de Bayamo, que revela la existencia de una oposición cerrada en estas zonas al ascenso de los jefes de extracción popular. Bello, que se había presentado a los españoles en Manzanillo, no tenía pudor en expresar libremente su odio a Antonio Maceo:

¿Qué será hoy de la República con la captura del presidente Estrada Palma? No crees tú que las ambiciones de Gómez y García, entronizaran la anarquía? Si antes quisieron irse a las manos en el movimiento de la Laguna de Varona y más tarde en el de Santa Rita, ¿qué no será hoy? Una dictadura de cualquiera de esos dos generales o Maceo es lo que le espera. No conoces las tendencias de Maceo. Tú mismo me has contado que no estaría lejos el día en que este al frente de los negros nos quitaría la cabeza y de el odio que siempre le tuvistes. ¿Se te ha olvidado? En fin, chico, no comprendo cómo después de cuanto ha pasado, sigues permaneciendo en desacuerdo con lo convenido.

No obstante, todo hace indicar que el alcance del movimiento racista estuvo limitado a las zonas de Bayamo y Manzanillo, aun cuando es posible que estos prejuicios hayan influido de un modo generalizado e indirecto en la conducta de algunos de los hombres del Zanjón. Manuel de la Cruz en su ensayo sobre *La revolución cubana y la raza de color* señala el limitado alcance que tuvo la conjura: «Ocurrió que algunos insurrectos, de los menos prominentes por cierto, creyeron necesario, acaso por personalísimas exigencias de sus conciencias, explicar y justificar actos que no necesitaban explicación ni justificación, y con más o menos desenvoltura y habilidad echaron a volar la especie de que no era posible continuar la guerra, porque ya los negros se iban sobreponiendo a los blancos».

CRIOLLISMO BLANCO CONTRA CUBANÍA REVOLUCIONARIA (1878-1895)

Las tendencias al anexionismo, al autonomismo, al racismo y a la hegemonía política de las dirigencias originales, estarán desde entonces presentes durante la etapa que corre del 1878 a 1895. De ahí que la principal tarea histórica que tendrá que resolver la dirigencia surgida en Baraguá y las nuevas generaciones revolucionarias, será la de potenciar en un grado más alto los elementos discordes y dispersos de la nación «en sí», a los efectos de fundar una nación «para sí». El fracaso de las dirigencias originales evidenciaba la necesidad histórica de rebasar sus marcos ideológicos. Pero esta superación implicaba también romper el mito de que la revolución solo podía ser llevada al triunfo por las dirigencias originales. En 1878 y en 1880, los jefes militares regionales habían capitulado porque no concebían otra dirigencia ideológica que la de los cuadros políticos e intelectuales vinculados orgánicamente a la clase terrateniente. Aun cuando los representantes de las nuevas generaciones revolucionarias no podrán negar la continuidad ideológica del proceso, ni romper la tradición revolucionaria que los vinculaba a la dirigencia del 68, el contenido ideológico de su actividad política tendrá que estar dado en función de las necesidades históricas del 95. Pero la realización de este proyecto implicará superar las tendencias anteriormente apuntadas, que renacerán con un contenido y formas diferentes dadas las nuevas estructuras de la dominación colonial y la creciente penetración e influencia del naciente imperialismo norteamericano en la sociedad cubana.

El autonomismo, nueva tendencia de los dueños de plantaciones de Occidente, se atribuía el legado espiritual de la nación cubana, pero al mismo tiempo rechazaba la manifestación más inequívoca de su existencia: la aspiración a convertirse en una nación «para sí», con sus atributos esenciales de soberanía, independencia y

gobierno republicano. Bajo la dominación colonial extranjera debía yacer asfixiada la nación cubana. El contenido reaccionario y retrógrado del autonomismo estará dado por la composición social de su dirigencia. Se ha dicho y repetido falsamente que la dirección política del autonomismo estaba en manos de la clase media cubana. En realidad, el núcleo principal de la alta jerarquía autonomista estaba integrado por los siguientes dueños de ingenios: José María Gálvez, José Silverio y Gonzalo Jorrín, Antonio Govín, Tomás y Emilio Terry, Nicolás Azcárate, Rafael Fernández de Castro. Según Martí el triunfo del autonomismo significaría el «funesto imperio de la oligarquía criolla».

Para Manuel de la Cruz, el racismo de la mayoría de los dirigentes autonomistas era producto de que «en esa mayoría, se cuentan, o los antiguos hacendados criollos, o los degenerados aristócratas que antaño fueron dueños del látigo y del cepo».

Pero el principal peligro que encerraba el autonomismo era el de que llegase a convencer a amplias masas de la población de que era posible una evolución pacífica que garantizase los derechos de la nacionalidad cubana. Las tesis evolucionistas y de transición pacífica del autonomismo habían tenido su correlativo en la tendencia derrotista surgida en el seno de la nacionalidad cubana como consecuencia del Zanjón. Destacados dirigentes del 68 se habían alejado de toda actividad revolucionaria, depositando sus esperanzas en la política autonomista.

La historia de las guerras de independencia de América contra las metrópolis europeas enseñaba que España jamás renunciaría voluntariamente a la dominación de los pueblos que aún mantenía bajo su férula. La nueva dirigencia supo sacar conclusiones acertadas sobre la naturaleza rapaz e intransigente del viejo colonialismo español. En su primer escrito político, *La República Española ante la Revolución Cubana*, publicado en 1873, Martí ya demostraba tener conciencia de que los elementos liberales y republicanos de la península no concederían

jamás la independencia en Cuba. Las libertades que estos predicaban eran exclusivamente para uso local. Martí apuntaba la contradicción que significaba esta situación cuando decía:

Y si Cuba proclama su independencia por el mismo derecho que se proclama la República [española], ¿cómo ha de negar la República a Cuba su derecho de ser libre, que es el mismo que ella usó para serlo? ¿Cómo ha de negarse a sí misma la República? [...] ¡Miseros los que se atrevan a verter la sangre de los que piden las mismas libertades que pidieron ellos! ¡Miseros los que así abjuren de su derecho a la felicidad, al honor, a la consideración de los humanos!

Veinte años después opinaría rotundamente que ni siquiera las reformas que pedían los autonomistas podían ser concedidas, que las libertades que se ofrecían eran «imposibles en la naturaleza política de España».

El mar de sangre que separó definitivamente a Cuba y a España, al terminar la guerra Grande, hacía imposible la consecución de la independencia por medio de una evolución pacífica. Por eso, la labor de los autonomistas sustrayendo fuerza a la revolución, en un empeño inútil por prolongar la dominación española en Cuba, le mereció los más violentos ataques de Martí. La capitán general de la Isla y el ejército de ocupación español, constituían el verdadero poder en Cuba. Por eso, Martí calificó a los autonomistas de «barateras de empleos públicos» que se «enjuagan de vez en cuando el sudor de la comedia con el pañuelo tinto en nuestra sangre». Las diputaciones a cortes que España les concedía a los autonomistas, eran «migajas urbanas, triste alimento de canario preso».

Sobre las elecciones amañadas con que se trataba de engañar al pueblo, diría: «Los cubanos volátiles que creyese que una ley retacera de elecciones, y el nombramiento en su virtud de algunos diputados más... puede mudar de raíz el carácter rudimentario y venal de la política española, y la ignorancia y hábitos despóticos de la nación...».

Convencido de que las reformas solamente servirían para adormecer la conciencia revolucionaria del pueblo, Martí diría: «Buscan los políticos de la paz en leyes lentas de elecciones —leyes de perpetua servidumbre bajo la máscara de sus formas, que a lo sumo no vendrían a ser más que modos perfectos de suplicar a un interés contrario— el remedio a la perversión creciente y al desahucio de los naturales. Empléanse en servir al gobierno desmoralizador con pretexto de combatirlo, las fuerzas que debían emplearse en ordenar los ánimos para la defensa».

El verdadero carácter retrógrado de la evolución pacífica fue también denunciado por Martí: «Mera época de la revolución el partido autonomista, que debió y pudo hacer lo que no ha hecho, y ha fallado tristemente en su misión preparadora, dábase el caso singular de que los que proclamaban el dogma político de la evolución eran meros retrógrados, que mantenían para un pueblo formado en la revolución las soluciones imaginadas antes de ella».

Después del fracaso total del plan de reformas de Maura, último intento por ahogar la revolución, el delegado del Partido Revolucionario, consciente de que el autonomismo se desintegraba, llamó a los hombres que habían militado en sus filas equivocadamente: «Y en cuanto al escaso grupo de cabeceras, a quienes se acusa hoy de haber fomentado un partido antirrevolucionario y sin soluciones, con la promesa sorda de la revolución, que era un deseo evidente evitar, puesto que en nada han contribuido a prepararla, unos caerán —esperémoslo así— del lado del combate, adonde sus compatriotas los recibirán con regocijo... y otros irán acaso a Madrid, a ser condes de la libertad, y cabos y caireles de la delicada monarquía».

Una vez superado el peligro autonomista, Martí enjuicia los resultados de la labor contrarrevolucionaria autonomista: «El autonomismo solo ha sido útil, por la prueba de su ineficacia, a la revolución». Sobre la pretendida labor integradora y unificadora de la *nacionalidad*

cubana, que se atribuía el autonomismo, diría Martí: «No es que se deba caer, ni de paso siquiera, en el error de creer que el autonomismo unificará al país más de lo que lo unificó la guerra».

Las raíces del anexionismo en esta época se hunden en un contexto diferente al del anexionismo ideológico del 51, de contenido esclavista, y al del anexionismo accidental de contenido político del 68. En la década de 1890 el anexionismo tiene como premisa ideológica la dependencia económica en que se encuentra la Isla con respecto al naciente imperialismo norteamericano. Las presiones a que se ve sometida la Isla por el arancel McKinley condicionan la actitud de considerables sectores del capital comercial español y de la burguesía de plantaciones. Según Juan Gualberto Gómez, la dirigencia política del Partido Unión Constitucional y del Partido Autonomista, fundida en el Movimiento Económico que se formó para combatir la estúpida política colonial que tendía a cerrar el mercado norteamericano al comercio insular, pensó en un momento determinado que la anexión era la única salida a la grave situación que atravesaba el país. En el curso de la guerra del 95, los grandes dueños de plantaciones de Occidente y algunos representantes del capital comercial español, por mediación del cónsul norteamericano en La Habana Fitzhugh Lee, se ofrecerán al gobierno de los Estados Unidos para allanar su dominación económica en Cuba una vez que fuera derrocado el poder colonial español, al mismo tiempo que lo instaban a que se convirtiera en el supremo e indisputado árbitro de nuestros destinos.

Aun cuando la posición de estas clases no se había traducido, por lo menos de una forma visible, en una actitud correspondiente en las dirigencias revolucionarias, era preciso combatir sus asomos en el pensamiento independentista. De ahí la violencia con que Enrique Trujillo polemizará con Juan Bellido de Luna en los Estados Unidos. Asimismo, es notable la forma en que Martí arremetería en más de una ocasión contra las actividades de

José Ignacio Rodríguez. Es curioso, observemos de paso, que Bellido de Luna pretendiera identificar ideológicamente el anexionismo de Narciso López con la actitud de Agramonte.

La nueva dirigencia revolucionaria había comprendido que uno de los peligros mayores que corría la causa independentista era que las ideas anexionistas llegaran a cobrar fuerza entre los revolucionarios. Aun cuando los anexionistas constituían un grupo exiguo, que no se encontraba siquiera organizado como partido, sus actividades traidoras cerca del Departamento de Estado norteamericano podían precipitar la intervención de los Estados Unidos en Cuba.

Martí estuvo consciente de que el carácter sangriento y prolongado de las luchas revolucionarias, sujetas a graves reveses políticos y militares, y estancado desde el fracaso de la guerra Chiquita, podía conducir a la pérdida de las perspectivas históricas. En determinado momento se podía ofrecer la podrida mercancía del anexionismo como única solución a la honda crisis que atravesaban las fuerzas revolucionarias desde el Zanjón, arrastrando tras sí a elementos vacilantes que, presentándose como patriotas, le hicieran el juego al imperialismo norteamericano. Por eso fustigó a los anexionistas con mayor rudeza que a los autonomistas. Cuba sería libre de España, pero los Estados Unidos esperaban el momento propicio para anexarse la Isla. Ya desde la remota fecha del 20 de julio de 1882, Martí señalaba cuál era el mayor peligro para la independencia de Cuba y qué clase de hombres lo representaban:

Y aún hay otro peligro mayor, mayor tal vez que todos los demás peligros. En Cuba ha habido siempre un grupo importante de hombres cautelosos, bastante soberbios para abominar la dominación española, pero bastante tímidos para no exponer su bienestar personal en combatirla. Esta clase de hombres, ayudados por todos los que quisieran gozar de los beneficios de la libertad sin pagarlos en

su sangriento precio, favorecen vehementemente la anexión de Cuba a los Estados Unidos. Todos los tímidos, todos los irresolutos, todos los observadores ligeros, todos los apegados a la riqueza, sienten tentaciones marcadas de apoyar esta solución, que creen poco costosa y fácil.

Años después, cuando los turbios propósitos injerencistas de los Estados Unidos en Cuba empezaron a hacerse más evidentes, y al compás de la batuta del Departamento de Estado los anexionistas empezaron a agitarse, Martí los marcó de nuevo con el hierro candente de su palabra. En la respuesta llena de dignidad patriótica que le hiciera al periódico *The Manufacturer* de Filadelfia, Martí dejó sentado que solamente los hombres sin decoro eran partidarios del anexionismo:

No es este el momento de discutir el asunto de la anexión de Cuba. Es probable que ningún cubano que tenga en algo su decoro, desee ver su país unido a otro, donde los que guían su opinión comparten, respecto a él, las preocupaciones solo excusables a la política fanfarrona o a la desordenada ignorancia. Ningún cubano honrado se humillará hasta verse recibido como un apeestado moral, por el mero valor de su tierra, en un pueblo que niega su capacidad, insulta su virtud y desprecia su carácter.

El racismo, nuevo fenómeno surgido de las relaciones sociales consubstanciales al régimen capitalista, merece un estudio detenido. Julio Le Riverend ha señalado justamente que «es inexacto hablar de racismo en el seno del sistema esclavista. Para justificar el sistema se expresaban ideas racistas, claro está; pero el racismo como tal es un mecanismo posterior a la abolición de la esclavitud que coadyuva dentro de las condiciones capitalistas a mantener sometidos a los negros liberados y a deprimirles sus salarios, deprimiendo a todos los trabajadores».

Como hemos apuntado, el racismo encontraría expresión no solamente en la sociedad cubana bajo el dominio

colonial y las relaciones sociales que dimanaban del patronato, sino también en las filas independentistas. La liberación de los esclavos, el ascenso a la dirección revolucionaria de hombres como Maceo, Banderas y Moncada, engendró en sectores de la vieja y la nueva dirigencia aferrados a la idea de la hegemonía blanca, un hondo resentimiento. Estos sectores eran portadores del racismo que engendraba la sociedad colonial al crearse nuevas relaciones sociales. Asimismo, la lucha contra el poder colonial había engendrado un odio feroz contra la población española. Era preciso, por lo tanto, potenciar en un grado más alto la cohesión entre todos los factores de la nacionalidad.

De no poder cimentarse sólidamente las relaciones entre estos factores de la nación «en sí», no se podría constituir una nación homogénea, cultural y étnicamente, «para sí». Consecuentemente, el programa ideológico de la nueva dirigencia no se limitará a atraer políticamente los factores heterogéneos de la nacionalidad para constituir un frente común de clases contra el dominio colonial, sino que pretenderá sentar las bases teóricas de la asimilación de toda la población en la nación.

Aun cuando la guerra revolucionaria del 68 no se había desarrollado en las provincias occidentales, las grandes tradiciones patrióticas e igualitarias que se habían extendido a todo el país y la abolición de la esclavitud por el gobierno español, coadyuvaron a que la comunidad de cultura nacional abarcara a toda la población. Sobre esta amplia base se vertería la praxis política de la nueva dirigencia. La manifestación más palpable de esta comunidad de cultura nacional se expresaba en el deseo de obtener la independencia, que era compartido por todos los factores constitutivos de la nación «en sí». Hacia 1890 Manuel Sanguily estaba convencido de que la nacionalidad cubana había cuajado plenamente en el espíritu de todos los habitantes del país: «La revolución no triunfó solamente en el sentido de que realmente no logró realizar por completo su programa; pero infundió

en el país su espíritu democrático, igualitario, de justicia reparadora». Respecto a la integración del negro criollo, hijo de los esclavos africanos de las dotaciones de Occidente, podía afirmar sin temor a equivocarse: «El negro descendiente de africano es un cubano: cubano por nacimiento, cubano por las costumbres, cubano por el dialecto o la lengua, cubano, en fin, por las aspiraciones».

Finalmente —y esta es la clave que nos revela más allá de toda duda la existencia de la nación «en sí»— en el curso de la guerra del 68 aparecerán los primeros intelectuales negros y mulatos formados en la gran escuela de la revolución e inspirados en sus grandes tradiciones patrióticas, cuyas primeras manifestaciones se sentirán en las décadas del 70 y del 80. Antonio Maceo, Flor Crombet, Juan Gualberto Gómez, Martín Morúa Delgado, Rafael Serra serán los continuadores ideológicos del programa revolucionario que el padre Félix Varela elaborara hacia 1820 cuando asomaba tímidamente, en forma embrionaria, el espíritu nacional que sería sepultado transitoriamente por la dirigencia ideológica del reformismo.

La lucha de la nueva dirigencia por unificar y cohesionar definitivamente la nacionalidad en el período que corre de 1878 a 1895 forzó al gobierno colonial a suprimir la superestructura que escindía al país en castas. Hacia 1894 la metrópoli, bajo la presión de las nuevas relaciones sociales y las amenazas del estallido de la guerra revolucionaria que preparaba Martí en el extranjero, se vería forzada a ratificar el decreto concedido desde 1885 a la población negra y mulata, según el cual podía esta «entrar y circular libremente en los lugares públicos» y en los «establecimientos que presten servicio al público retribuido por el mismo». Asimismo se permitía por primera vez que los niños negros y mulatos pudieran asistir a las escuelas públicas sostenidas por el Estado. Veinticinco años después de la abolición de la esclavitud por la revolución, el gobierno español comenzaba a variar la legislación segregacionista.

José Martí, desde New York, denunció inmediatamente la finalidad que perseguía el decreto colonial: «Allá, veinticinco años hace, fue donde los negros sirvieron, por el mérito, a las órdenes del blanco, y los blancos, por el mérito, sirvieron a las órdenes del negro. Allá, veinticinco años hace, concedió la revolución cubana al negro el paseo igual, el saludo igual, la escuela igual. ¡España ha llegado muy tarde!... ¡jamás se apartarán los brazos, blancos y negros, que se unieron allí!». En Cuba, Manuel Sanguily le salió al paso a la histeria racista que se desató en la Isla. Los más furibundos integristas propalaban la idea de que faltaba poco para que los negros se apoderasen de las blancas y se casaran con ellas.

El representante más alto del patriciado jacobino planteó que el cruce de las razas era lógico y natural: «Con decretos y sin ellos, sucede y ha sucedido siempre donde dos o más razas han vivido en contacto, aun cuando no se mezclen y fundan. A la postre esos son asuntos de orden privado y de carácter estrictamente personal». El programa de integración nacional de la vanguardia revolucionaria sería expuesto por Manuel de la Cruz en la forma más acabada y sistemática:

Libre el país cubano del anárquico y bárbaro dominio español, el negro y el mulato compartirán con el blanco el gobierno y la administración del país. A nadie se le preguntará cuál es el color de su piel, si sus ascendientes nacieron en el riñón de Alemania o en el corazón de Senegambia; a todos habrá de exigírseles aptitud, condición, dotes para el cargo que cada cual pretenda desempeñar... Los que del esclavo hecho por el Gobierno de España hicimos el ciudadano sin color de la República de Cuba; los que del ciudadano hicimos soldados, oficiales, jefes, no habríamos de vacilar un punto en hacer magistrados, administradores, representantes, jefes del ejecutivo. La nueva organización no podrá hacer más. Al gusto, al carácter, a la índole de cada cual quedará luego el derecho de tomar parte en el concierto social.

La historiografía burguesa trató por todos los medios de limar el hondo contenido revolucionario del Manifiesto de Montecristi y, al mismo tiempo, lo presentó como la expresión más elevada y acabada de las aspiraciones del 95. Se pretendía soslayar la totalidad del pensamiento martiano, reduciéndolo a las bases mínimas del Manifiesto para la integración nacional. La contrapartida de esta interpretación se halla en la posición dogmática que le niega todo contenido ideológico al Manifiesto, atribuyéndole propósitos puramente políticos en la lucha contra el poder colonial. Los que sustentan estas posiciones teóricas solo valoran el contenido social y antimperialista del pensamiento martiano. Estas posiciones que demuestran la verdad del axioma político sobre los extremos opuestos que se tocan no contribuyen a darnos una visión total de la ideología revolucionaria del 95. Basta darle una ojeada a la famosa carta a Manuel Mercado para comprender que la gigantesca tarea de construir una nación homogénea, cultural y políticamente, estaba íntimamente vinculada a la no menos trascendental tarea de integrar dicha nación en el bloque histórico de países latinoamericanos, para «impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América». La realización de estos proyectos estaban, desde luego, supeditados a la culminación de nuestro proceso de formación nacional. Manuel Sanguily expresó, quizás como ningún otro miembro de la vanguardia revolucionaria, la significación y trascendencia de la revolución en el contexto americano y mundial. La guerra revolucionaria integraba a comunidades tribales y grupos nacionales en una comunidad nacional. Según Sanguily, había que poner la revolución cubana «por cima de la revolución francesa y de la revolución americana, esa revolución de Cuba que completaba la América y ofrecía a todos los hombres el amoroso regazo de una madre incomparable».

Resumiendo: la ideología de la vanguardia revolucionaria del 95 será integrada orgánicamente en función de

la necesidad de constituir la República, independiente y soberana tanto de España como de los Estados Unidos; completar el proceso de formación nacional bajo la influencia de las ideas revolucionarias democrático-burguesas, o como diría Antonio Maceo, «impregnada del espíritu que lo alimenta y amamanta todo... el de la libertad, la igualdad y la fraternidad»; establecer nuevas relaciones de producción basadas fundamentalmente en la pequeña propiedad y en «el equilibrio de las fuerzas sociales», e integrar a la nación en el bloque histórico de los países de nuestra América para evitar la expansión imperialista de Estados Unidos sobre el continente americano.

La peregrina tesis histórica de que al cabo de treinta años de lucha por nuestra independencia el pueblo cubano solo había conquistado el derecho a enarbolar su bandera y a entonar el Himno nacional le ofrece a la historiografía burguesa una excelente oportunidad para desacreditar los esfuerzos investigativos que se realizan en Cuba.

Bajo las nuevas condiciones históricas creadas a partir de la primera ocupación militar norteamericana, la penetración del capital financiero controló las mejores tierras, los bancos, las industrias, los servicios públicos. Asimismo se concertó una alianza política entre la gran burguesía terrateniente de Occidente, azucarera y ganadera, el gran comercio exportador español y el imperialismo norteamericano mediante la cual se monopolizó el poder del Estado cubano. Se dominó material e ideológicamente al pueblo cubano bajo la amenaza perenne (la amenaza en sí resultaba más eficaz que su ejecución) de que cualquier disturbio o protesta justificaría legalmente la intervención indefinida de los Estados Unidos; se ensayó una política discriminativa desde el poder del Estado y las posiciones de la alta burguesía con la finalidad de mantener oprimido al negro. Es cierto que el imperialismo norteamericano logró eso y mucho más, pero no pudo *desnacionalizar* a nuestro pueblo, ni dividirlo étnicamente. Mientras en Cuba, según las investigaciones de

Oscar Lewis, el ciudadano medio que habitaba el barrio de Las Yaguas tenía un punto de referencia histórica al que ligaba su destino y con el que podía identificarse (Maceo, Martí), en Puerto Rico, que no pudo conquistar su independencia, el habitante de los barrios de indigentes no se sentía ligado al pasado por ningún vínculo histórico ni social.

FRACASO Y TRIUNFO DE LA NACIÓN CUBANA

Nuestras gestas independentistas habían marcado indeleblemente el carácter nacional cubano. El movimiento de Liberación Nacional constituyó una revolución de tal naturaleza y magnitud que su impacto transformó radicalmente las costumbres, hábitos, tradiciones, sicología, en fin, el carácter nacional del pueblo cubano. El hecho de que Antonio Maceo fuera reconocido al final de la guerra revolucionaria del 95 como el héroe nacional de Cuba (calurosa y espontáneamente por las amplias masas desposeídas, forzada y calculadamente por los políticos al servicio del imperialismo) es la manifestación más evidente de que la revolución había integrado étnicamente a las grandes masas campesinas y trabajadoras del país. De ahí que Elías Entralgo pudiera escribir sobre el hecho más notable de aquella guerra, la Invasión, las siguientes palabras: «El proceso de mulatización en sus varios matices estaba en su apogeo al hacerse esta nueva llamada independentista. La Invasión —que ha sido, sin duda, el esfuerzo colectivo más notable realizado hasta hoy por los cubanos— fue un empeño mulato por los hombres y por los nombres, por sus soldados anónimos y por sus jefes famosos». La diferencia radical que existía entre la ideología del criollismo blanco de un Saco y la ideología integracionista del cubanismo revolucionario de Martí y Maceo, nos da la medida de los profundos cambios que se habían operado en la conciencia nacional. La conciencia social que dimanaba de una sociedad de esclavos donde, según Juan Gualberto Gómez, «la ley de castas se

aplicaba con inflexible rigor, donde la población se dividía y subdividía al infinito, donde la autoridad asumía como principal misión, las más de las veces, el mantenimiento del antagonismo de razas», tenía que diferir substancialmente de la conciencia social, forjada según Martí «en el horno de la guerra, ante la muerte, donde descalzos y desnudos se igualaron todos, blancos y negros». Vinculado a sus tradiciones revolucionarias, al recuerdo de sus grandes héroes, a la hermandad forjada en las guerras, el pueblo cubano pudo discernir claramente que los ideales de confraternidad y solidaridad nacional que nos habían legado los fundadores de la nacionalidad habían sido escamoteados en la República mediatizada.

No obstante, los esfuerzos del capital comercial español y de la burguesía terrateniente blanca por separar a vastos sectores de las masas desposeídas por su procedencia étnica culminaron en la creación de sociedades mutualistas de españoles, y sociedades cubanas de negros, de mulatos y de blancos. Esta situación indujo a Fernando Ortiz a replantearse la cuestión étnica cubana en los días de la sangrienta represión del movimiento de Estenoz. En un discurso pronunciado en una sociedad mutualista española, Ortiz afirmó:

Pero todavía no se han fundido las razas en Cuba. Pueden las razas, y así sucede en efecto, solidarizar sus energías para determinados movimientos patrióticos, intelectuales o sociales, pero todavía en el suelo de la patria no hay una fusión de todas las razas, todavía no hay una integración perfecta de todas sus fuerzas, porque la historia no lo ha querido así, y esto, señores, es un motivo de honda y de fuerte desintegración de todas las fuerzas sociales que deben integrar nuestra patria y nuestra nacionalidad. El día en que todos los componentes de la nacionalidad cubana lleguen a compenetrarse, a fundirse en el crisol de este pueblo, ese será un día de gloria, lo mismo que todas las aspiraciones de la política cubana.

Pero si esta aspiración solo podría lograrse con el advenimiento del socialismo, y la constitución de una nación «para sí», durante toda la etapa republicana los factores desintegrantes de la nacionalidad no pudieron imponerse sobre los factores aglutinantes del pueblo.

Carente de la cohesión extraeconómica en que estaba fundamentado el régimen de semicastas correspondiente a las relaciones esclavistas de producción, el capitalismo era incapaz de hacer una vivisección de las clases sociales modernas, a los efectos de separar de un modo tajante los grupos étnicos que las componían. En una población que tendía en un grado cada vez más creciente a la mulatización, a la homogeneidad cultural y a la unidad psicológica, los prejuicios raciales no podían retrotraer la nación a los férreos marcos coloniales. Las grandes masas desposeídas de blancos y negros, sometidas a una doble explotación nacional y social, «como el topo de la historia» fueron barrenando lenta e inexorablemente el camino de su liberación.

Bajo la dominación imperialista, se fueron creando en las grandes masas populares los lazos de solidaridad nacional que resistirían las pruebas a que nos someterían tanto el imperialismo norteamericano como la burguesía contrarrevolucionaria. De ese modo, en la República mediatizada se fueron reforzando los vínculos de solidaridad nacional.

Bajo las nuevas condiciones creadas a partir del triunfo revolucionario de 1959 se empezó a constituir definitivamente la nación «para sí». La burguesía contrarrevolucionaria y el imperialismo norteamericano apelaron a todos los medios posibles en un esfuerzo desesperado por quebrar estos vínculos. Pero en el transcurso de la lucha a muerte que se entabló, los lazos que estrechaban a todos los sectores oprimidos de la nacionalidad se fortalecieron más aún. Ciertos sectores de la aristocracia obrera y de la pequeña burguesía, permeados por la ideología de la nación enajenada, corrieron la suerte de la burguesía antinacional. Pero a pesar de que estos

sectores habían ejercido tradicionalmente cierta influencia sobre la sociedad cubana, las grandes masas populares, fieles a la profunda corriente que las impulsaba, coronaron el proceso de formación nacional bajo la dirección de la vanguardia revolucionaria que había continuado el camino histórico del 68 y del 95. La solidez de los vínculos que se soldaron en las guerras revolucionarias de independencia y bajo la doble explotación nacional y social del imperialismo, nos demuestra que el camino revolucionario del 68 y del 95 desbrozó el tránsito a la revolución de 1959.



LA PERSONALIDAD HISTÓRICA DE CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES Y DE IGNACIO AGRAMONTE¹

*Vendrá la historia, con sus pasiones y justicias;
y cuando los haya mordido y recortado a su
sabor, aún quedará en el arranque del uno
y en la dignidad del otro, asunto para la
epopeya.*

JOSÉ MARTÍ

El marcado contraste entre las personalidades de Carlos Manuel de Céspedes e Ignacio Agramonte ha sido tradicionalmente un tema propicio para la controversia histórica. En nuestro pasado capitalista algunos historiadores dedicados al género de la biografía novelada —la «pequeña historia»— se recreaban escribiendo interminables descripciones literarias que raras veces escapaban de los estrechos marcos del análisis caracterológico.

Por otra parte, los juicios políticos con los que se pretendía situar históricamente a Céspedes y a Agramonte estaban impregnados de idealismo subjetivo. Se pretendía definir de una vez y por todas a las principales personalidades del 68, basándose en la actitud asumida por estas en Guáimaro. El debate histórico centrado en las deliberaciones que tuvieron lugar en la importante asamblea, no tenía en cuenta la evolución política que experimentaron con posterioridad los fundadores de nuestra

1 Todos los ensayos y artículos de la parte II de este volumen fueron publicados originalmente en la revista *Verde Olivo*, con excepción de «El resurgimiento del anexionismo...», que apareció en la Revista de la Biblioteca Nacional José Martí, año 57, no. 2, abril-junio de 1966.

nacionalidad. Mucho menos podía ser objeto de estudio el proceso de radicalización de hondo contenido social que se operó en el transcurso de la guerra. Para los historiadores partidarios de los gobiernos fuertes, Agramonte era un demócrata iluso, utópico, mientras que para los que simpatizaban con las ideas liberales burguesas, Céspedes era un déspota, un autócrata. De ese modo, la controversia brindaba a los polemistas la oportunidad de hacer gala de sus conocimientos del idioma y de sus aptitudes retóricas. De ahí que la crítica histórica deviniera torneo literario. Céspedes y Agramonte, hombres de carne y hueso como hubo pocos, se transformaban en virtud de estos juegos florales en incorpóreos personajes de leyenda. Pero lo que caracterizaba realmente a la interpretación histórica burguesa era su temor cervical a verse compelida a reconocer el confrontamiento político e ideológico que tuvo lugar en nuestras guerras de independencia entre los dirigentes revolucionarios y la clase esclavista de plantaciones como clase.

El advenimiento del socialismo en Cuba ha traído como consecuencia que los investigadores y estudiosos de las ciencias históricas, jóvenes y viejos, tengan a su alcance las fuentes de información y los recursos necesarios para escribir, con la asistencia eficaz e imprescindible de la metodología marxista, la nueva historia de Cuba. Hasta el presente se han publicado diversos ensayos y monografías con criterios genuinamente innovadores. Sin embargo, algunos de estos primeros tanteos no han estado exentos de los errores que entraña toda empresa nueva, precursora. Precisamente, uno de los errores más divulgados ha sido una interpretación rígidamente determinista de las personalidades históricas de Céspedes y Agramonte, al prescindirse de la influencia que ejercieron sobre las figuras cimeras de Guáimaro los factores ideológicos. Se ha presentado a los próceres de nuestras gestas independentistas como agentes o comisionistas de los intereses inmediatos de la gran burguesía de plantaciones, desconociendo por completo las relaciones entre política y economía, así como la au-

tonomía de los dirigentes ideológicos de una revolución con respecto a las necesidades económicas inmediatas de la clase social de donde proceden.

El curso de los razonamientos que se han empleado corre aproximadamente así: «Agramonte era partidario de la abolición total de la esclavitud porque la economía del Departamento de donde procedía no dependía del trabajo esclavo. Céspedes representaba los intereses que dependían del trabajo esclavo; por eso pedía la abolición gradual e indemnizada de la esclavitud». De esta forma ingenua y simplista se ha presentado la historia como un mecanismo de fuerzas económicas ciegas que determina implacable e inexorablemente el destino de los hombres como si estos fueran marionetas.

Antes de entrar a refutar estos conceptos, estimamos conveniente recordar que fue Federico Engels quien dijo que si para escribir la historia bastara referir cada hecho histórico a una causa económica, prescindiendo de los demás factores, la aplicación de la teoría marxista a cualquier período de la historia sería más fácil que una ecuación de primer grado.

De ahí que la conducta de la vanguardia revolucionaria de una clase social no pueda explicarse por las exigencias de esa clase por mantener un *statu quo* bajo la estructura económica y social que se trata de subvertir mediante la revolución. La posición de determinadas personalidades representativas en un período fluctuante, de grandes cambios, donde la ideología de la vanguardia revolucionaria no se ha plasmado definitivamente, está conformada en primera instancia por la necesidad de destruir los organismos represivos de la formación social que combaten, no por las necesidades económicas inmediatas del sector mayoritario de la clase social que se abstiene de participar decisivamente en la lucha. Estas necesidades se toman en cuenta a la hora de actuar, pero la vanguardia revolucionaria no se identifica con ellas desde el momento en que se lanza a la lucha armada.

Por lo tanto, la validez de la argumentación mecanicista solamente puede resistir la prueba del tiempo cuando

existen documentos indicativos de que toda la actividad política de determinada personalidad histórica estuvo subordinada de un modo consciente a los privilegios que detentaba, o que aspiraba a mantener con el consentimiento de la estructura social precedente. Es conveniente aclarar, al mismo tiempo, que una vez superada su fase ascensional, la burguesía pasa por una fase de consolidación al alcanzar el poder político, en la cual sus dirigentes ideológicos se vinculan orgánicamente a determinados sectores económicos, convirtiéndose en verdaderos agentes o corredores comerciales de las ideas o proyectos que tratan de imponer en la política estatal.

TOMA DE CONCIENCIA REVOLUCIONARIA DE IGNACIO AGRAMONTE

La toma de conciencia revolucionaria de Ignacio Agramonte se operó de una forma muy distinta a la que hemos hecho alusión. La lectura de las obras referentes a la revolución francesa, en la época en que el joven Agramonte ingresó en la Universidad de La Habana, era la expresión más alta del espíritu de inconformidad que bullía en el estudiantado. Ramiro Guerra, con mano maestra, nos ha dado un fresco del espíritu reinante en los predios universitarios: «La *historia de los Girondinos* de Lamartine, las obras de Víctor Hugo y otros escritores revolucionarios, *El año terrible*, *El hombre que ríe*, *Los miserables*, circulaban ocultamente entre los estudiantes y eran tanto más leídas cuanto mayores esfuerzos hacían las autoridades universitarias para evitar su difusión». Es decir, que la formación revolucionaria de Agramonte se llevó a cabo en el ambiente progresista y romántico que existía en la juventud universitaria, bastante alejada por cierto de los estrechos cálculos sobre la rentabilidad del trabajo esclavo predominante en los círculos de la gran burguesía de plantaciones. Esto no contradice de ningún modo el hecho de que la sorda protesta de los terratenientes occidentales contra la política colonial española,

fomentara y favoreciera la inconformidad de la intelectualidad revolucionaria de la época.

En las condiciones existentes en la sociedad cubana de mediados del siglo XIX, la concepción burguesa del mundo tenía un carácter progresista, revolucionario. Los ideólogos de la revolución cubana reflejaban los intereses de más largo alcance de la conciencia burguesa.

La clase terrateniente burguesa necesitaba romper los lazos que la ataban a la metrópoli española para realizar, económica y políticamente, las tendencias inmanentes de hegemonía nacional que la animaban. Pero España no explotaba únicamente a los grandes dueños de plantaciones. La mediana burguesía patriarcal terrateniente, el campesinado, los esclavos, artesanos y jornaleros de la sociedad colonial, sufrían la opresión en mayor o menor grado. Al insurgir contra la dominación española, el sector más avanzado de la mediana burguesía patriarcal (azucarera y ganadera fundamentalmente), representaba a las demás clases sociales. Su victoria beneficiaba a todos los sectores de la nacionalidad cubana.

Consecuentemente sus ideólogos, al declarar la guerra por la independencia, se consideraban los representantes de toda la nación oprimida, los portadores de la libertad, la igualdad y la fraternidad, aun cuando el establecimiento del régimen burgués no conllevaba la realización de estos ideales.

No obstante, como quiera que se habían erigido en defensores de todas las clases sociales explotadas por la metrópoli, y, por consiguiente, aspiraban a crear una nación «para sí», su conducta estaba regida por principios. Los que concibieron la independencia de Cuba únicamente como la solución de las necesidades económicas inmediatas de su clase, oscilaron desde un primer momento entre el autonomismo y el anexionismo, y al ver fracasadas esas soluciones desertaron de las filas revolucionarias. Tal fue el caso de Napoleón Arango y de los hacendados camagüeyanos del partido de Caonao. Por otra parte, los que movidos por hondos sentimientos pa-

trióticos comprendieron que el futuro de su clase era el futuro de la nación, se atuvieron a la necesidad de proseguir la lucha armada como la única forma de alcanzar la constitución de una nación soberana e independiente.

Ya desde sus días en la Universidad de La Habana, Ignacio Agramonte había proclamado que la única solución a la crisis cubana era la lucha armada. Su discurso de graduación en la Universidad alcanza el momento más elevado cuando expone la necesidad de la lucha armada para derrocar el despotismo colonial:

El Gobierno que con una centralización absoluta... detenga la sociedad en su desenvolvimiento progresivo, no se funda en la justicia y la razón, sino tan solo en la fuerza; y el Estado que tal fundamento tenga, podrá en un momento de energía anunciarse al mundo como estable e imperecedero, pero tarde o temprano, cuando los hombres, conociendo sus derechos violados, se propongan reivindicarlos, irá el estruendo del cañón a anunciarles que cesó su letal dominación.

Este Ignacio Agramonte entregado totalmente a la causa independentista, cuando la revolución se lo exija, lo sacrificará todo en aras de sus principios. ¿Cómo pretender definirlo, entonces, por el hecho de que sus prédicas fueran bien acogidas por el sector de la clase terrateniente de su provincia natal, que, en efecto, no tenía nada que perder con la abolición total de la esclavitud?

CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES Y LA CONSTITUCIÓN DE UN FRENTE ÚNICO DE CLASES

El 10 de octubre de 1868, en el manifiesto que dirigió al mundo, Carlos Manuel de Céspedes proclamó la abolición gradual e indemnizada de la esclavitud. Al mismo tiempo, concedía la libertad a sus esclavos e incendia-ba su ingenio. Su gesto sirvió para que miles de negros

y mulatos libres se incorporaran a las filas del ejército mambí. Al proclamar la abolición gradual e indemnizada de la esclavitud, Céspedes tenía en cuenta las demandas de la gran burguesía de plantaciones de Occidente, a la cual pensaba atraerse con la finalidad de constituir un frente único contra la dominación colonial.

Desde el primer día, la revolución que se inició con solo treinta y siete hombres confrontó la necesidad de contar con armas y recursos, que únicamente podían allegar los ricos dueños de plantaciones de Occidente. La línea política trazada por Céspedes solamente puede comprenderse si hacemos una composición de lugar y tiempo, de las circunstancias por las que atravesaba la revolución. De otro modo podemos llegar a identificar ideológicamente a Céspedes con Juan Poey, típico representante de la burguesía de plantaciones, que prefirió vivir bajo el despotismo colonial con sus millones y sus esclavos.

Mientras el Comité Revolucionario de Camagüey decreta el 26 de febrero de 1869 la abolición de la esclavitud, impulsado por los nobles y generosos sentimientos de Agramonte, Céspedes, de mayor experiencia política y madurez emocional, tiene que atemperarse a las necesidades de la guerra. Por otra parte, la situación de ambos era completamente diferente. Céspedes se había proclamado jefe de la revolución, mientras que Agramonte era solamente miembro del Comité Revolucionario de Camagüey. Como jefe de la revolución, Céspedes tenía que actuar con más prudencia y cautela.

Cuando Céspedes se lanza por el camino de la lucha armada, su ruptura con la estructura colonial esclavista es total: está consciente de que la dialéctica de los acontecimientos conduce inevitablemente a la supresión definitiva de la odiosa institución. Desde el enfrentamiento del capitán general de la Isla, Miguel Tacón, con el gobernador de Oriente, Manuel Lorenzo, la clase terrateniente oriental estaba consciente de que la lucha armada implicaba la abolición de la esclavitud. La posición de Céspedes solo puede explicarse a la luz de los documentos

existentes, sin entrar en especulaciones baldías. En carta al presidente de la República de Chile señaló las causas que lo impulsaron a mantener un criterio conservador frente a la esclavitud.

«Solamente —dijo— hemos respetado, aunque con dolor de nuestro corazón, porque somos acérrimos abolicionistas, la emancipación social de gran trascendencia, que no podemos resolver ligeramente al inmiscuir en nuestra cuestión política, porque podría oponer graves obstáculos a nuestra revolución, porque nosotros no podemos arrogarnos el derecho de imponer nuestra voluntad a los pueblos de Cuba». Es decir, que las diferencias entre Céspedes y Agramonte eran de carácter político, táctico, no ideológico. Antonio Zambrana, compañero de estudios e ideales de Agramonte, no pudo menos que reconocer que era sumamente peligroso tomar medidas que «sembrasen la alarma y la desafección» en la clase terrateniente.

Hemos señalado que la ruptura de la vanguardia con la estructura colonial es total. Atrás ha quedado todo, hogar, riquezas, vida desahogada. Libertad o muerte son las únicas alternativas decorosas. Pero la revolución debe ser encauzada de modo que no fracase. Deben atraerse hacia la formación de un frente único de clases todos los grupos étnicos asimilables en la nacionalidad. Tan pronto es tomado Bayamo, Céspedes designa a dos españoles y dos negros como ediles del Ayuntamiento. Asimismo, entra bajo palio en la iglesia de la histórica ciudad, pero de más está señalar que Céspedes era masón y no practicaba el catolicismo, a menos que se pretenda condenarlo por esa «herejía» en futuro pluscuamperfecto.

La indiferencia, cuando no la hostilidad de la gran burguesía de plantaciones, le hizo comprender a Céspedes que el futuro de la revolución no podía depender del apoyo que estos le prestasen. La correspondencia de Wenceslao de Villaurrutia, agente revolucionario en La Habana, con Néstor Ponce de León en New York, es demostrativa de la negativa total de los grandes dueños

de plantaciones de Occidente a contribuir con la causa revolucionaria. Céspedes había decidido concederles un tiempo prudencial a los grandes hacendados para que contribuyesen. Desde el 9 de junio de 1869 la Asamblea Legislativa había autorizado al Presidente de la República

para que se comunicase, del mejor modo que pudiese, con los propietarios que están al lado del gobierno español, y le prestan su apoyo moral y material, para advertirles que o bien deben cesar en su apoyo a la injustificable guerra que nos hace el gobierno español, o bien deben prepararse a ver atacadas sus propiedades ya por la destrucción de aquella parte que se encuentra en el territorio ocupado por el enemigo, y cuyos productos no puedan ser usados por nosotros, ya por la incautación en nuestro beneficio de cualquiera otra propiedad que pueda hallarse a nuestro alcance.

En octubre de 1869, convencido de que es inútil esperar más tiempo por la adhesión de los grandes dueños de plantaciones, Céspedes decreta la política de la tea incendiaria, que tenía un profundo sentido revolucionario puesto que atacaba las relaciones de producción esclavistas. La dialéctica de la lucha armada va radicalizando la revolución. Céspedes no marcha a la zaga del movimiento, sino que lo encabeza con medidas cada vez más radicales. Ya no tiene que aplicar medidas cautas o prudentes: los campos se han deslindado, con Cuba o contra Cuba. En las fuerzas de la revolución ha encontrado la razón de su vida. En una circular oficial escribió:

Las llamas, que destruyan las fortunas y señalen las regiones azucareras con su surco de fuego y ruinas, para que sean los faros de nuestra libertad... Si la destrucción de los campos de caña no bastare, llevaremos la antorcha a los poblados, a las villas y ciudades... Mejor para la causa de la libertad humana,

mejor para la causa de los derechos humanos, mejor para los hijos de nuestros hijos, que Cuba sea libre aun cuando tengamos que quemar todo vestigio de civilización, desde la punta de Maisí hasta el cabo de San Antonio, con tal que no sea tolerada la autoridad española.

En octubre del 71, después de ordenar a Máximo Gómez que destruya la riqueza cafetalera de Guantánamo, Céspedes escribe: «Gómez ha dejado a Guantánamo en buen estado: Los enemigos quedan a la defensiva y destruido casi todo ese centro de producción. El sistema es doloroso, pero nosotros no podemos vacilar entre nuestra riqueza y nuestra libertad: Aquella debe sacrificarse a esta, y los responsables de esta ruina serán los que la vean impasibles y los que nos obligan a llegar a ese extremo con sus barbaries».

La política de la tea encontró una fuerte oposición entre los camagüeyanos, encabezados por Agramonte, quien paradójicamente salió en defensa de los hacendados. En un alegato contra Céspedes dirigido a la Cámara de Representantes, Ignacio Agramonte citó una orden de Federico Cavada, jefe del Estado Mayor del Ejército, en la que ordenaba «destruir con el fuego, sin pérdida de tiempo, las casas de las fincas mayores y las fábricas de ingenios que puedan ser utilizadas por el enemigo durante la campaña de primavera», como una prueba del «orden de cosas», que justificaba, a juicio de Agramonte, la disposición de Céspedes.

Sin embargo, no debemos valorar unilateralmente la posición de Agramonte en este incidente. Después de la ofensiva del general Valmaseda, que destruyó la resistencia mambisa en Camagüey, la actitud de Ignacio Agramonte cambió sensiblemente. En el año 1870 se produjo la desertión de la mayoría de los terratenientes que hacían la guerra de partidas desde su propia finca en compañía de sus familias. Para explicarnos las razones de las presentaciones de los terratenientes a las autoridades españolas, nada mejor que leer una carta de Carlos Ma-

nuel de Céspedes al presidente de la Junta Revolucionaria de La Habana, fechada en Jesús María, en agosto 25 de 1871. El presidente de la República en Armas explica como causas las siguientes:

Causas. Primero: La falta de patriotismo sincero, de fe en la Revolución, de muchos de los que a ella vinieron del bando reformista o concesionista, y que no han hecho más que volver a su verdadero puesto al lado de España, abandonando las filas revolucionarias. Gran parte de los presentados en el Camagüey pertenecían al que dio en llamarse Partido del Caonao, de origen y resabios reformistas y conservadores; y si muchos de ellos ocuparon puestos elevados en el campo de la Revolución, fue por su posición social, por espíritu de contemporiación, por el falso concepto en que parte de la opinión pública de sus paisanos los tenían al verlos ya en el terreno revolucionario, etcétera.

Segundo: La campaña poco cruda que habían hecho los españoles hasta ahora en el Camagüey, donde se disfrutaba, en medio de la guerra, de bastantes comodidades, con abundancia de ganado, viandas y caballos, viviéndose en las casas de las fincas, hoy destruidas; viajando en carruajes las señoras, etcétera.

El análisis clasista que hace Céspedes de los presentados y desertores evidencia la honda separación que existe entre los revolucionarios que se mantienen fiel a la causa y los elementos conservadores que prefieren acogerse al enemigo para salvar sus intereses y sus vidas.

En estas circunstancias es cuando Ignacio Agramonte se hace plenamente consciente de que la república teórica que aspiraba a plasmar en la Constitución de Guáimaro, estaba muy lejos de ser una realidad, mientras no se resolvieran las tareas inmediatas de la guerra. Ante sus ojos se muestra el triste espectáculo de la presentación de muchos de sus compañeros en la Convención de Guái-

maro. El 13 de enero de 1871 acepta el nombramiento de jefe de las operaciones militares en Camagüey. Las divergencias entre Céspedes y Agramonte quedan atrás. De entonces en adelante, marcharán unidos en aras de la patria, mientras la mayoría de los terratenientes abandonan la revolución.

El 30 de enero, en una orden fechada en El Jobo, Agramonte decreta el fusilamiento de todo el que haga campaña terrorista en las filas mambisas conducente a la presentación ante el enemigo. «La Revolución —dice— marcha con pasos firmes sostenida por los buenos. Las presentaciones solo han servido para depurar nuestras filas». Los buenos son los que se mantienen fieles a la causa revolucionaria: los humildes libertos, los sencillos campesinos, los patriotas que comparten con él las penurias y vicisitudes de la guerra dura y prolongada. Ha visto flaquear a la mayoría de sus afectos juveniles. Entre estos se encuentran algunos de los radicales de palabra de la Convención de Guáimaro, y la mayoría de los ceremoniosos y patriarcales terratenientes de su provincia natal.

Pero Agramonte ya no pertenece solo a su clase, sino a toda la nación que lo aclama como el Bayardo. Por eso el Mayor Agramonte, el romántico que se emocionaba con las cartas de su adorada esposa, Amalia, y que se deleitaba recitando versos de amor, no permite vacilaciones ni debilidades. Es un revolucionario integral y, cuando llega el momento, fusila porque así lo exige la justicia revolucionaria. Ya la justicia para él no tiene el carácter abstracto que le encontraba en sus lecturas revolucionarias; ahora tiene un carácter concreto y práctico, y se aplica contra el que se oponga a la revolución. Entre los fusilados figuran algunos conocidos de Agramonte.

Enrique Collazo consigna el proceso que se había operado en Agramonte, con las siguientes palabras: «Empezó la transformación por sí mismo: al joven de carácter violento y apasionado, sustituye el General, severo, justo, cuidadoso y amante de su tropa».

A fines del año 71, Agramonte no le permite a nadie que venga a hablarle mal del presidente Céspedes. En varias ocasiones reprende severamente a sus oficiales más distinguidos, que critican al ejecutivo. Mientras muchos de los revolucionarios verbales que se horrorizaban ante cualquier medida del gobierno que les pareciera antidemocrática se han presentado al enemigo, el presidente Carlos Manuel de Céspedes ha preferido ver a su hijo fusilado por los españoles, antes que entrar en negociaciones con el enemigo. «Oscar no es mi único hijo. Soy el padre de todos los cubanos que han muerto por la Revolución».

Por eso, cuando el marqués de Santa Lucía empieza a promover de nuevo la destitución de Céspedes, Agramonte le reitera su apoyo decidido al hombre de La Demajagua.

En carta a su esposa, Céspedes le hace saber que cuenta «con la buena disposición de las fuerzas a su mando para sostener el prestigio del Gobierno de la República».

LA DESTITUCIÓN DE CÉSPEDES: EXPRESIÓN DE LA LUCHA DE CLASES

La gloriosa muerte del Mayor Agramonte, quien compartía por igual los sacrificios y peligros del más humilde soldado de sus tropas, les brindó a los anticespedistas la oportunidad de deponer al Presidente. Al frente de ellos se hallaba el marqués de Santa Lucía. En las críticas acerbas de la fracción anticespedista a los más genuinos representantes del abolicionismo nos parece ver, más que una lucha de personalidades por el poder político, la resistencia de los elementos más conservadores de la burguesía al ascenso de los elementos populares a la dirección de la revolución.

Así lo señalaba Céspedes en su Diario de Campaña, el día 3 de agosto de 1872: «He leído un diario del Marqués de Santa Lucía en que con un estilo chabacano me pone a mí de ambicioso, al general Díaz de glotón, al general

Gómez de libertino, al general García Íñiguez de torpe y de cobarde, al representante Peña de infame egoísta, al coronel J. A. Maceo de insubordinado, etc. Solo él es valiente, sufrido y patriota. ¡Lástima de modestia!».

Durante toda la guerra de los 30 años, las relaciones del Marqués de Santa Lucía con Maceo, Gómez y demás jefes de extracción humilde, van a estar marcadas por sus prejuicios clasistas.

Si consideramos el Pacto del Zanjón como el resultado de las indecisiones y vacilaciones de los elementos más conservadores de la burguesía, incapaces de dirigir la revolución por más tiempo, y analizamos detenidamente el papel negativo que desempeñó el Marqués en la capitulación de las fuerzas cubanas al recomendar la suspensión de las hostilidades y el nombramiento del comité destinado a negociar la paz a toda costa con España, nos es lícito inferir que contra Céspedes, más que ambiciones políticas, se movieron las inconsecuencias clasistas del marqués de Santa Lucía. No quisiéramos pecar de suspicacia en este análisis atribuyéndole al grupo del Marqués un propósito consciente de liquidar el movimiento revolucionario, pero las fuerzas que se desencadenaron al destituir a Céspedes condujeron a la revolución al Pacto del Zanjón.

No nos parece casual tampoco que los representantes que promovieron la conjura contra Céspedes, con excepción de Estrada Palma, que se encontraba preso en España, fueran los protagonistas del Zanjón. La anarquía reaccionaria y revolucionista de los complotados causaría mucho daño al desenvolvimiento de la revolución.

Al emitir estos criterios hacemos abstracción de Calixto García y del grupo de militares que por tener divergencias con Céspedes en cuanto a la necesidad de terminar definitivamente con el regionalismo como sistema de hacer la guerra, secundaron la conspiración del Marqués.

La historia de los acontecimientos posteriores a la deposición del Presidente nos demuestra que la Cámara de Representantes, que había hecho una cuestión de princi-

pios el predominio del poder civil en la guerra, transigió con las demandas de todos los jefes militares regionales.

Los estudiosos de la historia deben cuidar como la niña de sus ojos el gran legado revolucionario que nos dejaron los fundadores de la patria. La revolución no necesita, para demostrar las tesis fundamentales del marxismo, que se adultere y tergiversen el carácter de nuestros próceres revolucionarios.

Hace casi un siglo José Martí escribió proféticamente la frase que encabeza este artículo. Martí preveía que las egregias personalidades de Agramonte y Céspedes serían deformadas por las pasiones de los hombres. Empero, en la actualidad podemos hacerles justicia porque no tenemos nada que temer de sus virtudes ni de sus errores.

Nuestra Revolución se nutre de sus raíces. Por eso podemos proclamar que las vidas ejemplares de Agramonte y Céspedes no solo quedarán para la epopeya, sino para que brillen eternamente en la historia de nuestra patria.

EL RESURGIMIENTO DEL ANEXIONISMO EN LA CÁMARA DE REPRESENTANTES HACIA 1876: ANTECEDENTE POLÍTICO DEL PACTO DEL ZANJÓN

La firma del Pacto del Zanjón, por los elementos más vacilantes y derrotistas del sector de la clase terrateniente alzada en armas, tuvo una serie de antecedentes políticos que no han sido bien estudiados por la historiografía tradicional.

Los hechos más notables que condujeron a la capitulación del Zanjón tuvieron una estrecha relación con la actitud claudicante, y la pérdida de fe en los propios esfuerzos para lograr la independencia, de la clase terrateniente. El primero de estos hechos fue la visita del sacerdote norteamericano William S. Pope a Tomás Estrada Palma, presidente de la República en Armas.

La llegada de Pope, titulado obispo de Haití, procedente de las líneas enemigas, al campamento del Gobierno vendría a confirmar los graves cargos de anexionismo formulados por Francisco Vicente Aguilera y los elementos más radicales de la emigración revolucionaria contra Tomás Estrada Palma. En efecto, la misión del sacerdote norteamericano, alentada desde el extranjero por Miguel Aldama y José Antonio Echeverría, jefes de la delegación revolucionaria cubana en los Estados Unidos y elementos pro anexionistas, consistía en presentar al Gobierno de la República en Armas un plan de mediación financiera

norteamericano, semejante a los que elaborara Morales Lemus en los primeros años de la revolución, que ataba los destinos de Cuba a la gran potencia del Norte. Las proposiciones del emisario norteamericano planteaban la concesión a Cuba de la independencia por España a cambio de una indemnización de 150 millones de pesos, debiendo comprometerse el Gobierno de Estados Unidos en calidad de fiador del pago de esa suma.

De regreso a New York, después de sostener entrevistas con Martínez Campos y el Gobierno cubano, el obispo Pope les confiaría a Echeverría y Aldama el resultado de sus gestiones. En «Un cuadernillo manuscrito sobre actividades del sacerdote Mr. Pope» fechado mayo 18 a junio 16 de 1877, José Antonio Echeverría anotaría cuidadosamente el resultado de su entrevista con Mr. Pope a la llegada de este a los Estados Unidos. Según aparece en el citado documento, Pope le comunicó a Echeverría que el presidente Estrada Palma le había dicho que

estaba dispuesto a entrar en negociaciones con España únicamente sobre la base de la independencia¹ de la isla; que yo tenía plenos poderes al efecto; y que él estaba instruido de las negociaciones propuestas a España por Caleb Cushing, saliendo fiadores los Estados Unidos del pago de hasta 150 millones de pesos por el reconocimiento de la independencia de Cuba... Al día siguiente se reunió la Cámara en sesión extraordinaria para aceptar los servicios de Mr. Pope, en los términos ofrecidos por él, y facultándolo para llevar adelante sus diligencias con arreglo a instrucciones. Preguntado por mí si se le habían dado esas instrucciones, y cuáles eran, me dijo que sí, y que las principales eran poder ofrecer a España cien millones de pesos por el reconocimiento de la independencia; y respec-

1 Estrada Palma y su camarilla, al hacer referencia a la independencia, pensaban solamente en la separación de Cuba de España. No en la total emancipación y soberanía de la nación frente al expansionismo norteamericano.

to de la esclavitud, que si bien se llevaría a cabo la emancipación, se daría una ley para que los libertos continuaren por cierto tiempo al servicio de sus poseedores, a quienes la República procuraría abonar alguna indemnización.

Como se puede inferir de los apuntes de Echeverría, los Estados Unidos, al aparecer como garantes en esas negociaciones, determinarían el futuro estatus político de Cuba, anexándola o convirtiéndola en un protectorado, la cual una vez independiente de España caería inevitablemente en las manos de sus poderosos vecinos. Las actividades posteriores de Pope en Cuba fueron anotadas cuidadosamente por Echeverría:

Después de permanecer 4 días con los patriotas, Pope retornó al estero del Junio acompañado de los mismos oficiales y de Esteban Duque de Estrada, que es pariente del Brigadier Bonanza (¿o de la mujer?). De allí volvió a Santa Cruz y en unión de Bonanza, que se empeñó en acompañarlo hasta Santiago de Cuba, para dar cuenta de su misión a Martínez Campos. Impuesto este de que los patriotas no aceptan ningún convenio que no tenga por base el reconocimiento de la Independencia, y de que están dispuestos a pagar por ella cien millones de pesos, dice Pope que se expresó con mucha franqueza sobre el particular, manifestándole su convencimiento de que la isla estaba perdida para España, pero que él no podía marchitar sus laureles aceptando las proposiciones de los cubanos, para los cuales tampoco estaba facultado, por lo que le aconsejaba que fuese a Madrid, ofreciéndose recomendarlo al Gobierno. Pope dijo la misa militar en la Catedral de Santiago, recibió muchas atenciones de Martínez Campos, quien además le regaló un anillo de Obispo. Enseguida fue a La Habana, donde fue muy obsequiado por Jovellar y los principales españoles, entre ellos Zulueta, quien le ha dado una

carta de recomendación para su yerno Romero Robledo, actual Ministro de la Gobernación.

Las conversaciones entre el Gobierno cubano y el sacerdote norteamericano tuvieron un carácter tan secreto que le hizo escribir al coronel Enrique Collazo:

Dos días más tarde llegaba Pope al campamento de Sabanitas, donde lo esperaban el Presidente Estrada Palma y los diputados de la Cámara, con los que celebró una reunión secreta; la reserva fue tanta, que a pesar de lo transparente que era la vida de la revolución y de la curiosidad general que despertara el suceso, nada se supo ni aún hoy he podido saber lo que trataron ni cuál era el objeto de su viaje, ni si era cierta la personalidad con que se encubría.

Los miembros de la Cámara trataron por todos los medios de evitar que se conocieran los asuntos tratados, así como las manifestaciones de los participantes en la histórica reunión, por el carácter comprometedor que tuvieron para el futuro de la revolución.

El surgimiento del anexionismo en la Cámara de Representantes no era más que una manifestación de la posición débil que tenía la clase terrateniente frente al colonialismo español. Ya desde 1876 los elementos más consecuentes y radicales de la emigración, dirigidos por Francisco Vicente Aguilera, habían manifestado su repudio al anexionismo de Estrada Palma.

En carta del capitán Manuel Morey, fechada en Kingston el 14 de septiembre de 1876, dirigida a Francisco Vicente Aguilera, que se encontraba entonces en los Estados Unidos preparando una expedición, queda evidenciada la actitud anexionista de Estrada Palma y los miembros de la Cámara de Representantes que luego firmarían el convenio del Zanjón. Según Morey: «Los ataques que le hicieron (la Cámara de Representantes) a la emigración fueron tremendos, para poder defender a los del partido anexionista, porque empezando por el mismo Presidente (Estrada Palma), que creyendo que yo lo era

(anexionista), tuvo la debilidad de declarárseme, y algunos de los diputados que allí se encontraban».

En otra carta de Miguel Luis Aguilera, de septiembre 2 de 1876, dirigida a Francisco V. Aguilera, aquel le narra lo contado por Morey sobre la actitud de Estrada Palma. Según Miguel Luis Aguilera, los pormenores de lo que le había relatado Morey le daban

una idea de la política que sigue el gobierno de Estrada Palma, que no es otra cosa que la sucursal de Aldama y Echeverría (probados anexionistas). En una de las entrevistas que tuvieron lugar y que dice Morey se prolongó hasta las dos de la mañana, el presidente Tomasito expresó terminantemente que solo la anexión podía hacer feliz a Cuba, y que fuera de esta no había salvación para ella, opinión en que abundaron igualmente todos los miembros del gabinete y los diputados allí presentes. Bravo Senties no estaba allí. La idea anexionista está a la orden del día en el Gobierno, la Cámara y los familiares de estos, que también allí hay familiares.

El pensamiento anexionista de Estrada Palma queda definitivamente probado en las cartas que desde su prisión en Cataluña les hiciera a los señores Benigno y Plácido Gener antes de que se firmara el Pacto del Zanjón. En esos documentos queda patentizada la falta de fe que tenía en el porvenir de Cuba como una nación libre e independiente tanto de los Estados Unidos como de España.

Eladio Aguilera Rojas, en su biografía de Francisco V. Aguilera, nos da la impresión que causó entre los círculos más radicales de la emigración la posición adoptada por Estrada Palma y los miembros de la Cámara de Representantes:

Por las cartas de Morey y de Miguel Luis, vemos con la habilidad que habían logrado introducir en tierra de Cuba la semilla del anexionismo y la manera como esta había brotado y se desarrollaba

lozana. Su triunfo era completo y debido solo a sagacidad. Ellos temían la independencia porque la consideraban peligrosa para la conservación de sus intereses; pero como el país, a pesar de ellos se había lanzado a la revolución y a esta no era posible hacerla retroceder, tenían que buscarle una solución. Como para ellos era cosa resuelta que la independencia quedase descartada, solo quedaban dos soluciones: la autonomía con España o la anexión a los Estados Unidos. Por cualquiera de estas dos hubieran optado con tal de comprender que era muy difícil que los cubanos se resignaran a seguir viendo flotar sobre su tierra el pendón español. En cambio, sabían la simpatía de que gozaba el Gobierno americano, sabían que en otro tiempo hubo en Cuba un fuerte partido anexionista, del que aún quedaban rezagos; no les pareció difícil la tarea de alentar estos a fin de que volviera de nuevo a desarrollarse la aspiración anexionista.

La interpretación de Eladio Aguilera es justa en términos generales. Si las negociaciones con Pope no llegaron a un feliz término se debió fundamentalmente a que España no consideró seriamente sus proposiciones, y a que el Gobierno de Estrada Palma no pudo resistir la ofensiva político-militar de Martínez Campos. Preso Estrada Palma, que según parece era el más acérrimo partidario de la intervención norteamericana, por fuerzas españolas y enviado a Cataluña en 1876, el resto de los miembros de la Cámara, presa del desaliento, optó por capitular ante la política de concesiones de Martínez Campos.

En ese sentido los líderes de extracción popular, aun cuando posiblemente no tuvieran conocimiento de la actitud anexionista de los miembros del Gobierno, al escenificar la protesta de Baraguá reafirmaron con su gesto los principios en que se debía fundar nuestra República, libre e independiente tanto de España como de los Estados Unidos. El hecho de que se mantuvieran en secreto

las conversaciones de Pope con el Gobierno nos demuestra que entre la oficialidad de extracción popular y entre los elementos más radicales de la clase terrateniente era inadmisibile la idea de la anexión a los Estados Unidos. Un abismo de sangre separaba a Cuba de España, el cual no se podía saltar para ir a caer en manos de otra potencia tan rapaz y explotadora como la antigua metrópoli.

EL ZANJÓN Y LA GLORIOSA PROTESTA DE BARAGUÁ

Desde el punto de vista militar el sistema de guerra irregular o de guerrillas, que empezaron a utilizar los mambises en el año 1868, llegó a constituir un problema insoluble para los más experimentados y calificados militares de la metrópoli.

A los efectos de liquidar militarmente a los insurrectos, España no escatimó esfuerzos ni gastos, habiendo llegado a reconcentrar en Cuba la mayor fuerza militar que tuviera en sus colonias de Ultramar. Sin embargo, la experiencia de las guerras de independencia de las colonias le enseñaba a España que la solución a los problemas de la guerra de Cuba no podía ser concebida en términos estrictamente militares. Así lo comprendió Arsenio Martínez Campos, al ser designado con poderes extraordinarios para «pacificar» a la Isla insurrecta. Cerca de 26 000 soldados de línea habían llegado a Cuba desde septiembre de 1876 para respaldar con operaciones militares de envergadura las ofertas políticas de Martínez Campos. Sin embargo, estas tropas no iban a desempeñar un papel decisivo en la pacificación del país. Durante el mando de Martínez Campos su ejército no obtuvo ninguna victoria que redujera considerablemente a las

fuerzas cubanas. La guerra de independencia de Cuba, como la de las colonias que se habían liberado de España, era eminentemente política. El ejército mambí no peleaba por paga, sino por razones políticas. De ahí que las primeras medidas tomadas por el «pacificador» Martínez Campos fueron destinadas a minar políticamente al ejército mambí.

La situación de descomposición política que reinaba en la Cámara de Representantes favorecía extraordinariamente los planes conciliadores del «pacificador». La primera medida política destinada a desmoralizar a la insurrección fue un bando del 13 de enero de 1877; en él se indultaba a todos los desertores del campo insurreccional y se disponía que se entregaran cinco pesos en oro a todo el que se presentase con armas y una gratificación de veinte pesos en oro al que se presentase con un caballo.

Estas primeras medidas estaban destinadas evidentemente a la tropa insurrecta y no a su oficialidad. Posteriormente los jefes y oficiales del ejército español recibieron órdenes por las cuales se les prohibía de manera terminante que ejercieran represalias. También se ordenó respetar la vida y dar buen trato a los prisioneros, manteniéndolos económicamente el Estado español mientras se les conseguía trabajo.

En el mes de mayo de 1877 Martínez Campos lanzó el primer anzuelo a los terratenientes alzados en armas. Por decreto ordenó el sobreseimiento de los expedientes en tramitación y el alzamiento de los embargos de bienes de los jefes insurrectos presentados o que se presentasen, exceptuando los reincidentes y los jefes de insurrección, sobre los cuales Martínez Campos se reservaba la facultad de resolver en cada caso.

Paralelamente a estas medidas políticas, Martínez Campos concentró desde el primer momento sus fuerzas sobre la provincia de Las Villas.

A los efectos de batir las pequeñas partidas que habían operado siempre en Las Villas occidentales, el mando

español dividió el territorio de estas en veintisiete pequeños distritos, los jefes de los cuales debían perseguir constantemente al enemigo hasta en los más apartados rincones y bosques, al objeto de asegurar el aniquilamiento de todo grupo armado y la recogida de las pocas familias que todavía residían ocultamente en el campo.

La realidad era, sin embargo, que Las Villas estaba lejos de ser pacificada militarmente, como justamente señala el historiador Ramiro Guerra. Las Villas orientales, con la base de operaciones de Sancti Spíritus como centro de resistencia, pudo contrarrestar la ofensiva militar de Martínez Campos. Las partidas villareñas con jefes como Serafín Sánchez, Leocadio Bonachea y Roloff se batieron hábilmente contra las columnas españolas. Además pudieron efectuar grandes concentraciones para rechazar la ofensiva española. También recurrieron a la táctica de tirotear a las columnas españolas en su trayecto con pequeñas partidas que les causaban gran número de bajas, para luego caer sobre las columnas diezmadas por los ataques guerrilleros con fuerzas superiores. En el combate de Nuevas de Jobosí la ofensiva de Martínez Campos fue detenida por fuerzas de Roloff y Serafín Sánchez.

El combate de Nuevas de Jobosí es prueba irrecusable de que los insurrectos no se hallaban vencidos militarmente en Las Villas, y que estaban en condiciones de derrotar los intentos de Martínez Campos de reducirlos a partidas errantes y aisladas, como hizo Valmaseda al principio de la guerra con las fuerzas orientales y camagüeyanas. A pesar de mantener una actividad militar constante las contraguerrillas y las columnas españolas, los villareños conservaron sus bases de operaciones. El 2 de junio de 1877, el general español Jovellar, que actuaba como segundo de Martínez Campos, reportaba las actividades del jefe insurrecto Francisco Jiménez en Las Villas. Este, después de copar y destruir una contraguerrilla española de 40 hombres, había sostenido un fuerte combate en Guayabal con una columna de 140 hombres, a

quienes tuvo que dejarles el terreno. El 9 de abril Pancho Jiménez había entrado sorpresivamente en la ciudad de Sancti Spíritus con 40 jinetes que tirotearon los establecimientos españoles. El día 29 del mismo mes derrotó a una contraguerrilla en Ciego Potreros. Del primero al 15 de mayo sostuvo cinco combates, saliendo victorioso en tres de ellos. Para el 30 de mayo ya contaba con 500 hombres de infantería que penetraron en la zona de Cabaiguán logrando una serie de victorias contra las columnas y contraguerrillas que se habían movilizado en su persecución. Un parte oficial de Jiménez reportaba cinco combates victoriosos en el mes de junio. En parte oficial de Roloff a Estrada Palma se consignaba que las fuerzas de Las Villas podían resistir por diez años más la ofensiva de Martínez Campos.

El 1.º de abril, terminados todos sus preparativos, Martínez Campos comenzó personalmente su anunciado avance sobre Camagüey, a la cabeza de una columna con rumbo a Puerto Príncipe, en acción combinada con otras tres que partieron también de La Trocha por diversos caminos en igual dirección. El aparatoso avance de las columnas españolas se produjo sin encontrar una resistencia seria por parte de las fuerzas camagüeyanas. Según Enrique Collazo, varios de los regimientos de caballería e infantería camagüeyanos se habían sumado al movimiento sedicioso de Lagunas de Varona trasladándose a Tunas. La columna del General Prendergast pudo dirigirse sin inconvenientes desde Puerto Príncipe en marcha a Guáimaro, Cascorro, Tunas, Guano, Bayamo y Manzanillo. La brigada de Esponda, con base en Puerto Príncipe, marchaba, a la vez que Bonanza lo hacía desde Santa Cruz, sobre las tierras de Portillo y Chorrillo, principales bases de operaciones insurrectas en Camagüey. Otra columna al mando de Lazo púsose en movimiento desde San Jerónimo rumbo al este de Camagüey.

La ocupación virtual del territorio de Camagüey por estas columnas, que se movían libremente sin encontrar una fuerte resistencia, no significaba necesariamente

que las fuerzas camagüeyanas estuviesen derrotadas. Aunque la mayor parte de las fuerzas de Camagüey se habían unido a Las Tunas, el cuerpo de caballería de Gregorio Benítez podía haber continuado la lucha guerrillera de la forma en que se llevaba a cabo en Las Villas. Aun cuando Benítez hizo todos los esfuerzos posibles por levantar la moral mambisa, el espíritu que prevalecía entre los miembros de la Cámara de Representantes terminaría por forzarlo a entrar en conversaciones con los españoles sobre la base de una tregua corta en las hostilidades.

Sin embargo, es significativo que el bravo brigadier, que era el único jefe que se mantenía activo militarmente en Camagüey, no votara por la terminación de la guerra ni por el Pacto del Zanjón.

Desde el punto de vista militar la situación por la que pasaba Camagüey no era nueva para los mambises.

En 1871, en peores circunstancias, después de la presentación a los españoles de más de 95 % de las fuerzas insurrectas, Ignacio Agramonte había hecho renacer de entre las ruinas el espíritu combativo de Camagüey.

La opinión autorizada de Máximo Gómez sobre la situación que atravesaba el campo mambí no se puede soslayar. En carta a Manuel Sanguily del primero de octubre de 1877, Gómez se mostraba optimista sobre la campaña, no se encontraba ante una derrota militar inminente ni ante una situación fuera de lo común y corriente para un jefe de guerrilleros curtidos en una guerra dura y prolongada:

Resumiendo, la campaña se ha reducido a la destrucción de nuestras labranzas, pero usted sabe que hay algunos frutos que sería un trabajo ímprobo arrancarlos o destruirlos por completo; el incendio de ranchos, que poco trabajo y ningún costo implican su fabricación; el apresamiento de muchas familias que nada pesaban en las ventajas para la revolución y que antes por el contrario han dejado al soldado libre de atenciones y expedido de no ocuparse de otra cosa que de su rifle y dedicarse

exclusivamente a la vida de campamento. En cambio de todo esto el ejército enemigo, día por día se aniquila y consume en marchas agotadoras y terribles y lo que no puede hacer la bala y el machete, lo completa el clima; así que los hospitales están repletos de enfermos y no menos desanimado y flojo el soldado que marcha en la fila.

Sintetizaba su pensamiento Gómez, expresando que «como la revolución no puede sucumbir, es indispensable que Martínez Campos se agote, y una vez sucedido esto la decadencia de España es segura y lo será también el nuevo pujante poder de la revolución porque ella tiene que seguir su curso natural fecundo como un manantial que a la influencia de los primeros asomos primaverales se fertiliza y corre. Así quedó demostrado en los años 74 y 75 después de los años 71 y 72». La carta a Sanguily que citamos fue escrita escasamente dos meses antes de que se iniciaran los preliminares de negociaciones con España. Para Gómez no existían entonces razones de orden militar que justificaran una capitulación como el Zanjón.

Gómez aceptaría entrar en conversaciones para lograr una tregua en las hostilidades, pero su posición sería bien distinta de la de los elementos derrotistas que aprovecharon estas circunstancias para convertir la tregua en el pacto que liquidaba la guerra.

El criterio de Gómez era que se debía ir a una tregua de dos o tres meses para reorganizar y fortalecer las fuerzas cubanas, pero cuando vio cómo la mayoría de los miembros del Gobierno se mostraban partidarios de lograr la paz a toda costa se abstuvo de enfrentarse a ellos. Parece ser que el bravo General dominicano, consciente de que la firma del Pacto del Zanjón por la institución más representativa de la revolución significaba el derrumbe de la guerra, desencantado y escéptico, no vio forma de oponerse con éxito a los partidarios de la capitulación. Su condición de extranjero, que lo hizo mantenerse marginado voluntariamente en los momentos más cruciales de nuestra historia, y un erróneo sentido de la disciplina,

lo hicieron acatar lo acordado por los firmantes del Pacto. Sin embargo, las páginas del Diario de Campaña de Gómez, correspondientes a los días del Zanjón, se encuentran llenas de fuertes censuras y reproches a los principales responsables de la capitulación.

En la provincia de Oriente, la actividad militar de las columnas españolas no causó mayores estragos.

El 18 de febrero de 1878, una semana después de haberse firmado el Pacto del Zanjón, Martínez Campos rendía un informe al Ministro de la Guerra de España sobre las operaciones llevadas a cabo hasta la fecha en el que se evidenciaba el fracaso de sus planes militares en Oriente: «Al frente de la División de Holguín, escribía Martínez Campos, puse al activo general Morales de los Ríos; pero ahí no he podido seguir sino incompletamente el sistema por zonas, por las largas distancias de la costa, los malos caminos y, sobre todo, por los pocos medios de transporte. Por estas razones, la guerra en esta comandancia general ha sido muy difícil y hemos tenido encuentros parciales y algunas sorpresas». En Las Tunas, a pesar de ser la zona donde parte del ejército mambí, dirigido por Vicente García, se había amotinado contra la Cámara de Representantes, la situación militar no era mejor para las tropas de Martínez Campos. «La instalación de las tropas en Las Tunas —informaba este— no llegó a completarse antes de que sobreviniesen las aguas y aquella brigada, por no haber podido pasar, ha sufrido hasta hambre». Es decir, que las tropas españolas que acamparon en la ciudad de Las Tunas, reducida a escombros por el ataque de Vicente García, en 1876 se mantenían incomunicadas porque los convoyes no se atrevían a marchar por el campo rebelde.

La situación en el valle del Cauto era ligeramente más favorable para las columnas españolas, sin que por eso se pueda decir que hubieran obtenido una victoria decisiva. Simplemente las fuerzas mambisas se habían retirado hacia la Sierra Maestra, sin llevar a cabo ningún combate de importancia. Algunos jefes insurrectos

se habían presentado a los españoles, pero las fuerzas mambisas no habían mermado considerablemente.

En el distrito de Santiago de Cuba las columnas españolas tampoco obtuvieron ningún resultado de importancia, sufriendo en cambio gran número de bajas por enfermedad.

La situación de Antonio Maceo en el territorio no podía ser peor para las tropas de Martínez Campos. Durante el año 1877 las fuerzas de Maceo recorrían a su voluntad el territorio, incendiaban cañaverales, atacaban centros militares. A fines de este año Martínez Campos destacaba columnas de 300 infantes en incursiones por las bases de operaciones de Maceo. En enero de 1878, Maceo paralizó la ofensiva española propinándole una serie de golpes demoledores. El 22 de enero Maceo le ordenaba al coronel Martínez Freire atacar una columna española de 300 hombres, que conducía un convoy de Palma Soriano a Florida Blanca. Después de un recio combate, los cubanos se apoderaron del convoy, siendo prácticamente destruida la tropa española.

El 29 del mismo mes, Maceo atacó otra columna que marchaba desde Palma a Victoria. La columna española se vio obligada a abandonar el convoy y tuvo gran cantidad de muertos y heridos que dejaron sobre el campo. El resultado de este combate fue que los cubanos se apoderaron de más de 50 000 tiros.

Cuatro días más tarde, en el lugar llamado Juan Mulato, Maceo destrozó otra columna española de 400 hombres que el mando español envió desde Palma Soriano. Las bajas españolas fueron 260 muertos y 27 presos, pudiendo escapar no más de una decena de soldados españoles. El 9 de febrero, informado de que el Batallón de San Quintín, de 400 hombres, andaba por El Naranjo, marchó contra él, copándolo en el lugar llamado Agua de la Ceiba. De las fuerzas españolas solamente escaparon ilesos 70 soldados.

En el informe de Martínez Campos al Ministro de Guerra español que hemos citado, se daba cuenta del estado de

quebrantamiento físico en que se encontraban sus tropas después de las largas y continuadas marchas que hicieron por todo el territorio, contra un enemigo inapresable, bajo el clima abrasador y lluvioso de los trópicos:

solo una idea tengo que añadir a este largo escrito: la guerra se ha hecho en el terreno que se llamaba Cuba Libre, donde ha sido necesario improvisarlo todo; y él ha sido tan fatal en enfermedades y lluvias que, aunque ha sido mi atención preferente el cuidar el soldado en abrigo, alimentación y asistencia de hospitales —cuyo número ha triplicado— la cifra de las bajas es horrible y era desconsolador el cuadro que presentaban los hospitales, no siendo el de los campamentos más alegre.

La conclusión a que llegaba Martínez Campos en su informe era que la guerra había que terminarla de todos modos, pues «la situación financiera era insostenible». Según consigna Pirala, España había gastado de febrero de 1876 a febrero de 1878 cerca de cien millones de pesos. La terminación de la guerra era para España una necesidad improrrogable. Pirala calculaba el número de pérdidas del ejército español en diez años de guerra en cien mil hombres.

El hecho de que Martínez Campos hubiera tratado de asumir la ofensiva militarmente no significaba necesariamente que esta ofensiva fuera victoriosa. La ofensiva de los ejércitos regulares contra fuerzas guerrilleras populares se debilita a medida que se prolonga. Aunque el ejército español no encontró una resistencia firme en su avance por Camagüey, las condiciones climáticas existentes y las largas marchas y contramarchas en búsqueda de un enemigo inaprensible habían diezmando considerablemente al ejército español. La llamada «ofensiva militar» de Martínez Campos tuvo desde el primer momento las ventajas morales que le concedió su avance ininterrumpido en Camagüey, pero a la larga las ventajas materiales del terreno y el clima, así como la superioridad

moral absoluta de pelear por una causa justa debían estar al lado de las fuerzas revolucionarias.

El plan que se propuso poner en ejecución Martínez Campos consistía en lanzar sus tropas en operaciones contra las bases de operaciones insurrectas, a los efectos de ocupar el territorio insurreccionado y poder proteger las ciudades del interior del país y la producción agrícola. Empero, para llevar a cabo este plan debía dispersar sus tropas por todo el territorio en una red de puestos militares aislados y en guarniciones destinadas a la defensa de las ciudades del interior del país. La estrategia de subdividir las fuerzas para proteger un vasto territorio y concentrar la población campesina, no la llevaba a cabo por la voluntad el mando español. Muy por el contrario, Martínez Campos tuvo que apelar a estos procedimientos porque no contaba con el apoyo de la población campesina y porque las tropas mambisas, aplicando una variante nueva en el desarrollo de la guerra irregular, adoptaron sistemáticamente la política de la «tea incendiaria», destruyendo las propiedades azucareras y cafetaleras con las que España subvencionaba la guerra de Cuba. Por otra parte, el dominio indisputado del campo por las fuerzas mambisas favorecía sus planes de desarrollarse hasta poder lanzarse en una ofensiva general contra las ciudades donde se encontraban los núcleos más importantes del ejército español, y de extender la guerra hacia las provincias occidentales.

La primera parte del plan de Martínez Campos, consistente en hacer que sus tropas avanzaran en marchas y contramarchas, exterminadoras para sus soldados, en persecución de las fuerzas mambisas, fracasó por completo. La segunda parte del plan, consistente en ocupar el territorio, exponía a sus tropas, fraccionadas e incomunicadas en un terreno inhóspito, a la destrucción total y le auguraba que, de no lograr la pacificación por medios políticos, correría la misma suerte que el Conde de Valmaseda en 1873. Durante la famosa ofensiva militar de Valmaseda en la que las inexpertas fuerzas cubanas

fueron efectivamente batidas, derrotadas y dispersas, las pocas partidas insurrectas que pudieron sobrevivir fueron concentrándose tras innumerables esfuerzos y sacrificios para efectuar una serie de ataques, contando con superioridad táctica y pudieron destruir uno por uno los puestos militares españoles, armándose y municionándose a costa de estos, llegando finalmente a crear bases estables de operaciones en el campo. En breves campañas de aniquilación las fuerzas de Gómez, Maceo, Calixto García, Agramonte, habían destruido el sistema de Valmaseda.

De haber persistido en la estrategia guerrillera que aplicaron contra Valmaseda, los jefes insurrectos cubanos hubieran podido estrechar el lazo que Martínez Campos se echaba al cuello al pretender recuperar el dominio del campo fraccionando sus fuerzas en una red de campamentos y centros militares.

Los marxistas, al interpretar un período histórico determinado, se guían en primer término por los puntos de vista de las clases más revolucionarias de la sociedad. Los juicios y opiniones de los revolucionarios más consecuentes en una época determinada les sirven para valorar los cambios que se gestan en la sociedad, las diversas corrientes políticas de las clases sociales y el papel que desempeñan las distintas personalidades históricas. De ahí que los puntos de vista de Maceo sobre el Zanjón constituyan para nosotros el enfoque más acertado de la realidad revolucionaria del 78. No obstante, se ha dicho que los juicios de Maceo sobre el Pacto del Zanjón solamente tenían en cuenta las victorias militares que este había obtenido, y no la situación militar en su conjunto en el territorio insurreccionado. Esta es una apreciación falsa de la concepción militar global que tenía Maceo del desarrollo de la guerra revolucionaria. Según Fernando Figueredo, los comisionados enviados por los firmantes del Zanjón para convencer a Maceo tuvieron que oír de este

que los responsables, quienesquiera que lo fuesen, a imitación de los Bellos, habían cometido un error

en admitir y entablar entrevistas y conferencias sin conocimiento de todo el ejército cubano para llegar a terminarlas admitiendo un pacto sin abolición y sin garantías; y esto, en las circunstancias decisivas y más ventajosas para los españoles cansados de dar dinero y sangre; y si se quiere, más críticas para el señor capitán general Martínez Campos como general en jefe de operaciones que, como todos sus antecesores, estaba en camino de quedarse sin el prestigio de la victoria, si se hubiera sabido conservar en la mayoría de los defensores de la Independencia aquella cohesión, fe y resistencia que se supo tener en la memorable, cuanto sangrienta campaña dirigida por el conde de Valmaseda; en la que tampoco faltaron quienes dejaron de penetrar en Bayamo para salir con proposiciones como en P. Príncipe y otros puntos.

Continúa su relato Figueredo expresando que Maceo les hizo saber también «que bajo ningún punto de vista había sido cuerdo ni político recabar un tratado de paz con el Capitán General Martínez Campos cuando era sabido que, en embarques y desembarques, en marchas y contramarchas, en peleas y persecuciones y por causa de las enfermedades, las lluvias que las multiplicaban, hasta casi gastado el contingente de los 24 batallones que sacara de la Península...». Las concepciones estratégicas de Maceo no nacían de la impaciencia, sino de la convicción de que, una vez trazado un plan de resistencia de larga duración y establecida firmemente la unidad revolucionaria y la fe en el triunfo final, se podía derrotar la «ofensiva militar» de Martínez Campos. A diferencia de una serie de oficiales sin mando, adscriptos a la Cámara de Representantes, que habían perdido las perspectivas de victoria en la dura y prolongada contienda, Maceo estaba consciente de que la derrota de España sería el resultado de una serie de pequeñas victorias sucesivas que destruyeran gradualmente las fuerzas enemigas; y de que era necesario arrancar las armas al

enemigo poco a poco para armar un ejército formado en columnas que destruyera por partes los bastiones del enemigo.

Mientras Maceo no temía a la ofensiva militar de Martínez Campos en su conjunto, confiaba en los propios esfuerzos para armar a sus fuerzas, y, al mismo tiempo, lo tomaba muy en serio en el campo de batalla, procurando contar en toda ocasión con una superioridad táctica absoluta en cada combate al elegir siempre el momento y el lugar más favorables para atacar; los oficiales del ejército mambí adscriptos a la Cámara de Representantes se sentían desconcertados ante los aparatosos despliegues de las fuertemente armadas columnas españolas, subestimaban sus fuerzas guerrilleras, y confiaban solamente en las expediciones armadas procedentes del extranjero para armar sus fuerzas y derrotar a la ofensiva enemiga en grandes batallas formales. El general Enrique Collazo, formado en el arte de la guerra en una academia militar española, era uno de los oficiales mambises que opinaba que la guerra no se podía continuar por no haberse recibido armamento del exterior. Su intachable conducta en la guerra del 95 ha inducido a algunos historiadores a aceptar sin reservas los criterios derrotistas que expresó en su libro *Desde Yara hasta el Zanjón*.

El estudio que hemos hecho de la estrategia y la táctica puesta en práctica por las partes contendientes nos lleva de la mano a la conclusión de que no existían razones de orden militar que impidieran la continuación de la guerra. Las causas que determinaron el Pacto del Zanjón se hallan en la inconsecuencia revolucionaria y en la falta de perspectivas militar y política de los promotores de la capitulación. La Cámara de Representantes, que detenía de hecho la dirección política y la representación oficial de la República en Armas, era ante los ojos de todos los revolucionarios el poder supremo de la revolución. La Cámara, por ser la institución que representaba los ideales democráticos de la revolución, ejercía una gran influencia moral sobre el mambisado.

Al ser disuelta la Cámara por un grupo de representantes para acordar la paz con España, la mayoría de los jefes militares regionales, hombres de escasa instrucción e ignorantes de los problemas de «alta política», siguieron los pasos de los hombres en que habían depositado su confianza para representarlos, presentándose al enemigo. Los esfuerzos de Maceo por contrarrestar este proceso fueron inútiles. No debemos olvidar que Maceo, a pesar de haber logrado un gran prestigio militar en Oriente, era solamente un jefe militar regional, mientras que los firmantes del Pacto ostentaban la jefatura política de la revolución.

Además, estos del Zanjón eran los jefes políticos naturales de la revolución. Maceo, por su extracción social, no pudo aglutinar políticamente a una serie de jefes regionales que todavía se encontraban influidos por la idea de que la revolución solamente podía ser dirigida por los hombres de la clase «culto y adinerada». El Pacto del Zanjón evidenció la incapacidad de la burguesía terrateniente para continuar dirigiendo la lucha armada por su tendencia a los «compromisos» y a la «capitulación». De igual modo, la Protesta de Baraguá significó el ascenso a la dirección revolucionaria del país de elementos representativos de las clases y capas más humildes y explotadas y por ende más consecuentes en la lucha a muerte contra el colonialismo español.

La posición de Antonio Maceo frente al Pacto del Zanjón, que calificó de «rendición deshonrosa», fue consecuente con los intereses más perjudicados y humillados por el estatus colonial imperante. El Gobierno del Centro al pactar con España se rindió deshonrosamente, no llevó a cabo ninguna negociación. Existe negociación cuando se hacen concesiones que no afectan los intereses cardinales del pueblo. Cuando se hacen concesiones que afectan los intereses del pueblo hay una capitulación. El Zanjón fue una capitulación en la que un grupo, tomando solamente sus puntos de vista, se atribuyó el derecho de pactar la rendición de todas las fuerzas revolucionarias.

Una decisión de esa índole debió haberse consultado con todas las fuerzas revolucionarias comprometidas en la lucha contra España. Por otra parte, en el acto de la rendición las fuerzas cubanas entregaron sus armas, quedando el cumplimiento de lo prometido por España a su arbitrio.

Si las consecuencias inmediatas del Pacto fueron desastrosas al impedir de hecho la continuación de la guerra, las consecuencias ulteriores no pudieron ser más negativas. El Pacto del Zanjón imposibilitaría en un período de 17 años la continuación de la guerra en gran escala. Como consecuencia de la línea capitulacionista del Zanjón surgió el Partido Autonomista, que atrajo y que captó para su causa a numerosos sectores de la sociedad colonial objetivamente opuestos al dominio de España. Al prosperar las ideas reformistas y evolucionistas en estas capas de la población se hizo muy difícil la continuación de la lucha armada, que en definitiva era el único camino para la independencia.

Algunos historiadores han calificado al Zanjón como una tregua necesaria. En el 78 hubo también quienes se consolaron con el hecho de que España se viera obligada a suprimir el régimen de «facultades omnímodas», el sistema de represiones y arbitrariedades sin límites, pero esto sirvió para adormecer la voluntad de lucha del pueblo con ilusiones de un progresivo mejoramiento bajo el poder colonial. La capitulación creó las condiciones para que España prolongara su dominio en Cuba concediendo algunas reformas y sembrando ilusiones sobre una posible evolución pacífica hacia la independencia. Antonio Maceo estuvo consciente de que, en el Zanjón, España trataba de encerrar el ideario independentista haciendo ofertas políticas de reformas. «¿Qué ganaremos —decía Maceo— con una paz sin independencia, sin abolición total de la esclavitud, sin garantías para el cumplimiento por parte del Estado español?».

A pesar de que Maceo enjuició severamente el Pacto del Zanjón, supo distinguir entre los que habían sido

confundidos y los que conscientemente se dejaron sobornar. No es casual que hablara de los «intereses particulares» de algunos y de la «venalidad de otros», que hicieron caso omiso de la sangre derramada para pactar con España. Pero Maceo reconoció la actitud de los hombres de buena fe que se equivocaron al pactar con España. Por lo general, al trazarse una línea política errónea, en tiempos cargados de incertidumbre y confusio- nismo, hay personas que se equivocan honestamente. Entre los hombres que apoyaron al Zanjón hubo tres actitudes: 1) la de los que perdieron las perspectivas de que la guerra contra España tenía que ser necesaria- mente dura y prolongada y honestamente pensaron que la causa independentista estaba perdida, pero luego se reincorporaron a la lucha armada del 95; 2) los que de- jándose llevar por el derrotismo y la política de concesio- nes seguida desde entonces por España ingresaron en el autonomismo y dejaron de ser revolucionarios; 3) los que se convirtieron en agentes conscientes, pagados, del Gobierno español.

Los criterios de Maceo sobre el Zanjón estuvieron ba- sados en una posición de principios, no fueron producto de un estado de ánimo pasajero. Una de las primeras medidas tomadas por Maceo en la guerra del 95 fue la de castigar con la pena de muerte a todo portador de proposiciones de paz del Gobierno español. En comuni- cación de 20 de abril de 1895 al entonces coronel José Miró Argenter, Maceo le prevenía contra las maniobras políticas de Martínez Campos tendentes a llevar la revo- lución al denigrante contubernio de un nuevo Zanjón... «manchando así la honradez de los buenos patriotas». En varias cartas y circulares Maceo advirtió que algunas tendencias a entrar en compromisos y arreglos con Es- paña en la guerra del 95 podían conducir de nuevo a una capitulación. Es decir, que al cabo de 17 años Maceo re- cordaba todavía las funestas consecuencias del Zanjón y tomaba medidas acertadas para evitar su repetición. Al seleccionar el sitio histórico de Baraguá como punto

desde el cual debía iniciarse la Invasión, Maceo quiso hacer presente a toda la nación que los principios en que se había fundamentado la Protesta no habían muerto y que la revolución no se rendiría.

La Protesta de Baraguá fue un serio esfuerzo por continuar la guerra con una nueva dirección revolucionaria. La derrota temporal de los planes de Maceo, al no ser secundado por la mayoría de las fuerzas de Oriente, no pudo disminuir la importancia histórica de Baraguá. El viril gesto de Maceo fue una consigna permanente de agitación y de inconformidad revolucionaria para los cubanos en el tiempo que corre desde el Zanjón hasta Baire. La evidencia histórica nos demuestra que los revolucionarios que despreciaron las fuerzas del colonialismo español en su conjunto e hicieron un esfuerzo supremo por continuar la guerra fueron fieles a los intereses de más largo alcance de la revolución. La guerra Chiquita y la guerra del 95 encontrarían a la vanguardia de las fuerzas revolucionarias a los hombres de Baraguá. Cuando en el 78 se hizo evidente la necesidad histórica de un cambio en la dirección revolucionaria de la guerra, de las filas combatientes del mambisado surgieron los dirigentes que se atrevieron a despreciar y denunciar la capitulación y a sus promotores, y a proclamar abiertamente que se podía obtener la victoria final sobre el carcomido colonialismo español. En los momentos en que el derrotismo y la falta de fe hacía presa de la dirigencia revolucionaria, Maceo y los hombres de Baraguá se levantaron para afirmar que se podía vencer a España si los revolucionarios se mantenían unidos frente a la capitulación, despreciaban al enemigo en su conjunto, y se atrevían a continuar la dura y prolongada guerra, aplicando la estrategia guerrillera en la que se habían hecho expertos. La aceptación de la necesaria «negociación» del Zanjón, como ha sido calificada, por todas las fuerzas revolucionarias hubiera significado desechar el camino insurreccional por un largo tiempo. El pueblo se puede reponer más fácilmente de una derrota política que le haga perder

la fe en la capacidad de la dirección revolucionaria. Por eso Maceo, al proclamar que el Zanjón no había sido el resultado de una victoria armada de España, ni de un acuerdo de todas las fuerzas revolucionarias, sino solamente de un grupo, dejaba sentado que los cubanos podían obtener la victoria en el futuro si contaban con una dirección revolucionaria que no temiera al enemigo, que se atreviera a luchar y que fuera fuerte. Años después, el jefe organizativo y político del Partido Revolucionario Cubano, José Martí, reconocería el valor y la significación de la Protesta de Baraguá, al escribir: «Tengo ante mis ojos la Protesta de Baraguá, que es el documento más glorioso de nuestra historia».

LA GUERRA CHIQUITA

El Pacto del Zanjón —desconsolador final de diez años de sacrificio y heroísmo sin cuento— no podía significar el ocaso del espíritu revolucionario cubano. Si bien es cierto que el pacto fue una derrota política para el pueblo cubano, la viril intransigencia de los participantes en la Protesta de Baraguá dejó encendido en Cuba el ideal libertador. En efecto, pocos meses después de la capitulación de las fuerzas revolucionarias se iniciaba el movimiento revolucionario más grande en sus inicios que ha habido en Cuba: la guerra Chiquita. El doctor Eusebio Hernández, al explicar el carácter masivo y popular que tuvo el bravío esfuerzo de los revolucionarios más consecuentes por continuar la lucha armada, pudo decir con razón que la guerra Chiquita había sido «la más grande de las recién nacidas revoluciones, demostrativa de la protesta del país contra el Pacto del Zanjón». Según cálculos del historiador español Antonio Pirala, el total de alzados en todo el territorio ascendió a la suma de 4000 hombres. Esta realidad indicaba muy a las claras la inconformidad del pueblo cubano con la dirigencia que había capitulado en el Zanjón. ¿Cómo se explica entonces que esta nueva contienda durara tan solo nueve meses? Pasemos a relatar los hechos.

OPOSICIÓN DE LA EMIGRACIÓN REVOLUCIONARIA AL ZANJÓN

No había transcurrido un mes de la capitulación cuando la emigración revolucionaria se reunía en New York para constituir un «Comité Revolucionario de la Emigración Cubana», encabezado por un grupo de cinco miembros que se dio a la tarea de prestar todo su apoyo a Antonio Maceo y a los que en Baraguá señalaban el camino de la dignidad. El Comité o Grupo de los 5, como se le llamó muy pronto, quedó integrado por dirigentes de la emigración, entre los que se destacaba José Francisco Lama-driz. En la urgente tarea de recabar fondos y preparar expediciones armadas que hicieran de nuevo la insurrección en Cuba, el Comité de los 5, un mes más tarde de su fundación, por la presencia del general Calixto García Íñiguez, que había sido libertado de su prisión en España en virtud de una de las cláusulas del Zanjón, cedió la jefatura del movimiento revolucionario al valiente general holguinero. Bajo la nueva jefatura, el Comité ostentará otro nombre: «Comité Revolucionario Cubano».

Los trabajos revolucionarios del Comité despertaron de nuevo el entusiasmo de las emigraciones. Los cubanos emigrados en los Estados Unidos, Jamaica y Santo Domingo se dieron a la tarea de organizar los clubes de Jacksonville, Puerto Plata y Kingston, que serán los de más arraigo e influencia en el extranjero.

ORGANIZACIÓN CLANDESTINA EN CUBA

En la provincia de Oriente, donde residía la mayor parte de los firmantes de la Protesta de Baraguá, se constituyeron diversos clubes revolucionarios, en Santiago de Cuba, Manzanillo, Holguín, Baracoa y Guantánamo, que acataron la jefatura revolucionaria de Calixto García. Al frente de estos clubes se encuentran José Maceo, Guiller-món Moncada, Quintín Banderas, Flor Crombet, Pedro Martínez Freire y Mayía Rodríguez.

En Las Villas y Colón dirigen la conspiración Ángel Maestre, Francisco Carrillo y Cecilio González. En la ciudad de La Habana, un joven intelectual negro, que respondía al nombre de Juan Gualberto Gómez y un ardoroso poeta, que había conocido la crueldad e inhumanidad de las prisiones desde los 17 años de edad, nombrado José Martí, se iniciaban en las labores conspirativas.

El coronel Martínez Freire, uno de los más valientes militares de la guerra de los Diez Años, que había ganado un enorme prestigio combatiendo bajo las órdenes de Antonio Maceo, era el coordinador general y enlace entre los diversos clubes revolucionarios de la Isla.

Un mes justo después de la publicación del manifiesto y de las bases constituyentes tuvo efecto en la ciudad de La Habana, por iniciativa y bajo la presidencia de Ángel Maestre, una reunión de varios conspiradores, con el propósito de establecer un club central en La Habana, que fuera un centro desde el cual las noticias de los diversos clubes revolucionarios fueran transmitidas a New York, y al mismo tiempo pudieran «irradiarse de la isla, y secundar los acuerdos superiores del Comité Revolucionario de New York».

El Comité neoyorquino no juzgó prudente aprobar la centralización de los trabajadores revolucionarios en la Isla, «por los infinitos peligros a que estos se veían expuestos». Estimaban los emigrados revolucionarios que de caer en manos de las autoridades españolas el Comité Central de La Habana, se corría el riesgo de que la vasta red de clubes revolucionarios en la Isla fuera descubierta.

No obstante, los concurrentes a la reunión presidida por Ángel Maestre acordaron convocar, para el 20 de febrero de 1879, una Junta General extraordinaria, en que estuviera representada la mayor parte de los departamentos de la Isla, por medio de sus respectivos clubes y antiguos jefes y oficiales, a fin de solicitar del Comité neoyorquino la aprobación de «la traslación de ese Comité Central al territorio de Cuba». En caso de ser desestimada la petición, debía crearse un Comité Central en la

Isla que tuviera «facultades bastantes para la adopción de las medidas convenientes y omnímodas, en circunstancias urgentes y extraordinarias, dándose siempre cuenta para vuestra aprobación, y cuyos miembros componentes sean elegidos por ese gobierno».

Los acuerdos de los conspiradores habaneros fueron dados a conocer a los clubes de Las Villas, Camagüey y Oriente, el día 15 de marzo de 1879, por Pedro Martínez Freire, quien como coordinador general había hecho posibles las primeras reuniones de Ángel Maestre. Asimismo se hizo constar el acatamiento y obediencia de los congregados al Comité neoyorquino, pero no dejaron de observar que la conspiración no se podía dirigir a tan larga distancia de la patria, lo que lo hacía incapaz y, en algunas ocasiones, inoportuno e ineficaz, para cumplir su tarea. Finalmente, con la aprobación unánime de todos los presentes, quedó constituido en La Habana «el Club Central Revolucionario Cubano». La dirección del nuevo organismo quedó integrada de este modo: presidente, Ignacio Zarragoitía; vicepresidente, José Martí.

Sin embargo, Martí aceptó su designación con estas objeciones: «En cuanto se crea este Centro para auxiliar activamente la revolución, sin entrar a discutir las bases y relaciones de Gobierno que fija».

Los conspiradores de La Habana designaron al ciudadano José Piedrahíta para la defensa de su causa ante el Comité neoyorquino. El día 13 de abril tenía lugar la entrevista entre el delegado de los clubes revolucionarios de la Isla y el Comité en pleno de New York.

Los miembros del Comité, Calixto García, Leandro Rodríguez y Carlos Roloff, expresaron su más resuelta oposición a las decisiones tomadas en Cuba.

Según Calixto García, la creación de un centro supremo en La Habana no sería otra cosa que poner los empeños revolucionarios al alcance del enemigo, pues en el caso de que fueran denunciados, quedarían desorganizados los trabajos y perdido por algún tiempo el fruto de tantos esfuerzos.

Piedrahíta, fiel a las instrucciones que había recibido, hizo constar que a pesar de la negativa del Comité, los clubes disidentes constituirían definitivamente el centro de la conspiración en Cuba, pues creían contar con la mayor parte de los jefes en la Isla y en el extranjero.

En estas circunstancias, el Comité neoyorquino se vio forzado a separar de sus trabajos a los clubes discrepantes. Afortunadamente, la enérgica decisión del Comité evitó la decisión y, unas semanas más tarde, los grupos disconformes acabaron por reconocer la autoridad suprema del Comité neoyorquino. Las discrepancias existentes fueron resueltas definitivamente cuando el coordinador general de la Isla, Pedro Martínez Freire, fue detenido cuatro días después de la Junta del 18 de mayo. El activo e impaciente conspirador fue encerrado en los calabozos del Morro de Santiago, donde ya le aguardaban el brigadier Flor Crombet y los coroneles Mayía Rodríguez y Pablo Beola, presos el mismo día.

Poco después, eran deportados todos a España.

ESTALLIDO INSURRECCIONAL DEL 26 DE AGOSTO EN SANTIAGO DE CUBA

Esas prisiones vendrían a frustrar el vasto plan de Oriente, aprobado por Calixto García con anterioridad a que surgieran las discrepancias. La estrecha vigilancia y acoso a que se veían sometidos los conspiradores en Oriente, después de la detención de Martínez Freire, iba a hacer abortar el movimiento revolucionario. En la noche del 24 de agosto se pronunciaban, entre Gibara y Holguín, 460 hombres armados a las órdenes del brigadier Belisario Grave de Peralta. Unas horas después, a las 7 de la tarde del día 26, grupos armados al mando de José Maceo, Guillermón Moncada y Quintín Banderas, se veían precisados a enfrentarse prematuramente con la guardia civil en las calles de Santiago de Cuba. La detención de José Maceo, que todos consideraban inminente, había forzado a los conspiradores a precipitar la acción.

La premura con que tuvieron que actuar los revolucionarios impidió que se llevara a feliz término el plan concebido, que consistía en atacar de noche y por sorpresa los cuarteles, la comandancia militar y la cárcel, y una vez provistos los revolucionarios de las armas y municiones necesarias, así como de los efectos en los comercios de la ciudad, lanzarse impetuosos a los campos y poner en pie de guerra a todos los pueblos de la jurisdicción de Santiago. Desde luego que, como comentara con posterioridad un participante destacado del abortado estallido, Eusebio Hernández, al día siguiente, sobre Santiago, hubieran convergido por todos los lugares gran cantidad de tropas españolas procedentes de toda la Isla, pero ya habíase previsto por la dirección revolucionaria el inmediato abandono de la ciudad. Empero, el efecto y la resonancia que la toma de la ciudad hubiera producido fuera y dentro de la Isla debía ser suficiente para darle un impulso inusitado al movimiento revolucionario. Mas, añade Eusebio Hernández, «no se pudo llevar a cabo el plan, limitándose la acción a una escaramuza con la guardia civil, sin que los revolucionarios pudieran atacar ningún punto ni arrebatarnos un solo fusil a los españoles, viéndose obligados a alejarse con las pocas armas con que contaban».

Un mes más tarde desembarcaría en la costa sur de Oriente, con una pequeña expedición armada, el brigadier Gregorio Benítez, nombrado por Calixto García jefe de la primera expedición a la provincia de Oriente, en sustitución de Antonio Maceo, que en estrecho contacto con el Comité, desde Jamaica, había sido designado jefe de la vanguardia expedicionaria.

Esta designación de García, hecha en menoscabo de los reconocidos méritos y extraordinario prestigio del más firme y consecuente revolucionario independentista de la gesta del 68, Antonio Maceo, causaría un grave trastorno a la marcha normal de los acontecimientos.

El día 13 de septiembre el general Luis Ferial, secundado por los hermanos Virós, jefes de guerrillas españolas,

atacaban y tomaban el poblado de Mayarí, replegándose poco después.

Más tarde, se alzaban Limbano Sánchez en Baracoa, Varona, en Tunas, los hermanos Rabí en Santa Rita y Mariano Torres insurgía con varios centenares de personas en Baire, obligando a su destacamento a encerrarse en el fuerte del poblado.

DEPORTACIÓN DE MARTÍ

No habían transcurrido tres semanas del alzamiento de Santiago, cuando el movimiento insurreccional sufría un rudo golpe en Occidente. El 17 de septiembre era detenido en la ciudad de La Habana José Martí, que tenía en sus manos todos los contactos para el alzamiento en Güines. Esta desdichada ocurrencia hizo que Eusebio Hernández y otros que lo secundaban en sus planes se vieran precisados a paralizar sus actividades.

La inseguridad que creó en la red conspirativa este suceso hizo que los planes para un alzamiento en La Habana se vieran frustrados.

Unos días después de la deportación de Martí para España, el 25 de septiembre, eran arrestados José Antonio Aguilera y Juan Gualberto Gómez. No obstante haber sido desbaratada la conspiración en La Habana, en Las Villas los trabajos revolucionarios prosiguieron su curso. En la noche del 9 de noviembre Francisco Jiménez, en Arroyo Blanco, jurisdicción de Sancti Spíritus, Ángel Maestre y Francisco Carrillo en Remedios, se levantaron en armas con treinta hombres el primero y cincuenta el segundo, libertando a unos centenares de esclavos de los ingenios.

Pocos días después le seguían Emilio Núñez en Sagua y Cecilio González en la Ciénaga de Zapata.

A su llegada a New York en enero de 1880, después de fugarse de España, José Martí encontraba que los trabajos de proselitismo y recaudación que se llevaban a cabo entre la emigración revolucionaria no rendían los frutos esperados.

PRÉDICA DE MARTÍ EN EL EXILIO

Entre los factores disociantes que impedían el concierto de todas las voluntades, el más peligroso era el espíritu de rivalidad existente entre los grupos conspiradores, que se mantienen alejados de la emigración trabajadora, a la cual no consideran necesario organizar como una fuerza política. La mayoría de los veteranos gloriosos habían alcanzado su jefatura en los campos de batalla en lucha a muerte contra el enemigo, bien lejos de los avatares de la labor política en la emigración. No eran políticos, sino militares revolucionarios. Por temperamento y vocación eran los menos indicados para el trabajo perseverante, de persuasión y convencimiento. Es en estas circunstancias cuando el joven revolucionario José Martí, con una modesta hoja de servicios a la causa revolucionaria, se impuso el deber de unir los trabajos revolucionarios de la emigración y de la Isla, de poner a la disposición de los jefes consagrados de la guerra los recursos bélicos de la emigración y de vertebrar un aparato capaz de unir a todos los revolucionarios. Hasta entonces la propaganda revolucionaria, la agitación entre los artesanos y trabajadores cubanos de la emigración, era considerada cosa poco práctica, como atinadamente señala el historiador Griñán Peralta. La delegación revolucionaria cubana en el extranjero durante la guerra de los Diez Años, dirigida por terratenientes de mentalidad conservadora (Aldama, Morales Lemus, Francisco Vicente Aguilera), había concretado sus labores a pedir dinero a los hombres acomodados de la emigración.

Martí le impartirá un nuevo sentido a las labores revolucionarias en el exilio, al organizar a las masas trabajadoras, y «centavo a centavo» recaudará los fondos necesarios para continuar la guerra. Ninguno de los jefes militares del 68 residentes en los Estados Unidos por esta época tenía el don de la oratoria, ni la capacidad de organización que desplegaría Martí en su labor entre los emigrados.

El historiador español Antonio Pirala hace referencia a una fuente de información del Gobierno español, según la cual el general Calixto García «con la vestidura de mendigo y en una población de diez mil almas que gruñen por el separatismo, obtuvo por tristísimo resultado, después de ir de puerta en puerta, dos mil treinta y un pesos y sesenta y cinco céntimos y la evidentísima prueba de la ineficacia en tal sentido». Ante este fracaso, Calixto García delegó en Martí la tarea de organizar los trabajos revolucionarios en el extranjero.

Designado para ocupar un cargo de vocal en el Comité neoyorquino, el día 9 de enero, Martí se dio inmediatamente a la tarea de despertar conciencia en la emigración sobre la necesidad de recabar todo el apoyo a los heroicos combatientes que se batían desorganizados y solos en los campos de la Isla. En su primer discurso, pronunciado en Steck Hall de New York, el 24 de enero, ante un expectante y ansioso auditorio, Martí iba a fustigar la pasividad e indiferencia de los que se mantenían marginados del sangriento drama cubano: «Para disculpar la debilidad propia, todos se excusan con la ajena: ¡Pues comiencen los que se excusan a ser fuertes, y no habrá pronto débiles que den razón para excusarse».

Y refiriéndose a algunos de los firmantes del Zanjón, que hacían propaganda derrotista entre los emigrados, dirá:

Es doloroso el concierto de menguados que dispuestos a pisar alegres con aires de triunfadores las playas de la patria en el día puro, mueven hoy con desdén el elegante brazo para echar en cara a su paso una ignominia que no le viene más que de su indisculpable indiferencia: trocan esos maldicientes en centavos las palabras que vierten sin decoro en mengua de la patria, y tendrían al menos en la hora del retorno el derecho de haber contribuido a pagar el arma que les conquistó la libertad.

Extraña forma de iniciar la lucha propagandística entre la emigración, rompiendo lanzas contra los indiferentes,

pero en las condiciones existentes entonces era la única indicada para exaltar el amor propio y el entusiasmo de los cubanos. Consciente de que se dirigía fundamentalmente a las masas trabajadoras de la emigración, Martí, en un certero análisis, señalará el papel de la personalidad y de las masas populares en la historia, para que no se deje engañar la emigración por los jefes que han desertado del movimiento revolucionario:

Ignoran los déspotas que el pueblo, la masa adolorida, es el verdadero jefe de las revoluciones; y acarician aquella masa brillante, que, por parecer inteligente, parece la influyente y directora. Y dirige, en verdad, con dirección necesaria y útil en tanto que obedece —en tanto que se inspira en los deseos enérgicos de los que con fe ciega y confianza generosa, pusieron en sus manos un destino. Pero en cuanto, por propia debilidad desoyen la encomienda de su pueblo, y asustados de su obra, la detienen; cuando aquellos a quienes tuvo y eligió por buenos, con su pequeñez lo empequeñecen y con su vacilación lo arrastran, sacúdese el país altivo el peso de los hombros y continúa impaciente su camino, dejando atrás a los que no tuvieron bastante valor para seguir con él.

Con igual energía desenmascarará la cobarde propaganda española, que trata de levantar el fantasma del «peligro negro» entre los revolucionarios, haciendo un paralelismo histórico con el proceso revolucionario de Latinoamérica, en el cual los españoles también habían agitado el temor al «peligro indio». Martí estaba convencido de que la división de los revolucionarios en blancos y negros constituiría el mayor peligro para la guerra que se preparaba. Así dirá:

¿Son acaso [los esclavos] una cohorte sanguinaria, que habrá, con soplos huracánicos, de arrancar de raíz cuanto hoy sustenta el suelo de la patria? ¡Ah! esto decían los españoles de los indios, tan ofendidos,

tan flagelados, tan anhelosos como los negros de su inmediata emancipación; esta amenaza suspendían sobre las frágiles cabezas, cuando el aliento de Bolívar, más grande que César, porque fue el César de la libertad, inflamaba los pueblos y los bosques y levantaba contra los dueños inclementes la orilla de los mares y el agua turbulenta de los ríos. Y la independencia de América se hizo... Pero los fatídicos anuncios no se realizaron; los indios no vinieron como torrentes desbordados de las selvas, ni cayeron sobre las ciudades, ni quemaron con sus plantas vengativas las yerbas de los campos, ni con huesos de blancos se empedraron los zaguanes de las casas solariegas. Ni una sola tentativa, ni un solo rugido de cólera, turbaron la paz de los albores. De viejos males vinieron los males nuevos, que no de la venganza ni de la impaciencia de los indios (...).

Y añadiría, haciendo responsables de las revoluciones a los esclavistas, «... que los monstruos que enturbian las aguas han de responder de sus revueltas ondas, no el mísero sediento que las bebe; que las culpas del esclavo caen íntegra y exclusivamente sobre el dueño».

A los que se resignaban pasivamente a su suerte, lamentándose de la superioridad militar del enemigo, que contaba con grandes recursos de armas, les dirá: «Las piedras del Morro son sobrado fuertes para que las derritamos con lamentos, —y sobrado flojas para que resistan largo tiempo a nuestras balas». Sin embargo, no dejará de advertir que esta nueva tentativa revolucionaria podía ser derrotada, pero que la lucha continuaría hasta la victoria final:

Y tocaremos a cada puerta. Y pediremos limosna de pueblo en pueblo. Y nos la darán, porque la pediremos con honor. Y seremos vencidos, y tornaremos a vencer. Y darán en tierra con nuestro actual empeño, y con empeño nuevo caeremos sobre nuestra tierra.

Pero la victoria final será lograda porque: «¡ni volverán a marchar por vía distinta el guerrero que lucha por la

libertad, y el trabajador que le envía el arma! —El pueblo de auxiliares acompañará con su constancia al pueblo de batalladores—, que lo animará con su valor». El discurso de Martí produjo una honda impresión entre la emigración. «El pueblo de auxiliares» había sido echado a andar y no pararía hasta ver al colonialismo español descabezado a sus pies.

DESACERTADA Y FATAL DECISIÓN DE CALIXTO GARCÍA

Desde el abortado inicio de la insurrección, los jefes alzados en armas habían esperado con ansias el arribo de Calixto García y de Antonio Maceo a las costas de Cuba, para que asumieran la dirección política y militar de la revolución. El glorioso protagonista de Baraguá, por acuerdo del Comité neoyorquino, sería el segundo jefe de la insurrección y mandaría a la vanguardia de las fuerzas libertadoras. Empero, las infames acusaciones que le hacía la prensa española a Maceo de pretender erigirse en jefe de una república negra, y al movimiento insurreccional, en general, de estar dominado por elementos racistas, habían logrado minar a considerables sectores del campo revolucionario.

El hecho de que la revolución en Oriente contara como jefes más connotados a José Maceo, Quintín Banderas, Guiller món Moncada y Mariano Torres, por su decisión, arrojo e irreductibilidad, había sido deformado maliciosa y cobardemente por la prensa española, a los efectos de demostrar que la guerra tenía un carácter racista. La propaganda española divulgada entre los cubanos, a través de toda la Isla, por el Partido Liberal Autonomista, organización partidaria de reformas y de un gobierno autónomo, compuesta por la burguesía agraria como clase y por gran parte de los capitulados en el Zanjón, había logrado llevar al ánimo de una parte considerable de la población blanca la idea de que la guerra iniciada el 26 de agosto era una guerra de negros contra blancos. Ante

esta situación, Calixto García determinó que la primera expedición armada a la provincia de Oriente debía ser encabezada por Gregorio Benítez, «hombre de gran valor, pero desconocido en Oriente, y sin suficiente prestigio en Camagüey, de donde era nativo, y en donde había asumido la jefatura en los tristes días del Zanjón».

Este cambio desacertado e imprudente, como ha sido calificado con justeza, produjo entre los sublevados orientales, que veían en Maceo no solo al gran jefe militar de la guerra de los Diez Años, sino al más intransigente y radical partidario de la independencia, un hondo disgusto.

Calixto García demostró tener poca visión política al enviar a Benítez a Oriente, para contrarrestar temporalmente la propaganda española. La presencia de Maceo en Oriente debía impartir un gran impulso a las operaciones militares, y a la larga, todas las mentiras del enemigo se desvanecerían.

La determinación de Calixto de sustituir a Maceo ha sido objeto de las más variadas especulaciones por parte de biógrafos e investigadores. Creemos que las palabras que explican más verazmente su conducta son las que le dirá con su franqueza y honestidad habitual a Maceo: «Compañero, yo he dispuesto la salida de Benítez antes que la de usted, porque como los españoles han dado en decir que la guerra es de raza y aquí los cubanos libres tienen sus temores, no he creído conveniente que usted vaya primero, porque se acreditaría lo supuesto, aunque usted sabe que yo, que lo conozco, no soy capaz de creer tal cosa».

Desorientados, desorganizados y dispersos, sin ninguna comunicación entre sí, sin recibir ninguna ayuda de la red clandestina de conspiradores en las ciudades destruidas por la policía, los jefes insurrectos se mantendrán nueve meses alzados en armas, esperando la llegada de Calixto García y del general Antonio.

La propaganda española había cerrado en un estrecho anillo a los jefes insurrectos, aislándolos del apoyo de

las poblaciones. Como acertadamente señalara Serafín Sánchez, el Partido Conservador, compuesto fundamentalmente por españoles, hacía todo lo posible por impedir que la causa independentista tomara auge. Para el Partido Conservador, que integraban «los españoles sin condiciones y los negreros cubanos», los nuevos revolucionarios eran «unos miserables sin conciencia y sin dignidad»; para el Partido Liberal Autonomista, donde militaba la mayoría de los cubanos de la «clase culta y adinerada», ganada por la propaganda española de que la guerra era de razas, los conspiradores no merecían otra cosa que «el desprecio de los verdaderos patriotas». Si al inicio de la guerra de los Diez Años la burguesía de las provincias occidentales se había abstenido de colaborar con la revolución, ahora se declara abiertamente enemiga de esta, organizándose políticamente para arrastrar la población blanca a la causa española. «Primero española que africana», será la consigna de la burguesía agraria occidental.

En efecto, el Partido Liberal Autonomista hizo todos los esfuerzos posibles por impedir el triunfo de la guerra Chiquita. En un manifiesto firmado por la Junta Central Autonomista de Colón el 24 de septiembre de 1879 se condenaba la revolución, llamando a los jefes insurrectos «hombres que buscan en el trastorno de la sociedad la manera de proveer a sus vicios o necesidades, hombres exentos de todo sentido de honor y humanidad», para luego afirmar que

los sucesos ocurridos en el Departamento de Oriente deben cesar como todo aquello que viene a la vida por medios violentos, contrario al orden natural de las cosas. ¡Correligionarios! El gobierno de la Madre Patria vela por la seguridad de Cuba; nuestros representantes dejarán oír su voz autorizada dentro de pocos días en el santuario de las leyes; el gobierno nos considera como un elemento de orden; y los Liberales Autonomistas somos españoles, y españoles de buena fe.

Pero la actividad contrarrevolucionaria de los autonomistas no se limitó a anatematizar la insurrección. En la provincia de Oriente, el dirigente autonomista Hermínio Leiva Aguilera logró ponerse en contacto con Belisario Grave de Peralta y Luis de Feria, jefes del movimiento insurreccional en la parte norte de la provincia, convenciéndolos por medio de una serie de argumentos falaces de que los hermanos Maceo albergaban propósitos racistas.

Estos hechos contribuyeron a desanimar a los jefes insurrectos orientales de extracción popular. La ausencia del terreno de las operaciones de Calixto García, que debía asumir la jefatura de las operaciones militares, y de Antonio Maceo, que representaba la intransigencia revolucionaria frente a España como ningún otro jefe, les hizo perder las perspectivas a los bravos combatientes orientales. Durante nueve meses habían hecho la guerra cada uno por su cuenta sin un mando único que determinara la estrategia correcta. Conscientes de que en las condiciones existentes no podían dirigir una lucha que aglutinara a todos los cubanos, y temerosos de que su actitud pudiera provocar un conflicto con Calixto García, decidieron deponer las armas a principios de junio de 1880 ignorando que el valiente general holguinero había desembarcado en Aserradero, al sur de la Sierra Maestra, con 19 expedicionarios, los que tras una incesante persecución del enemigo fueron capturados quedando Calixto con cinco de ellos. Enfermo de paludismo, abrumado por el peso del desastre, Calixto, que ha sido informado de la presentación de los jefes insurrectos, decide finalmente deponer las armas.

El Partido Autonomista, que sería elogiado por el capitán general de la Isla atribuyéndole haber sido más útil a la pacificación del país que veinte batallones del ejército español, podía celebrar el fracaso de los esfuerzos de los cubanos. Y José María Gálvez, representante legal de los grandes negocios de la burguesía agraria de Occidente y jefe político del Partido Autonomista, ya podía comprar

la dotación de esclavos que le ofrecía en una atenta carta de 6 de febrero de 1870¹ el administrador de su ingenio «Dos Mercedes», Félix del Corral. Pero seguramente guardaría las apariencias, siguiendo las observaciones de su amigo que le sugería que «como Presidente del Partido Liberal Autonomista convengo en que no debes comprar esclavos, pero se hará a nombre de un tercero y cuando sean libres se te contratarán».

1 Al parecer se trata de una errata no advertida en la edición anterior. Debería leerse, cuando menos, 1879, por cuanto en la carta que se cita se habla del Partido Liberal Autonomista, fundado en 1878 (*N. del E.*).

MORAL Y REVOLUCIÓN EN ANTONIO MACEO

En el mes de julio de 1889, el periódico independentista *El Yara* publicaba una carta dirigida al general español Polavieja y unos comentarios anexos firmados por Antonio Maceo. Era la primera vez que el protagonista de Baraguá daba a la publicidad su ideario revolucionario. La decisión de explicar sus pensamientos más íntimos sobre la revolución estaba relacionada con las dificultades que atravesaban los patriotas para continuar la guerra en Cuba. Una serie de incomprendimientos, nacidas del desconocimiento mutuo y de diferentes criterios políticos y sociales, reinaba entre los revolucionarios, alejándolos cada vez más del fin por todos deseado: la independencia de Cuba.

Para colmo de desdichas, la política reformista —«la política de mostrador», como la calificara José Martí— se enseñoreaba en la Isla al conjuro de la prédica adormecedora de los autonomistas. Era preciso enfrentarse resueltamente a la transacción sin principios del Partido Autonomista con la metrópoli que trataba de ahogar en interminables parrafadas y discursos cuajados de falsas promesas el ideal independentista. Asimismo había que frenar las divisiones estériles que impedían la acción mancomunada de todos los revolucionarios.

El objetivo fundamental de los comentarios de Maceo en la carta que le dirigiera a Polavieja era, por lo tanto, descaracterizar a los autonomistas ante los ojos de la nación y demostrar la necesidad imperiosa de abandonar las suspicacias y los recelos que mantenían desunidos a los revolucionarios. Sin embargo, los comentarios de Maceo, excepcionales en su hondura filosófica y política, excedieron el fin que se había propuesto al escribirlos. Podemos decir, sin temor a incurrir en hipérbole, que en los comentarios se encuentra condensado el decálogo filosófico y moral del pensamiento revolucionario cubano del siglo pasado. Si el Maceo del brazo, del ímpetu avasallador, del batallar glorioso constituye para nuestra generación una exhortación perenne a la acción revolucionaria, este Maceo profundo, meditativo y analítico —que nos revelan los comentarios como uno de los pensadores más serios de nuestro proceso revolucionario— constituye una invitación serena a reflexionar sobre las razones que asisten a los hombres para vivir y morir, sobre las cuestiones más trascendentales de la vida. Los valores eternos expresados por los clásicos, conservan su validez por ser fieles a las más genuinas y nobles aspiraciones de los hombres a través de todos los tiempos. Las reflexiones de Antonio Maceo sobre su razón de ser y la de sus contemporáneos entregados a la causa de la revolución, tienen el carácter imperecedero del pensamiento de los clásicos.

La lectura de los comentarios contribuye a redescubrirnos a través del tiempo, a encontrar las hondas razones morales que han asistido a nuestro pueblo en su lucha por alcanzar la plena independencia y soberanía, a explicarnos el porqué la razón, una vez que se apodera de las masas, es una fuerza invencible; a señalarnos cómo «la vida sin honra que no está sustentada en principios morales no vale la pena vivirla». Y todo esto rubricado por su generosa sangre que regó por todo el suelo cubano, desde la carga al machete de Los Pinos, hasta la gloriosa muerte en San Pedro.

Maceo entra a discutir los problemas que son el verdadero motivo de los comentarios, después de denunciar los propósitos del Gobierno español de asesinarlo empleando mercenarios a sueldo. En realidad, la protesta contra los cobardes métodos de Polavieja no es más que un pretexto para plantear los problemas más urgentes que confronta la revolución. Esto lo expone Maceo con claridad cuando dice:

Si no fueran más que los expuestos los motivos que tengo para escribir estas líneas, seguramente no me habría entretenido en referir lo primero ni en anotar lo segundo; pero otras consideraciones de más peso tales como la conducta observada por los partidos políticos en la Isla de Cuba, me obligan a hacer declaraciones importantes a partir de este punto, pues por ánimo de conciliación con el Gobierno, según parece, que yo no quiero calificar sus procederes, se encargaron de dar dirección a la piedra que cobarde y maliciosamente lanza sin levantar manos el Gobierno de la Colonia, sobre todo en cuanto hace relación a la cuestión de raza que algunos cubanos con pena mía, lo repito, fingen todavía creer.

A continuación Maceo entra de lleno, sin ambages, a exponer sus criterios sobre la necesidad histórica de lograr la independencia de Cuba por el único camino posible: el de la lucha armada. Este pensamiento es coronado por la afirmación de que la independencia no es un fin en sí, sino un medio; una «condición indispensable para otros fines ulteriores más conformes con el ideal de la vida moderna, que son la obra que nos toca tener siempre a la vista sin atemorizarnos de ellas; antes tomar mayor empeño para resolverla con la lealtad del ciudadano que se debe a la Patria, y con la honradez y pureza de motivos del hombre que ante todo se debe a la humanidad».

Hay que atemperarse a los ideales de la vida moderna, nos dice Maceo, hay que hacer en la República realidad

los ideales de igualdad, libertad y fraternidad que corren por el mundo. Si Maceo no puede comprender entonces que el único medio de llevar a la práctica esos ideales es suprimir la explotación del hombre por el hombre, en cambio siente en su pecho de hombre procedente de las clases explotadas y humilladas de la sociedad colonial, la necesidad de que se produzcan cambios que hagan posible en su futuro la realización de esos bellos ideales. Ha leído a Víctor Hugo y otros escritores revolucionarios, y lo que para otro es deleite intelectual, para él cobra una urgencia vital. Está consciente de que se encontrarán obstáculos cuando los revolucionarios traten dentro de la República burguesa de hacer realidad tan solo en lo político esos sueños. Por eso dice que no tenemos que atemorizarnos. Pero si para él la continuación de la revolución en la República es una necesidad improrrogable en Cuba, no por eso olvida que sus deberes son, ante todo, para la humanidad.

Su espíritu, inconforme ante la injusticia y la arbitrariedad, ha tenido que estremecerse ante la situación de los hombres de su raza y de su condición social en los Estados Unidos, donde la esclavitud había sido abolida. No hay diferencia entre los hombres por los que lucha en su patria y los hombres que ha visto en New York sufrir la más odiosa discriminación y explotación. Sabe que el camino que tiene que recorrer la humanidad trabajadora es muy largo todavía. Por eso escribe «con la mano de la cicatriz»: «no trabajamos principalmente para nosotros ni para la presente generación, bien al contrario, muévenos sobre todo el triunfo del derecho de todas las generaciones que se sucedan en el escenario de nuestra Cuba».

Pero la lucha que ha emprendido el pueblo cubano no se puede lograr sino por «los horrores de la guerra». Los autonomistas pueden espantarse y retroceder llenos de pavor ante la perspectiva de una nueva guerra e invocar el Derecho Natural que se opone a las guerras justas de los pueblos para lograr su liberación; los clérigos españoles,

las sotanas rabiosas hundidas en el pantano de la escolástica, pueden predicar desde el púlpito que se deben subordinar los intereses de la patria al servicio y amor de Dios (la Iglesia), pero según Maceo,

en el último cuarto del siglo XIX en que aún no se vive según razón y derecho, necesita prestar la fuerza al Derecho y la Razón en los pueblos que como Cuba continúan bajo el régimen del inmoral y odioso derecho de conquista. No ya la Doctrina Democrática, la Filosofía de la Historia, basada en la razón humana, autoriza la fuerza cuando el Derecho es pisoteado: y yo conforme con la Filosofía de la Historia y con la Razón estaré siempre al lado del derecho que tiene Cuba a hacer una vida «propia y libre» sobre la imposibilidad de su unión «con y bajo España».

Ha proclamado el derecho de su pueblo a hacer la guerra, pero como sabe que la propaganda enemiga acusa a los revolucionarios de ser forajidos sin principios y sin moral cree necesario afirmar que sus convicciones y su conducta son el resultado de la nueva moral revolucionaria: «Si pensar de esa manera es un motivo para juzgar mal de mí, acepto la responsabilidad que de ello me resulta, que en punto al reconocimiento de mis actos, buenos o malos, jamás vacilaré porque mis actos son el resultado, el hecho vivo de mis pensamientos, y yo tengo el valor de lo que pienso, si lo que pienso forma parte de la doctrina moral de mi vida».

Durante diez años de largo batallar los revolucionarios cubanos han sacrificado todas las comodidades, todos sus intereses particulares por la causa de la independencia. La guerra ha impuesto la necesidad de destruir por el fuego las propiedades de la clase terrateniente cubana. De esos sectores surgen los ataques más virulentos contra los revolucionarios. La Cuba de «las cajas de tabaco y de azúcar» de que hablara el padre Varela, se agitaba convulsa y rabiosa ante la posibilidad de una nueva guerra. Maceo les dice que el sentido moral de la vida vale

más que sus intereses materiales y que el «sacrosanto» derecho de la propiedad puede ser necesario orillar en determinadas circunstancias:

Si un falso principio político pretende sacrificar el sentido moral de la vida, la única condición posible para que los pueblos se eleven a la categoría de sujetos superiores de la Historia, sin más razón que la conservación de sus intereses materiales, yo estaré siempre contra tal principio. Mucho respeto me inspira la propiedad, sobre todo la bien adquirida; pero es de notar que si es legítima, la ciencia económica y la razón con sendos irrefutables argumentos la defienden, si no, puede ponerse en contradicción con el progreso de las instituciones sociales, y a este estado solo debe tenerse como un mero obstáculo que es fuerza orillar a todo trance.

Por el contenido fundamental de los comentarios podemos hacer la inferencia de que la referencia que hace Maceo a los «estadistas que se permiten proclamar seriamente el maquiavelismo del bien y con ese título sacrifican la verdad de siempre por la verdad de una hora», es una alusión a los autonomistas que proclamaban la necesidad de entrar en bajos rejugos políticos con el poder colonial para lograr concesiones. Sin embargo, las objeciones fundamentales de Maceo a los autonomistas se basaban en la imposibilidad de una evolución por medio de reformas hacia la independencia, sin que por eso dejara de repugnarle la confraternización de los políticos autonomistas con los Capitanes Generales de turno en la Isla. No eran los autonomistas los únicos aludidos por la frase de Maceo. Al criticar a los maquiavelistas del bien, Maceo dejaba bien sentado que los revolucionarios no pueden coincidir con los defensores de la tiranía en el falso planteamiento de que el fin justifica los medios. Cuando Maceo supo que se preparaba un atentado contra Martínez Campos, aprovechando que este quería entablar conversación con los cubanos con-

ducentes a la paz, se opuso con todas sus fuerzas al uso de tales métodos. Y es que las convicciones morales de los revolucionarios los hacen actuar acorde con las finalidades que se han propuesto. Aún más: la moral de los revolucionarios coincide en todo momento con las necesidades de más largo alcance de la revolución. Quienes se acostumbran a emplear medios reprobables, similares a los que emplea el enemigo, se deformarán moralmente y serán incapaces de integrarse a la nueva vida que germinará en la sociedad que aspiran a plasmar. Mientras las fuerzas contraguerrilleras de Valmaseda cometían los más repugnantes crímenes y torturas con mujeres, niños y ancianos de la revolución, Maceo castigaba justicieramente los excesos en que podían incurrir sus tropas. El atentado contra Martínez Campos hubiera tenido la virtualidad de suspender de inmediato la nefasta capitulación que se gestaba, pero a la larga hubiera desprestigiado y desacreditado a los revolucionarios ante los ojos del país. De igual modo que era moral oponerse al atentado contra un hombre que venía solo a entrar en conversaciones, era necesario impedir que se cometiera tal hecho, por razones políticas. La moral revolucionaria y la necesidad revolucionaria son términos que se identifican en la lucha.

Si el maquiavelismo del bien era condenable más aún lo era el maquiavelismo del mal. Las intrigas que intentaba sembrar el colonialismo español entre los revolucionarios lo hacen «impotente, ridículo entre los hombres libres, sobre todo convencidos como están de que el éxito de la revolución cubana depende únicamente de la unión real de todos sus hijos». Los esfuerzos de la prensa española y de sus agentes por adular y tergiversar el pensamiento de los revolucionarios para sembrar la división entre ellos estaban condenados al fracaso. Sin duda había cubanos que habían sido confundidos por la propaganda enemiga, pero Maceo no dejaba de hacer la distinción entre estos y los que «en el fondo de su conciencia aceptan esa infamia para hacer valer sus aspiraciones egoístas y palaciegas intrigas, debiendo juzgár-

seles más perjudiciales que el enemigo armado, aunque por lo menos digno de la compasión de todo hombre que se estima».

Después de rechazar indignado las acusaciones que le hacen los españoles y los autonomistas de ser partidario de la guerra de razas, Maceo realiza un análisis magistral de la relación que existe entre los prejuicios y la libertad. Maceo, hombre libre por haberse liberado de los prejuicios en la gran escuela de la revolución, se cree merecedor de aspirar al goce de la libertad porque no se siente esclavo de las pasiones. El hecho de haber librado cientos de combates y tener el cuerpo cosido por las balas españolas no es suficiente, según él, para hacerlo acreedor del disfrute de sus derechos. La citación del párrafo se hace imprescindible:

Tiempo es ya, cubanos, de que sepamos sobreponernos a nuestras preocupaciones todas. Cuando el espíritu está preñado de prejuicios, no ha lugar el pensamiento reflexivo, porque el pensamiento reflexivo se elabora en la conciencia ilustrada por el juicio sereno de la razón, y estos accidentes y preocupaciones de nuestra alma solo aprovechan a nuestros adversarios. De mi parte sé decir que me creo capaz de aspirar al goce de la libertad más que por haber luchado trece años, porque no pesa sobre mi conciencia la esclavitud de las pasiones; y por eso cuando miro al estado de mi espíritu emancipado, cosa que debo a nuestra gloriosa revolución, no me cabe la menor duda de que solo ha detenido o mejor demorado el triunfo de la Independencia de Cuba, la necesidad de sacudir el espíritu y limpiar de vetustos errores la conciencia de muchos de nuestros primeros hombres.

Culmina estas reflexiones sobre los prejuicios con su concepción general del mundo:

En cuanto a mí, amo a todas las cosas y a todos los hombres porque miro más a la esencia que al acci-

dente de la vida; y por eso tengo sobre el interés de raza, cualquiera que ella sea, el interés de la Humanidad, que es en resumen el bien que deseo para mi Patria querida. La conformidad de la «obra» con «el pensamiento»: he ahí la base de mi conducta, la norma de un pensamiento, el cumplimiento de mi deber. De este modo cabe que yo sea el primer juez de mis acciones, sirviéndome del criterio racional histórico para apreciarlas, la conciencia de que nada puede disculpar el sacrificio de lo general humano a lo particular.

El hombre vale por lo que siente, por lo que piensa, por lo que hace, no por su posición social ni por el color de su piel. El hombre es por esencia bueno y perfeccionable y merece ser amado.

La ideología de Maceo es el resultado de sus creencias más firmes y raigales y la guía de su vida. Sabe el Titán que a pesar de haber fracasado sus esfuerzos por continuar la guerra de los Diez Años y por incorporarse a la guerra Chiquita, sus aspiraciones serán coronadas por el éxito porque se fundan en las leyes del desarrollo de la sociedad. De ahí que aconseje a los revolucionarios que perseveren en su ideario y les advierta que el hombre que no norma su vida por principios y cambia de ideas como de casaca no es confiable: «Por eso la inconstancia de las ideas denuncia el espíritu sin convicción y sin palabra constante».

No es hombre de odios sino de justicia y con la honradez e integridad que lo caracterizan deja sentado que no invoca el nombre de la patria demagógicamente, llamando en su auxilio «la habilidad, precepto inmoral de todo sistema transitorio; llamo sin ambages ni rodeos el apoyo de la razón y del derecho que es bajo la Razón una y entera de la vida, el lema que juzgo más elocuente para que luzca en la bandera de nuestra revolución, es decir: Dios, Razón y derecho». Como miembro de todas las logias masónicas revolucionarias, Maceo veía en Dios la idea del bien. Este Dios era muy diferente del Dios de

los explotadores y del de los oscurantistas que, según palabras del propio Maceo, divinizaban al Papa como ser infalible. El Dios de Maceo era el Dios de la justicia, no el Dios que abría las puertas del cielo a los poderosos que pagaban su ingreso como contribución a la Iglesia. Cuando en nuestra época republicana algunos caballeros católicos trataron de fundar una capilla en el monumento a Maceo, su jefe de Estado Mayor durante la guerra del 95, el general Miró Argenter, declaró a la prensa: «Maceo era librepensador. Perteneció a la masonería. Jamás mantuvo principios católicos. Tolerante con todas las ideas, se preocupaba poco de lo que los demás en ese sentido hacían. Si él pudiera enterarse de que al pie de su tumba quiere levantarse una capilla no la agradecería... la capilla tratándose de Maceo no es prudente».

En los comentarios a la carta de Polavieja, Maceo terminaba pidiéndoles a los lectores del periódico *El Yara* indulgencia por haberse ocupado tanto de sí mismo, pero era una necesidad aclarar las acusaciones que le hacía la propaganda española en detrimento de la causa revolucionaria. Aun cuando Maceo se viera obligado a defenderse a sí mismo, lo hacía por la revolución, por cuanto su vida personal formaba parte integrante del gran acervo de valores que habían germinado en la lucha contra España. En la medida en que los revolucionarios luchaban contra el inhumano sistema de explotación colonial, se humanizaban, convirtiéndose en parte de un sistema de valores y de relaciones sociales más humanas. Por eso un ataque a Maceo era un ataque a la revolución: «Solo me resta pedir indulgencia por haberme ocupado tanto de mí; pero las circunstancias me obligan, y en ello se goza mi voluntad, a dar una clara explicación de mis ideas, ya que es asunto capital del Gobierno español inutilizar mis servicios a Cuba por el solo hecho de saber que siempre estaré presto a servirla».

INDEPENDENTISMO Y ANTIMPERIALISMO DE MACEO

Extraordinariamente rico en contenido y en amplitud fue el pensamiento político de Antonio Maceo. No hay párrafo en su epistolario y en sus documentos políticos que no lleve la huella y el aliento de la sabiduría generosa y vital del hombre que se hace héroe para servir a su pueblo y a su clase. En toda su literatura revolucionaria está ausente la ampulosidad y el ornato romántico característico de la época. Solamente hay voluntad de expresar, en los términos más directos y humanos posibles, la solución de los diversos problemas que confrontara la revolución en cada momento de su devenir histórico. Y esta eficacia y entereza para encarar las vicisitudes, sin subterfugios ni evasiones, es la característica más notable del hombre raigal, del hombre que guía su conducta con profundas convicciones y principios morales. Es esta la sabiduría del revolucionario, la sabiduría afincada en el valor. «Sin valor es estéril la sabiduría», dijo el clásico. Por eso la sabiduría de Maceo fue fructífera, porque siempre tuvo el valor físico y moral de mantener sus convicciones más hondas. Fiel a sí mismo, y a la revolución (que es decir la misma cosa), siempre acertó en lo fundamental.

Muchas y muy variadas fueron las tesis políticas, sociales, morales y militares que Antonio Maceo sustentó, y que el tiempo ha venido a confirmar en su justeza. Sin ser un sistematizador, ni un teorizador de sus ideas, sin haber comprobado con hechos las ideas que tenía sobre diversos aspectos de la realidad, la mayoría de estas han recibido un veredicto positivo de la historia. En este punto sería válido preguntarnos: ¿Por qué Maceo no explicó y desarrolló más ampliamente sus ideas? ¿Por qué Maceo no escribió artículos, ensayos políticos? ¿Pereza? ¿Timidez? ¿Orgullo?

Leonardo Griñán Peralta, maestro de historiadores, nos da la clave del asunto: «Fundábase su orgullo, no en la insegura posesión de riquezas, mal adquiridas siempre cuando se ha nacido pobre, no en el fortuito descender de personajes notables por cualquier concepto, no en la acumulación de conocimientos adquiridos en libros que otros escribieron, sino en haber hecho cuanto bien pudo hacer otro hombre en sus mismas circunstancias personales». De ahí que jamás se expusiese a la crítica hiriente o al ridículo incursionando en los campos nebulosos de la teoría. Eso lo dejaba para los intelectuales de la revolución. Por esos motivos, nunca colaboró en los periódicos de la revolución y cuando se le acusó de imponer sus criterios a los redactores de *El Cubano Libre*, respondió airadamente al marqués-presidente Salvador Cisneros Betancourt: «En el periódico escriben los que quieren y pueden hacerlo, sin que jamás haya impuesto mi criterio político a ninguno de sus redactores. Me estimo mucho para exponerme al reproche de los que en ese semanario colaboran». Es esta la razón por la cual la voz del Titán de Bronce solamente se dejaría oír en momentos decisivos de nuestra historia, siempre para definir cuestiones de principio, o para ultimar detalles de carácter organizativo, político, económico y militar imprescindibles. Sus juicios serán por lo general breves, concisos, captando lo esencial del problema, aunque llegar a esas conclusiones le haya tomado mucho tiempo. Podemos decir que Maceo

opinó prácticamente sobre todos los problemas de principios que se le plantearon a la revolución cubana.

Pero donde toda la hondura y la calidad del pensamiento de Maceo se pusieron de relieve fue en los dos momentos más críticos y graves de nuestras gestas de independencia: en el Pacto del Zanjón y en los primeros intentos intervencionistas del imperialismo norteamericano en la guerra del 95. La primera crisis pudo ser superada gracias a la previsión política y al sentido propagandístico que desplegó. La segunda crisis estuvo fuera de su alcance remediar: una bala española segó su existencia mítica. Al Zanjón opuso su independentismo insobornable, vinculado estrechamente a la concepción insurreccional que tenía de la realidad colonial. A la coyunda yanqui opuso su antimperialismo consecuente, producto de su análisis severo de los torvos propósitos del «Norte revuelto y brutal». Nuestro héroe, alimentado de optimismo revolucionario y de fe inquebrantable en la capacidad revolucionaria de su pueblo, se enfrentó por primera vez en tierras americanas al naciente imperialismo, para vencerlo a los 63 años de su muerte.

INDEPENDENTISMO INSOBORNABLE

«¿Qué ganaremos con una paz sin Independencia, sin abolición total de la esclavitud, sin garantías para el cumplimiento por parte del Estado Español?». La pregunta que hacía Antonio Maceo no tenía respuesta. O, mejor dicho, tenía una respuesta, solo que esta no se la podían dar personalmente al Titán de Bronce los débiles y vacilantes, los leguleyos del Gobierno del Centro. La respuesta de estos era queremos descansar, la lucha requiere demasiados sacrificios y esfuerzos, quizás con Martínez Campos logremos reformas, mejoras, y quién sabe si un día la independencia. Pero esa no era la paz que quería Maceo, ni la que querían algunos de los patriotas que pensaron en el Zanjón como una tregua. La paz del revolucionario solamente se logra con el triunfo

de su ideario. Con el Pacto del Zanjón no se logró la paz con independencia, la paz con abolición total, la paz con dignidad, por la cual habían muerto miles de cubanos. El resultado del compromiso a todo trance fue que después que Martínez Campos logró dividir, desarmar a las tropas insurgentes, la metrópoli, más agresiva y soberbia que nunca, incumplió lo pactado.

Es por esto por lo que al analizar las raíces históricas de la Protesta de Baraguá no debemos pensar que esta se produce por el temperamento orgulloso y bélico de Maceo. Nada más lejos de la verdad. La actitud asumida por Maceo estaba avalada por una posición de principios. La posibilidad de una derrota militar inminente era mil veces menos peligrosa que matar las esperanzas del pueblo cubano en una conciliación claudicante. Por eso la oposición radical al Zanjón dejaba la llama encendida de la rebeldía, que no podría ser sofocada ni por los rejugos de Martínez Campos, ni por la política conciliadora de los autonomistas. Diecisiete años más tarde, desde el sitio histórico de Baraguá, la invasión de Gómez y Maceo propagaría la inextinguible llama de la Protesta a todo lo largo y ancho de la Isla. El Pacto del Zanjón entrañaba, en realidad, una concesión a los grupos liquidacionistas del gobierno del Centro, que veían el triunfo de la lucha armada como algo totalmente irrealizable. Por otra parte, el Zanjón abría una brecha en las fuerzas sociales opuestas a la dominación colonial española. Nacía la posibilidad de entendimientos a todo trance, de una lucha miserable por las migajas del poder colonial. En carta memorable al mayor general Vicente García, de 5 de mayo de 1878, ya la pupila penetrante de Maceo avizoraba lo que se movía detrás del Pacto: «Las fuerzas de estas localidades calificaron lo pactado entre Camagüey y España como una rendición deshonrosa del primero a la segunda, sin que el honor de nuestras armas, los intereses de todos, la sangre derramada que debió fertilizar una idea, y por fin nuestra tradición gloriosa de 10 años, fuesen suficientes a contrarrestar con algunos intereses particulares, y con la venalidad de otros».

La idea de que la única salida para Cuba era la insurrección armada no podía ser enterrada por un grupo de oportunistas y confundidos. Si bien estos habían logrado arrastrar tras ellos a hombres de la calidad de Máximo Gómez, que consideraban que el Pacto era tan solo una tregua en la lucha armada, a Maceo en ningún momento lo pudieron engañar. El Zanjón distaba mucho de ser una tregua, era casi una rendición incondicional que al sembrar el derrotismo y la división imposibilitaría el inicio de las hostilidades en gran escala durante largo tiempo. Al mismo tiempo le daba a España la oportunidad de reponerse económica y militarmente de las grandes pérdidas que sufriera en la guerra Grande. Esto último fue comprendido por Maceo cuando le dijo vehemente al Dr. Félix Figueredo: «¿No comprende usted, amigo Figueredo, que cuando Martínez Campos propone o acepta una transacción, un arreglo, ha sido porque con su experiencia de lo que es esta guerra, estaba convencido que nunca nos vencería por las armas?».

Finalmente la capitulación daba pie a que las ideas evolucionistas y pacifistas de los autonomistas prosperasen, atrayendo y captando para su causa a capas de la sociedad objetivamente contrarias al dominio colonial. Años más tarde Maceo, en juiciosa y aguda carta dirigida a José A. Rodríguez, fechada el 1.º de noviembre de 1886, observaría el triste destino de la causa autonomista con punzante ironía: «Los autonomistas, queriendo girar en su verdadero campo de acción (la oratoria), y deseosos de llegar al fin de todos los cubanos deseado, prefirieron el parlamento a las armas, subdividiendo el partido cubano y la conveniencia de seguir unidos, quizás si llevados de las falsas promesas de Martínez Campos, pero dejémosles en su evolución de reincorporación a nuestro partido». En igual tenor, Maceo observaba en la misma carta la debilidad e impotencia de los autonomistas, «hijos naturales del fracaso» que creyeron «que era necesario recoger nuestra bandera, enterrada en el Zanjón, y no siendo ellos hombres de armas tomar, adoptaron

ese medio». Sin embargo, Maceo nunca se opuso a su reingreso en las filas del partido independentista, consideraba que, a través de la evolución pacífica, querían «la independencia de Cuba».

La historia de las guerras de independencia de América contra las metrópolis europeas enseñaba que España jamás renunciaría voluntariamente a la dominación de los pueblos que aún mantenía bajo su férula. Indudablemente que Maceo supo sacar acertadas conclusiones sobre la naturaleza rapaz e intransigente del colonialismo español, que le sirvieron de principio rector en la Protesta de Baraguá, mientras que muchos de los intelectuales del Gobierno del Centro, asistidos de una mayor erudición y de amplios conocimientos históricos, llegaron a creer que con Martínez Campos se abrían posibilidades de una evolución pacífica. De que en los días históricos de la Protesta, en la mente de Maceo estuvo presente todo el tiempo de experiencia histórica de las luchas armadas de las colonias de América contra las metrópolis, no nos cabe la menor duda. Basta leer la proclama «A los habitantes del Dpto. Oriental», fechada en mayo 25 de 1878, donde Maceo, después de fustigar la «dimisión desgraciada y nefanda» del Zanjón, invoca la presencia de los próceres victoriosos de las guerras de independencia contra las metrópolis: «Los grandes espíritus de Washington, Lafayette, y Bolívar, libertadores de los pueblos oprimidos, nos acompañan y están con nosotros, y creemos que nuestra obra de la regeneración la conseguiremos». Hasta qué punto tuvo Maceo conciencia de la naturaleza del colonialismo español nos lo va a demostrar la desconfianza total que siente por los liberales de las Cortes. Con razón Maceo estimaba que las libertades que estos predicaban eran exclusivamente para consumo local.

Condicionada por la ideología revolucionaria de Maceo y de Gómez, la estrategia de la guerra del 95 tiene como objetivos fundamentales: el Ayacucho cubano y la política de la tea. El Ayacucho significa la derrota militar

que destruya el grueso de las tropas españolas. La política de la tea incendiaria persigue hacer incosteable el mantenimiento del régimen colonial en Cuba, al destruir todas las riquezas del país. Ambos objetivos solamente se podían conseguir a través de la lucha armada.

ANTIMPERIALISMO CONSECUENTE

El antimperialismo de Antonio Maceo, como el de José Martí, nace de la visión realista y la comprensión acertada del proceso histórico del continente americano. El confrontamiento político entre las fuerzas del movimiento liberador nacional de Cuba y el naciente imperialismo norteamericano conforman poderosamente la ideología de los dirigentes revolucionarios cubanos. Ante las brillantes perspectivas de independencia económica y política que se presentan para el pueblo cubano, intercede ominosamente el imperialismo norteamericano. Como señalaba justamente Armando Hart, en su discurso en conmemoración de la caída del Titán, el 7 de diciembre de 1962: «Si la guerra Hispano-cubano-norteamericana fue, como dijo Lenin, la primera guerra imperialista de los Estados Unidos, habrá que llegar también a la conclusión de que la guerra de independencia de Cuba, fue el primer movimiento de carácter antimperialista en el mundo». Precursores de la lucha contra el imperialismo norteamericano, Maceo y Martí denunciaron los amagos intervencionistas del Gobierno norteamericano, hijo directo del capital financiero, que aspiraba a cobrar apoderándose de la soberanía y de la integridad territorial de la nación cubana.

Cuánta fue la fuerza y la agudeza de los juicios de Maceo con respecto al imperialismo norteamericano nos lo demuestra la respuesta tajante que le diera a un joven anexionista en 1890, cuando aún no se proyectaban sobre Cuba con todo su vigor las amenazas intervencionistas de Estados Unidos. Entonces, el único cubano que jamás se cansó de pelear contra España, el protestante

de Baraguá, el que había visto a sus hermanos de lucha y de sangre caer bajo el impacto de las balas españolas, le replicó al joven que pedía que «Cuba llegara a ser una estrella más de la rutilante constelación norteamericana»: «Creo, joven, aunque me parece imposible, que ese sería el único caso en que tal vez estaría yo al lado de los españoles».

Empezamos a tener evidencias más concretas de la posición de Maceo una vez iniciada la guerra del 95, cuando en el fragor de la lucha armada se hace necesaria la ayuda política, económica y de armamentos del extranjero. Es entonces, en las circunstancias más difíciles, cuando se prueba la confianza ilimitada de Maceo en los «propios esfuerzos», y su antimperialismo radical, opuesto a cualquier tipo de intervención que pueda menoscabar la soberanía cubana, y afectar el porvenir de la patria y de las futuras generaciones.

Cuenta el general Miró en sus *Crónicas de la Guerra* que a fines de octubre de 1895, después de designar Maceo a José Joaquín Castillo Duany para misiones diplomáticas cerca de Estados Unidos y las repúblicas hispanoamericanas para lograr el reconocimiento de la beligerancia, y obtener ayuda: «El General Maceo, que más fiaba en el apoyo de las repúblicas hispanoamericanas que en el coloso del Norte, proveyó a Castillo Duany con cartas de recomendación para algunos personajes influyentes en la política de aquellos países».

Es justo destacar a este respecto que a pesar de que Maceo rechazaba terminantemente cualquier tipo de intervención armada, aún no percibía con claridad los rejugos y componendas de los partidos políticos norteamericanos. Guiado por las erróneas informaciones y las tendenciosas campañas electorales de McKinley, llegó a creer que este, a diferencia de Cleveland, podría ayudar a la revolución «si dentro del derecho de gentes podemos conseguir todos los elementos que necesitamos». En otras palabras, que lo que Maceo necesitaba más que nada era que cesara la persecución a las actividades de

los cubanos en Estados Unidos. Sin embargo, en carta a Mr. Clarence King, de 27 de noviembre de 1896, reafirma su posición de lograr la independencia basada en los propios esfuerzos: «Tantas dificultades y embates no arredran, sin embargo, a nuestro sufrido ejército: avivan más bien su heroísmo y le infunden mayor fe, si cabe, en el definitivo triunfo de nuestras armas, para alcanzarlo por el diario y propio esfuerzo, medio seguro de victoria en toda empresa humana».

Si hasta entonces Maceo había sido partidario de que se hicieran gestiones para lograr el reconocimiento beligerante de los gobiernos de todas las naciones del continente, inclusive el de Estados Unidos, una serie de hechos en el mes de julio de 1896 iba a variar su actitud con respecto al reconocimiento norteamericano, y a radicalizar su posición antimperialista. Refiere Miró que el Generalísimo recibió varias cartas de cubanos residentes en los Estados Unidos «para anticiparle el suceso, venturoso para ellos, de la intervención armada de los Estados Unidos». «Esta idea —añadía Miró— y sobre todo el regocijo que despertaba en algunos espíritus la decisión final del pleito por la república del Norte, eran motivo de profunda inquietud para Maceo». Con la finalidad de desviar las gestiones por el reconocimiento de los Estados Unidos, escribió Maceo el 26 de julio de 1896 una carta dirigida al Dr. Alberto Díaz, en la que planteaba:

No me parece cosa de tanta importancia el reconocimiento especial de beligerancia, que a su logro hayamos de enderezar nuestras gestiones en el extranjero, ni tan proveedora al porvenir de Cuba la intervención norteamericana... Creo más bien que en el esfuerzo de los cubanos que trabajan por la independencia patria se encierra el secreto de nuestro definitivo triunfo, que solo traería aparejada la felicidad del país sin aquella intervención.

Y a los efectos de contrarrestar rápidamente la perniciosa corriente ingerencista que empezaba a formarse al

calor de los turbios propósitos imperialistas, Maceo escribió a Federico Pérez Carbó «para que fuera —según Miró— el vocero más autorizado entre los compatriotas que residían en el extranjero de la actitud inquebrantable de los insurrectos».

En esta carta-testamento Maceo resume en un breve párrafo lo esencial de su ideología política. En solamente tres frases condensa lo medular de su pensamiento, dejando sentado su independentismo insobornable, su intransigencia revolucionaria y su antimperialismo consecuente. Nada mejor que recoger la cita histórica: «De España jamás esperé nada; siempre nos ha despreciado, y sería indigno que se pensase en otra cosa. La libertad se conquista con el filo del machete, no se pide; mendigar derechos es propio de cobardes incapaces de ejercerlos. Tampoco espero nada de los americanos; todo debemos confiarlo a nuestros esfuerzos; mejor es subir o caer sin ayuda que contraer deudas de gratitud con un vecino tan poderoso».

JOSÉ MARTÍ Y EL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO

Uno de los aspectos menos conocidos de la vida de Martí es las condiciones en que surgió su liderazgo política. En el período histórico que corre desde 1878 a 1885 el movimiento revolucionario cubano contaba con una legión de veteranos de la guerra de los Diez Años, prestigiados y avalados por un historial brillante de heroísmos y sacrificios extraordinarios, capaz cualquiera de ellos de arrastrar tras sí a grandes sectores de la población en una nueva guerra contra España.

Empero, ninguno de estos hombres reunía en sí las condiciones indispensables para catalizar las fuerzas dispersas y contradictorias de la nación cubana en un programa común de lucha. Aun cuando la guerra de los Diez Años pudo haber continuado, sin contar con la ayuda de la emigración revolucionaria —como preconizaba Maceo—, a los efectos de iniciar de nuevo la contienda, el concurso bélico del exterior era decisivo. Del extranjero debían salir en expediciones armadas la mayoría de los jefes revolucionarios exiliados o deportados por el Gobierno español. La burguesía agraria cubana, desde tiempos de Aldama, había dejado de colaborar económicamente con la revolución. De ahí que el financiamiento

de las expediciones iba a recaer principalmente sobre la emigración revolucionaria de trabajadores, profesionales y pequeños propietarios.

El fenómeno de las emigraciones revolucionarias, de la nación errante que por razones políticas y sociales se ha visto precisada a abandonar la patria, cobra desde entonces un peso extraordinario en el acontecer cubano. Después del fracaso de la guerra Chiquita se hizo evidente que sin la organización militante y disciplinada de la emigración y la coordinación de los esfuerzos de los cubanos de dentro y de fuera de la Isla era punto menos que imposible el inicio exitoso de la guerra. Varios factores obstaculizaban el concierto de las voluntades.¹ Pero ante el indudable éxito logrado por el joven Martí, decidió «Calixto García dejarlo en New York, para que mientras él desembarcaba en Cuba para iniciar la guerra Chiquita, Martí se encargase de mantener encendido entre los emigrados el fervor patriótico. Los propósitos de la revolución debían ser conocidos por todos a los efectos de crear una sólida conciencia revolucionaria en las masas. “En revolución —dirá Martí— los métodos han de ser callados, y los fines públicos”».

Desde entonces toda la actividad política de Martí ha de estar orgánicamente vinculada a las emigraciones revolucionarias. No cabe la menor duda de que las masas trabajadoras de la emigración fueron la base política que contribuyó a que Martí se convirtiera en el jefe político de la revolución y la garantía más sólida del inicio exitoso de la revolución del 95. No obstante, pecaríamos de evidente miopía política al considerar a Martí solamente como un representante de la emigración laboriosa. El pensamiento de Martí, difundido por el Partido Revolucionario Cubano, lo convertiría en el jefe acatado y querido por todos los revolucionarios. Por eso cuidaría como la niña de sus ojos la unidad de todos los revolucionarios. «Dos alas tiene el ejército redentor de Cuba; y

1 Véase «La guerra Chiquita», pp. 101-116 en esta edición (*N. del E.*).

es oficio del gobierno español, oficio fino e infeliz de veras, el de meter el puñal de la desconfianza entre las dos alas», dirá Martí para combatir la propaganda divisionista enemiga, para afirmar luego: «Lo que la isla mande se hará. Y pronto, y bien...».

EL PARTIDO

Coronación de toda la actividad política de Martí entre los revolucionarios cubanos, el Partido Revolucionario Cubano no podía ser el producto de «la vehemencia pasajera, ni del deseo vociferador e incapaz, ni de la ambición temible; sino del empuje de un pueblo aleccionado, que por el mismo Partido proclama, antes de la república, su redención de los vicios que afean al nacer la vida republicana».

No podía ser tampoco el resultado «de una mesa de medias voluntades, aprovechado por un astuto aventurero, ya de un cónclave de intereses más arrastrados y regañones que espontáneos y unánimes, ya de un pecho encendido que inflama en pasión volátil a un gentío apagadizo». Su origen popular y sus fines perdurables serán explicados por Martí con las siguientes palabras: «Nació uno, de todas partes a la vez. Y erraría de afuera o de adentro, quien lo creyese extinguable o deleznable. Lo que un grupo ambiciona, cae. Perdura lo que un pueblo quiere. El Partido Revolucionario Cubano es el pueblo cubano».

Es en la fundación y organización de Partido donde se revelan con más claridad los propósitos genuinamente revolucionarios de José Martí. Ya no podrá decir: «me ha entrado horror a la palabra, como forma de vergüenza en que me tiene la infecundidad de mi existencia». Toda su actividad se verterá incontenible en la creación del instrumento liberador del pueblo cubano. Rechaza el dinero de origen turbio o el que entraña un compromiso para el futuro de la revolución, pues si «importa que el dinero sea abundante, importa más que lo den

manos honradas». Consecuentemente, «del dinero se ha de ver hasta la raíz, porque si nace impuro no da frutos buenos». Era programa de Martí lograr la independencia «sin compromisos inmorales con pueblo u hombre alguno». Todo esto nos hace pensar necesariamente que Martí no concibió el Partido solamente como un instrumento para liberar a Cuba de la dominación española, sino para transformar radicalmente la sociedad cubana. De los cuidados y prevenciones de Martí en que la pureza y ortodoxia del Partido se conserven no se puede inferir otra cosa.

Los consejos y advertencias que dicta a los diferentes cuerpos de consejo y asociaciones del Partido están en consonancia con su preocupación constante de que los militantes sean hombres plenamente convencidos e incorruptibles: «Los partidos que arrancan de la conciencia pública; los partidos que vienen a ser el molde visible del alma de un pueblo, y su brazo y su voz; los partidos que no tienen por objeto el beneficio de un hombre interesado, o de un grupo de hombres, —no se han de organizar con la prisa indigna y artificiosa del interés personal, sino, como se organiza el Partido Revolucionario Cubano, con el desahogo y espontaneidad de la opinión libre». No se trata de formar un partido para llevar rápidamente al poder a un grupo de aventureros por un golpe de suerte, ni de crear un consorcio de oportunistas que vivan de las migajas del poder colonial, sino de crear un partido que funde un pueblo. Se necesitaban militantes convencidos de la causa revolucionaria, de ahí que «Allí donde hubiera —que no ha habido— alguna duda que aclarar, no debió apremiarse la adhesión, sino dar tiempo al esclarecimiento pleno de la duda».

El Partido no debía suplicar tampoco el ingreso de patriotas honrados y de personalidades revolucionarias que se mostraran adversos a la organización por estar confundidos: «Allí donde pudiera suponerse que la malignidad humana o la enemistad, o el entusiasmo inquieto y descompuesto, pretendían —que no han

pretendido— trastornar la organización naciente, no se debía limosnear la adhesión de los patriotas honrados, sino fiar en su honor y dejar en sus manos la tarea de evitar el trastorno». La labor perseverante y callada de captar a buenos cuadros para la organización es superior al aspaviento y a la jactancia bulliciosa: «El bullicio no es la organización. El aparato no satisface a los hombres reales. Ganar un alma en la sombra, un alma que se purga y se vence, un alma que peca y se avergüenza, es más grato, y más útil al país, que caracolear y levantar el polvo». No se funda un pueblo, ni su partido, para hoy, sino para mañana: «Ni un momento perdido, ni un momento apresurado. Apresurar es perder. Lo que importa es que todos los cubanos buenos, todos los cubanos activos, se junten con libertad y sinceridad. No es racha lo que levantamos, sino ejército».

Lo fundamental no es la cantidad de militantes, sino su calidad: «No es el número de clubes lo que importa, sino el ardor de su patriotismo, su magnanimidad y prudencia, su economía administrativa, el empuje y honradez de sus miembros. Unos cuantos pilares, con tal que sean firmes, sostienen una vasta bóveda».

Poco importa el fin que persiga un partido si en él no hay la organización y disciplina, la unidad de pensamiento y acción a que debe aspirar un verdadero organizador hábil en el arte de mandar y de hacerse obedecer. En ese sentido Martí llegó a crear un sólido vínculo entre la dirección revolucionaria y su masa. Una anécdota que refleja fielmente la compenetración que llegó a crearse entre las masas y sus dirigentes es el diálogo que se estableció entre Gonzalo de Quesada y el auditorio tabaquero que lo escuchaba en Cayo Hueso en los días preparatorios de la expedición de la Fernandina. Quesada, que necesitaba colectar urgentemente una alta suma de dinero, les preguntó a los trabajadores si les debía decir dónde estaban las armas compradas con el dinero de la emigración. Al obtener unánimemente de la masa una respuesta negativa, provocó una ovación estruendosa con

estas palabras: «¡Las armas están en la conciencia de cada uno de vosotros!».

LAS BASES

Las bases del Partido Revolucionario Cubano fueron definitivamente redactadas el 5 de enero de 1892. El Partido se constituye, concretamente, para lograr la independencia absoluta de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico; ordenar dentro de una guerra generosa y breve encaminada a asegurar en la paz y el trabajo la felicidad de los habitantes de la Isla; unir los elementos de revolución existentes; allegar los fondos necesarios para la guerra sin compromiso inmoral con hombre o apoyo alguno; y cumplir en la vida histórica del continente los deberes difíciles que su situación geográfica le señala (nótese la alusión a las dificultades que prevé dada la vecindad geográfica de Cuba con los Estados Unidos); fundar un pueblo nuevo y de sincera democracia capaz de vencer los peligros de la libertad de una sociedad compuesta para la esclavitud, restaurar la hacienda pública; y salvar al país de los peligros internos o externos que lo amenacen.

El Partido lo componen el delegado, los cuerpos de consejo y las asociaciones que eran los antiguos clubes revolucionarios de la emigración; dentro del Partido existía una democracia centralizada. El delegado, así como los jefes de los diversos cuerpos de consejo, eran electos anualmente. La destitución del delegado solo podía lograrse con la totalidad de votos de los ocho cuerpos de consejo. Esto impedía cualquier labor fraccionalista dentro del Partido, y le facilitaba a Martí la tarea de «juntar virtudes y descabezar traiciones». Los dirigentes tendrán una gran libertad de acción que no afectará la disciplina que le deben al jefe acatado y libremente electo por todos. La mayoría de los jefes del consejo eran hombres de extracción humilde, emigrados por razones políticas y sociales, que se sustentaban por medio de su trabajo y llevaban en el exilio una vida de decoro y de humildad.

LA UNIDAD REVOLUCIONARIA

Martí había tratado por todos los medios que en el Partido no se infiltrara el espíritu de discordia y rivalidad existente entre los veteranos de la guerra del 68. Nadie como Martí admiraba y exaltaba los extraordinarios méritos y virtudes de los jefes militares cubanos. Sin embargo, las pugnas nacidas al calor de la guerra y de circunstancias históricas determinadas habían sido un obstáculo con el cual había chocado invariablemente Martí en su labor unificadora.

El Pacto del Zanjón y el fracaso de la guerra Chiquita gravitaban seriamente sobre el movimiento revolucionario. Muchos de los firmantes del Zanjón proyectaban su derrotismo sobre la emigración revolucionaria. Por otra parte, un grupo nada despreciable de los veteranos recibía de las actividades de Martí y de los emigrados que por diversas razones no habían podido combatir con las armas en la mano en los campos de Cuba Libre.

Contra unos y contra otros tuvo que romper lanzas Martí en la polémica que sostuvo con Enrique Collazo:

¿Y no ha oído en estos días —decíale Martí a Collazo— a miles de hijos de Cuba proclamar, sin una sola voz de disenso, ni de rico ni de pobre, ni de negro ni de blanco, ni de patriota de ayer ni de patriota de hoy, ni de hombre de guerra ni de hombre de paz, que «el Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto llevar a Cuba una agrupación victoriosa que considere la Isla como su presa y dominio, sino preparar, con cuantos medios eficaces le permita la libertad del extranjero, la guerra que se ha de hacer para el decoro y bien de todos los cubanos, y entregar al país la patria libre»?

Y efectivamente toda la actividad proselitista clandestina y recaudadora del Partido estaba encaminada a poner en las manos de los veteranos los medios efectivos para lograr la liberación de Cuba.

De ahí que en la organización política del Partido solamente hubiera tres jefes militares de prestigio, Serafín Sánchez, Félix Figueredo y Emilio Núñez, hasta que Martí concierte con Gómez y Maceo los planes para la guerra. Una vez organizado el Partido, la labor fundamental del delegado era obviamente la preparación del ejército que debía armar y organizar con los veteranos; por eso el 29 de junio de 1892, Martí ordena a los presidentes de los cuerpos de consejo que reúnan a la mayor brevedad posible a todos los jefes militares graduados, sobre cuál debe ser el jefe con quien la delegación tenía que entenderse para poner en sus manos, dentro del plan general, la ordenación militar del Partido. Y en el mes de agosto llega la respuesta de las asociaciones: «por mayoría que raya en unanimidad los militares eligieron al Mayor General Máximo Gómez para encabezar la organización militar revolucionaria». Era la consagración de Martí como la mejor cabeza política de Cuba. Como acertadamente señala Griñán Peralta, «gracias a su genio revolucionario empieza a organizarse el Ejército Libertador, no como un ejército militar, sino como un ejército político creado por el Partido en el mismo curso de la lucha». Y lo que es más importante, bajo la dirección del Partido, de la nueva dirección revolucionaria encabezada por José Martí, representante genuino de las capas más explotadas de la sociedad colonial.

EL MILAGRO DE MARTÍ

El milagro de Martí consistió en haber logrado lo que los más preclaros, valientes y prestigiosos jefes revolucionarios, reconocidos por el pueblo de Cuba, no habían podido lograr: la unidad de acción de todos los revolucionarios. Toda una serie de circunstancias adversas parecían conjugarse contra sus propósitos. Su extrema susceptibilidad, su temperamento demasiado fogoso, sus aficiones literarias, su quebrantada salud, el hecho de ser prácticamente un desconocido en la Isla y de

no haber podido servir a su patria con las armas, eran obstáculos nacidos de una serie de circunstancias personales que parecían insalvables. Sin embargo, su fe, su convicción y su entrega total a la causa hicieron posible la culminación de su obra.

Empeñado en cumplir lo que consideraba un imperativo moral y a la vez una necesidad política para servir mejor a su patria, trató de superar el último de los obstáculos que se le presentaba combatiendo con las armas en Cuba Libre. Fiel a las palabras que pronunciara un 10 de Octubre de 1890, en Nueva York, encontró la muerte en los campos de Dos Ríos.

Vale la pena recordar lo que dijo aquel día ante una patriótica concurrencia de delegados revolucionarios:

El hombre de actos solo respeta al hombre de actos. El que se ha encarado mil veces con la muerte, y llegó a conocerle la hermosura, no acata, ni puede acatar, la autoridad de los que temen a la muerte. El político de razón es vencido, en los tiempos de acción, por el político de acción; vencido y despreciado, o usado como mero instrumento y cómplice, a menos que, a la hora de montar, no se eche la razón al frente, y monte. ¡La razón, si quiere guiar, tiene que entrar en la caballería! y morir, para que la respeten los que saben morir.

INTERNACIONALISMO REVOLUCIONARIO Y ANTIMPERIALISMO DE MARTÍ

José Martí fue uno de los pocos escritores revolucionarios de América que tuvo la suerte de presenciar en calidad de testigo excepcional el violento y convulso nacimiento del imperialismo norteamericano. Por largos años había vivido «en las entrañas del *monstruo* revuelto y brutal que nos desprecia», registrando su afinada sensibilidad humana y su alerta pupila política el proceso de gestación del moderno imperialismo norteamericano.

Sin embargo, es justo consignar que la visión martiana del imperialismo no había llegado a su total desarrollo. Y es que a fines del siglo XIX no existían suficientes elementos de juicio sobre la estructura económica que se empezaba a formar en la sociedad norteamericana, ni se podían prever las posibles variantes de desarrollo social que esta sufriese. Por otra parte, es necesario recordar que Martí no tuvo una concepción marxista de la sociedad, a pesar de haber expresado en varias ocasiones su simpatía por Marx.¹ Diferencias de idioma, temperamento y cultura (insalvables por aquella época para

1 «Karl Marx ha muerto. Como se puso del lado de los débiles, merece honor»: José Martí, *Obras completas*, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1965, t. IX, p. 388.

Martí) impidieron que este se acercara más a los obreros marxistas de procedencia alemana y rusa que hacían propaganda revolucionaria en los Estados Unidos. A este respecto es sumamente revelador y significativo el artículo que fechara el 29 de marzo de 1883 para el periódico *La Nación*. De igual modo, desempeñó también un papel importante en el proceso de formación ideológica de José Martí el hecho de que este procediera de una sociedad en la cual la clase obrera como tal estuviera en una etapa embrionaria. Consecuentemente, la ideología de la clase obrera cubana era sumamente incipiente y tenía una escasa influencia en los demás sectores de la población. Estas son apreciaciones objetivas que hacemos de la realidad colonial cubana, pero después de releer los escritos políticos de Martí en sus últimos cinco años de vida, no nos atrevemos a hacer un juicio definitivo sobre el grado de evolución de su pensamiento político concretamente, y mucho menos, sobre su actuación de haber llegado vivo a la proclamación de la República. Hay tantas sugerencias, tantas insinuaciones de que Martí, por prudencia política, se había callado gran parte de las ideas que tenía para poner en ejecución, una vez consumado el triunfo revolucionario, que no nos arriesgamos a emitir un juicio apresurado. La historia es una ciencia y debemos atenernos siempre a los hechos concretos, aunque estas sugerencias nos sirvan para no agotar la investigación histórica en torno a José Martí.

Los hechos que mencionamos un poco más arriba no fueron un obstáculo para que los juicios emitidos por Martí tengan en la actualidad una validez histórica universal. La pasión e indignación moral con que condenó al imperialismo norteamericano, solo tiene paralelo en la literatura política con el lenguaje empleado por Carlos Marx para denunciar las lacras del capitalismo europeo.

Las geniales previsiones políticas martianas tienen también el alcance y la profundidad histórica de muchas de las predicciones de los fundadores del materialismo científico. La extraordinaria precisión con que Martí

delineara los contornos de la futura batalla entre nuestra América y la *otra* América, la nitidez con que predice que no pasarán treinta años de haber logrado Cuba la independencia política sin que se tenga que pelear por la independencia económica, nos hacen comprender que Martí fue un visionario de su época. ¿Marxista? No. ¿Un profeta elegido? Tampoco. Simple y sencillamente un hombre que penetró en los acontecimientos de su época, por representar integral y genuinamente a su pequeña nación explotada, frente al naciente coloso imperialista.

Por haber sido un revolucionario radical de su tiempo a Martí se le hace más fácil ver con años de anticipación los futuros acontecimientos. Definiéndolo con sus propias palabras, diremos: «A la raíz va el hombre verdadero. Radical no es más que eso, el que va a las raíces. No se llame radical quien no vea las cosas en su fondo. Ni hombre quien no ayude a la seguridad y dicha de los demás hombres». No estaba Martí atado a ningún interés mezquino, a ningún privilegio, no era tampoco (para usar sus palabras de nuevo) «un revolucionario suave» de esos que «los ricos juegan con ellos como si fueran globos de papel». Solo se debía a la patria soñada, libre e independiente «tanto de España como de Estados Unidos». Por eso no temía proclamar la verdad, y pudo prever el inevitable conflicto entre la otra América, pujante y expansionista, y nuestra América, débil y dividida; conflicto que es una de las mayores contradicciones de la sociedad moderna.

Cuando nos referíamos a la entrega total de Martí a la causa de su patria, teníamos en cuenta lo que esta significaba para él: «Patria es humanidad, es aquella porción de la humanidad que nos toca más de cerca y nos vio nacer». No había en Martí nacionalismo estrecho, ni chauvinismo burgués; la revolución era la gran necesidad histórica de su país, que con Puerto Rico, eran las dos últimas colonias sometidas al dominio español en América. Por eso reivindicaba la independencia de Puerto

Rico y Cuba para el patrimonio de los pueblos libres de América, de igual modo que hoy reivindicamos la independencia de nuestra América del imperialismo norteamericano, para el patrimonio de los pueblos libres del mundo, para el socialismo. Por eso jamás vio los problemas de Cuba aisladamente de los problemas de América. Cuba y Puerto Rico no podían convertirse, según Martí, en «mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder, mero fortín de la fortaleza norteamericana».

Como colofón de su internacionalismo revolucionario, de su noble solidaridad humana, trataba de asegurar la independencia de Cuba y Puerto Rico «frente a la codicia posible de un vecino fuerte y desigual, la independencia del archipiélago feliz que la naturaleza feliz puso en el nudo del mundo y que la historia abre a la libertad». Sus últimas palabras, dirigidas a Manuel Mercado el 18 de mayo de 1895, recogen la preocupación perenne de que Cuba y Puerto Rico no se conviertan en bases para la agresión a nuestra América:

[...] ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América».

Y confesándose al amigo querido y lejano le declara:

Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

Sin embargo, la apremiante conciencia de la necesidad de evitar la ulterior expansión imperialista se asoma en casi todos los trabajos de Martí. Múltiples son las citas que pudiéramos hacer al respecto, pero nos conforma-

remos con traer a colación la siguiente frase, que escribió en breve artículo sobre Domingo Estrada en 18 de junio de 1892: «Pelemos en Cuba para asegurar con la nuestra la independencia hispanoamericana». No hacernos solidarios con las luchas heroicas de los pueblos latinoamericanos, para contentar al imperialismo, sería traicionar lo más medular del pensamiento martiano. Dejar de sustentar, apoyar y calorizar las tesis justas del Movimiento de Liberación de Venezuela, significa igualmente traicionar el internacionalismo revolucionario martiano. Jamás dejaremos de respaldar moralmente a nuestros hermanos latinoamericanos, que han emprendido una lucha a muerte contra el imperialismo norteamericano, pese a las coacciones y amenazas de este.

Pero, al mismo tiempo que Martí destacaba la solidaridad internacional, resaltaba con igual énfasis la necesidad de desarrollar nuestra originalidad, de impedir que en nombre de las ideas del progreso, que nos venían de la revolución burguesa de Francia y de la revolución industrial y técnica de los Estados Unidos e Inglaterra, se diera muerte a lo autóctono y al espíritu creador de nuestros pueblos:

Ni el libro europeo, ni el libro yanqui, daban la clave del enigma hispanoamericano. Se probó el odio, y los países venían cada año a menos. Cansados del odio inútil, de la resistencia del libro contra la lanza, de la razón contra el cirial, de la ciudad contra el campo, del imperio imposible de las castas urbanas divididas sobre la nación natural, tempestuosa o inerte, se empieza, como sin saberlo, a probar el amor. Se ponen en pie los pueblos, y se saludan. «¿Cómo somos?» se preguntan; y unos a otros se van diciendo cómo son. Cuando aparece en Cojímar un problema, no van a buscar la solución a Dantzig. Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que

se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino!

En su luminoso ensayo *Nuestra América*, publicado en México, el 30 de enero de 1891, se encuentra un llamado a resolver con nuestros elementos naturales, con nuestros propios esfuerzos, sin rechazar lo bueno y positivo que llegue del exterior, nuestros problemas:

Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas.

La referencia a Grecia les viene al dedillo a los que quieren estudiar solamente la historia y las experiencias de otros países, antes de partir de nuestras realidades para resolver nuestros problemas.

En el ensayo sobre nuestra América, Martí también invoca al advenimiento del hombre natural, para que gobierne nuestros pueblos y lo dirija de acuerdo con nuestras realidades nacionales. Tomarían sesenta y siete años de nuestra historia para que con el triunfo de la Revolución socialista se produjera ese advenimiento:

Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. El hombre natural es bueno, y acata y premia la inteligencia superior, mientras

esta no se vale de su sumisión para dañarle, o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recobrar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés. Por esta conformidad con los elementos naturales desdeñados han subido los tiranos de América al poder; y han caído en cuanto les hicieron traición. Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador.

Indiscutiblemente, Martí debió de conocer la definición del imperialismo de viejo tipo, que Enrique José Varona expusiera en su conferencia de 1905 *El imperialismo a la luz de la Sociología*, de «crecimiento o integración de un grupo humano, cuando llega expresamente a tener la forma de dominación política, sobre otros grupos diversos, de distinto origen, próximos o distantes del núcleo principal». ² No cabe la menor duda de que Martí hizo hincapié en este aspecto del imperialismo de viejo tipo, tal cual era concebido con anterioridad a la definición científica de Lenin. La mayor parte de sus denuncias contra el imperialismo hacían referencia al expansionismo territorial, antes que a la exportación de capitales, fenómeno característico del imperialismo moderno.

Típica de este género de propaganda antimperialista es la siguiente denuncia que hace Martí: «En nuestra América no puede haber Caínes. ¡Nuestra América es una!, pero la otra América se negó a firmar el proyecto que declara eliminada para siempre la conquista del derecho público americano. Luego sofocada consintió en declarar eliminada la conquista del derecho público americano». En aquella época la forma típica de manifestarse del capitalismo era a través de la conquista abierta

2 Esta idea la debo a Emilio Roig de Leuchsenring, que la plantea y desarrolla en su ensayo *Martí antimperialista*.

de territorio de otros países; todavía la penetración económica, por la vía sutil de las inversiones que traían «progreso y bienestar para los pueblos latinoamericanos», no era el método más usual. Pero esto no fue obstáculo para que Martí, con su aguda penetración, registrara en sus diferentes crónicas y reportajes, sin llamarlo por su nombre, el rasgo fundamental del imperialismo moderno: la exportación del capital. Así va a criticar fuertemente la política de cohecho y coacción empleada por los inversionistas yanquis de los Ferrocarriles de México. No hará ninguna generalización científica sobre las inversiones de dólares en Latinoamérica, ni señalará que este será el método que emplearán los imperialistas en América Latina, pero observará el fenómeno, aunque sin tener una comprensión cabal de los peligros que encerraba.

Lo que sí aparece para Martí como una constante de la economía norteamericana (y en esa época era todavía el rasgo fundamental), es la exportación de productos. Así va a describir esta característica de la economía capitalista norteamericana acentuando todos sus aspectos negativos: «Aquí se ha montado una máquina más hambrienta que la que puede satisfacer el universo ahíto de productos. Aquí se ha repartido mal la tierra; y la producción es desigual y monstruosa, y la inercia del suelo acaparado, dejan al país sin la salvaguardia del cultivo distribuido, que da de comer cuando no da para ganar. Aquí se amontonan los ricos de una parte y los desesperados de otra». Profundizando un poco en las relaciones comerciales del país capitalista y los países coloniales, afirmaba Martí: «Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio, para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir, vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse, vende a más de uno». Y de una forma aún más concreta, refiriéndose también a las relaciones comerciales entre los países capitalistas y las colonias, dice: «Los pueblos que están aún en los vuelcos de la gestación, no pueden unirse

sin peligro con los que buscan un remedio al exceso de productos de una población compacta y agresiva, y un desagüe a sus turbas inquietas, en la unión con los pueblos menores». Todas estas nociones sobre el capitalismo como exportador de productos, que quiere imponerlos a otras naciones, las desarrollará Martí ampliamente en el Congreso Interamericano de Washington, donde desmascarará los propósitos siniestros del imperialismo.

En artículo para *La Nación*, de noviembre 2 de 1889, Martí va a señalar explícitamente la verdadera naturaleza de la convocatoria de los Estados Unidos al Congreso:

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.

Si las predicciones de Martí han sido confirmadas por la historia, creemos que se debe a que él pudo identificar la célula de la sociedad capitalista, supo captar cuál era el peor de los vicios humanos: el egoísmo. De ahí que nos llamara a luchar denodadamente «contra el mayor de todos los peligros para el hombre, que es el empleo total de la vida en el culto ciego y exclusivo de sí mismo».

LA ASAMBLEA DE JIMAGUAYÚ

Asiete meses escasos de haberse dado el grito de Baire, que señalaba el inicio de la última de nuestras gestas por la independencia del poder colonial español, se imponía la necesidad de que se constituyera un gobierno que representara a las fuerzas revolucionarias en todo el país. Las ideas de José Martí, Antonio Maceo y Salvador Cisneros Betancourt sobre la forma que habría de tener el Gobierno de la República en Armas ejercerían una notable influencia sobre los representantes de los cinco cuerpos de Ejército encargados de redactar la Constitución de Jimaguayú y de asentar sobre bases jurídicas las relaciones del Estado revolucionario.

La iniciativa de convocar una asamblea de representantes de todos los grupos en armas le correspondió a José Martí, que tan pronto desembarcó en tierras cubanas se dio a esa tarea. Ante esa asamblea quería deponer la autoridad que le había otorgado el Partido Revolucionario Cubano. Allí, según pensaba, debía determinarse el tipo de gobierno que asumiría la revolución.

El criterio de Martí sobre las bases en que debía sustentarse el poder político revolucionario —aunque no definido de un modo tajante— aparece en las páginas de

su diario de campaña correspondiente al 5 de mayo de 1895, cuando revela sus discrepancias con Antonio Maceo al respecto:

Maceo y Gómez hablan bajo, cerca de mí: me llaman a poco, allí en el portal: que Maceo tiene otro pensamiento de gobierno: una junta de los generales con mando, por sus representantes, —y una Secretaría General: —la patria, pues, y todos los oficios de ella, que crea y anima al ejército, como Secretaría del Ejército. Nos vamos a un cuarto a hablar. No puedo desenredarle a Maceo la conversación: «¿pero usted se queda conmigo o se va con Gómez?». Y me habla, cortándome las palabras, como si fuese yo la continuación del gobierno leguleyo, y su representante. Lo veo herido —«lo quiero —me dice— menos de lo que lo quería» —por su reducción a Flor en el encargo de la expedición, y gasto de sus dineros. Insisto en deponerme ante los representantes que se reúnan a elegir gobierno. No quiere que cada jefe de operaciones mande el suyo, nacido de su fuerza: él mandará los cuatro de Oriente: «dentro de 15 días estarán con usted, y serán gentes que no me las pueda enredar allá el doctor Martí».

Y añade: «En la mesa, opulenta y premiosa, de gallina y lechón, vuélvese al asunto: me hiere, y me repugna: comprendo que he de sacudir el cargo, con que se me intenta marcar, de defensor ciudadanesco de las trabas hostiles al movimiento militar. Mantengo, rudo: el Ejército, libre, —y el país, como país y con toda su dignidad representado». Del contexto general del párrafo se deduce que el criterio de Martí no estaba reñido con la idea de que los jefes militares pudieran determinar libremente las operaciones de guerra, mientras que el criterio de Maceo excluía la existencia de un gobierno civil. La oposición del Titán a la idea de un gobierno de civiles que ostentara la suprema representación de la revolución se fundaba en la amarga experiencia de la guerra de los

Diez Años. Quiere Maceo un gobierno fuerte, centralizado y dirigido por hombres probados en la guerra, que no le hagan concesiones al enemigo. Su incomprensión hacia Martí tiene como base el desconocimiento mutuo. No puede menos que tener presente que cuando se negó a organizar la expedición que debía traerlo a Cuba desde Costa Rica, por considerar que la cifra de dinero que le enviara Martí era irrisoria, este, obligado por las circunstancias, se vio precisado a designar a Flor Crombet como jefe de la expedición. En esta expedición no embarcaría Maceo como un subordinado más. No puede olvidar tampoco Maceo que en 1884 Martí se había separado de los preparativos de Gómez de reanudar la guerra en Cuba por entender que el gobierno que rigiera los destinos de la revolución debía ser netamente civil. Estas discrepancias en torno al carácter del poder político de la revolución se iban a reflejar en la Asamblea de Representantes.

Consciente Maceo, después de la caída gloriosa del Apóstol en Dos Ríos, de que la mayoría de los representantes de los cuerpos de Ejército se inclinaban a aceptar las fórmulas de Salvador Cisneros Betancourt, que propugnaba, a diferencia de Martí, la constitución de un gobierno civil que tuviera amplias facultades para intervenir en los asuntos militares, se consideró en el deber, según afirma José Miró Argenter, «de tomar la iniciativa en la labor preparatoria de la asamblea constituyente». A esos efectos propició una reunión en Bijarú, distrito de Holguín, para que los representantes del cuerpo de Ejército que mandaba, tomaran acuerdos sobre las proposiciones que habrían de llevar a la Asamblea. Conocedor de que los representantes compartían sus puntos de vista, no quiso participar en la reunión para que no se entendiera que con su presencia había querido influir sobre las determinaciones particulares de los demás. Por su parte, los restantes cuerpos de Ejército, correspondientes a Las Villas, Camagüey y la región de Oriente, que mandaba Bartolomé Masó, eligieron sus

representantes para la Asamblea Constituyente cuyas sesiones se habrían de iniciar el 13 de septiembre de 1895 en Jimaguayú.

Antes de pasar a relatar los apasionados debates que se suscitarían en Jimaguayú, estimamos conveniente hacer referencia a un hecho que tuvo una importancia vital en las decisiones tomadas por los asambleístas. De los veinte representantes de los cuerpos de Ejército, trece pertenecían a la intelectualidad de la clase media cubana (médicos, periodistas, abogados, etc.). Asimismo, la mayoría pertenecía a la nueva generación revolucionaria, sin experiencia alguna de guerra, por no haber podido participar por razón de edad en la contienda de los Diez Años. Estas circunstancias determinaban que los constituyentistas, con excepción de la delegación del Tercer Cuerpo bajo la influencia de Maceo, fueran partidarios de un gobierno civil, en el cual pudieran poner en práctica sus generosos ideales y su capacidad intelectual, aun cuando estuvieran un tanto desasidos de la realidad de la guerra. A esta actitud contribuía de un modo decisivo Salvador Cisneros Betancourt, que, llevado por sus prejuicios clasistas contra Antonio Maceo, apelaría a las mismas astucias que había empleado en la guerra de los Diez Años contra Carlos Manuel de Céspedes, atribuyéndose representar la democracia y acusando a sus enemigos de una marcada tendencia a la dictadura. Estas imputaciones hallaron eco entre los representantes que miraban con aprensión a los jefes militares, temerosos de que estos, después de lograr la independencia de Cuba, instauraran, a semejanza de los caudillos militares latinoamericanos, un régimen dictatorial. Sin embargo, estos temores eran completamente infundados. Las revoluciones latinoamericanas por la independencia habían desembocado en dictaduras nacionales de tipo terrateniente porque sus dirigentes procedían de esa clase social. No se podía concebir que los dirigentes militares de la revolución cubana, de extracción popular y de convicciones democráticas profundamente arraigadas,

favorecieran la implantación de una dictadura reaccionaria. Se confundían los procedimientos enérgicos que se veían precisados a emplear los jefes militares en una guerra a muerte contra el enemigo, con una tendencia al despotismo político.

La primera evidencia del carácter que tendría la Asamblea Constituyente se hizo manifiesta cuando se leyó el proyecto de Constitución presentado por la delegación del Tercer Cuerpo, que encabezaba el impetuoso abogado santiaguero Rafael M. Portuondo. La tesis militarista de la proposición de Portuondo estaba concretada en los siguientes artículos del proyecto:

Art. 1.º El gobierno de la Revolución residirá en una junta compuesta de un Presidente, un Vicepresidente y cuatro Secretarios de despacho que serán, Guerra, Hacienda, Interior y Exterior.

Art. 4.º La Junta intervendrá solamente en la dirección de las operaciones militares cuando a su juicio fuese absolutamente necesario para la realización de altos fines políticos.

Art. 13.º Del Presidente: Será el Generalísimo del Ejército y dirigirá y ejecutará libremente las operaciones militares con la limitación establecida en el Art. 4.º

Art. 15t.º Del Vice-Presidente: El Vice-Presidente será el segundo Jefe del Ejército y sustituirá en la Presidencia de la Junta y en la Jefatura del Ejército en caso de vacante de este puesto por incapacidad, muerte o cualquier otra causa al Presidente.

La proposición de la delegación oriental ponía al resto de los representantes en la alternativa de designar al general Máximo Gómez, que ostentaba el cargo de Jefe del Ejército, presidente del Consejo de Gobierno, y a Antonio Maceo, por ser el jefe militar más destacado después de Gómez, vicepresidente, o designar a civiles sin aptitudes militares presidente y vicepresidente del Consejo de Gobierno respectivamente y hacerlos al mismo tiempo

general en jefe y lugarteniente general del Ejército. Apenas terminada la lectura del proyecto usó de la palabra Fermín Valdés Domínguez, el «hermano del alma» de Martí, que hizo suya la tesis del Apóstol, para manifestar su conformidad en cuanto al articulado en general de la proposición, pero rechazando la idea de conferir al presidente y al vicepresidente del Consejo respectivamente los cargos de general en jefe y lugarteniente general del Ejército. Los sustentadores de las dos tendencias en que estuvo dividida la asamblea pronunciaron discursos encaminados a sostener sus respectivos puntos de vista, hasta considerar suficientemente discutido el particular. Según las actas de esta segunda sesión de la Asamblea Constituyente la posición que adoptaron los diversos oradores que hicieron uso de la palabra fue la siguiente:

El ciudadano Castillo opina que siendo hoy el pueblo en armas el que ha de nombrar el Gobierno, los dos jefes superiores del Ejército deben ocupar los dos primeros puestos civiles.

El ciudadano Loynaz apoya la opinión del ciudadano Valdés Domínguez, manifestando que prevé peligros para el porvenir de Cuba concediendo al Presidente los mandos civil y militar y no cree surjan conflictos entre uno y otro elemento al estar separados.

El ciudadano Portuondo contesta que el peligro consistía en que el pueblo se acostumbrase a ver debilidad en el Gobierno como resultaría al estar separados los dos mandos.

Habla el ciudadano García Cañizares en apoyo de Valdés Domínguez, agregando que no creía justo que en el siglo XIX se impusiera el cesarismo.

El ciudadano Portuondo manifiesta que su proposición salva ese peligro y robustece a la vez la Junta de Gobierno.

El ciudadano Manduley apoya lo sostenido por Valdés Domínguez.

El ciudadano Mariano Sánchez se muestra conforme con la proposición de Portuondo, aduciendo que solamente existe, constituido, el Ejército.

El ciudadano Vivanco refuta lo sostenido por Sánchez y sostiene que para la constitución del Gobierno debe tenerse en cuenta la existencia del pueblo cubano y no solamente el Ejército pidiendo como consecuencia la separación de mandos.

El ciudadano Valdés Domínguez ratifica su proposición y aduce nuevos argumentos.

El ciudadano Pina pide, una vez aclarado el particular, que se someta a votación.

Hecha esta, resultaron quince votos en favor de la división de mandos, y cinco en pro de la proposición de Portuondo.

Pero en la tercera sesión, que se efectuó al siguiente día, Valdés Domínguez, doliéndose de que tomara cuerpo el rumor de que el acuerdo adoptado por la Asamblea, sobre exclusión del Jefe del Ejército del Consejo de Gobierno, pudiera acarrear graves peligros para la patria, rogó a la minoría que presentara alguna fórmula conducente a una avenencia que disipara la más ligera sombra capaz de oscurecer el porvenir. En realidad, el prestigio militar y político de Máximo Gómez y Antonio Maceo eran de tal naturaleza, que aun cuando se decretó la división de mandos por la Asamblea, los civilistas a ultranza no se atrevieron a tocar ninguna de las facultades que le correspondían al jefe del Ejército. Después de una prolongada pugna entre los partidarios de civilistas y militaristas se había llegado a la fórmula elástica y conciliadora que sostuvo Martí: «El Ejército, libre, —y el país, como país y con toda su dignidad representado». Se había atendido a la necesidad de que los jefes militares pudiesen determinar libremente las operaciones en todo el territorio, y al mismo tiempo se había estructurado un poder civil que pudiera representar nacional e internacionalmente a la revolución.

PLATTISMO Y ANTIMPERIALISMO EN LOS INICIOS DE LA REPÚBLICA

El 12 de agosto de 1898 se firmaba el tratado de paz entre España y los Estados Unidos en virtud del cual la dominación española cesaba en la isla de Cuba. Basados en el derecho que nace de la fuerza, los Estados Unidos echaban los cimientos del régimen interventor en nuestra patria. Las medidas que viabilizaron la instauración del espurio e ilegal gobierno interventor fueron: (1) La ocupación militar del territorio nacional con un ejército norteamericano de 50 000 hombres; (2) La disolución del ejército mambí, del ejército revolucionario del pueblo cubano. Los Estados Unidos, para llevar a cabo la consumación de esta situación de facto, e ilegítima, se valieron de todas las brechas existentes entre los representantes de la Cuba revolucionaria. Las discrepancias entre el general en jefe del Ejército Libertador, Máximo Gómez, y la Asamblea del Cerro fueron atizadas al máximo por los políticos imperialistas.¹

1 Este proceso de división, que condujo a la liquidación del ejército mambí, es estudiado ampliamente por Sergio Aguirre en un artículo que publicara en la revista *Cuba Socialista*, de diciembre de 1963, con el título de «La desaparición del Ejército Libertador».

Con la intervención militar de Cuba los Estados Unidos estrenaban una política que sería consustancial al imperialismo, como etapa superior del capitalismo. Si convenimos con Lenin en que la guerra hispano-cubano-norteamericana fue la primera guerra imperialista que conoció el mundo, de esto debemos inferir que el régimen interventor en Cuba fue el primer régimen interventor imperialista que existió. De ahí que la política que los Estados Unidos ensayó en Cuba luego le serviría de patrón para aplicarla en los países subdesarrollados que se encontraban en su área de influencia. La experiencia adquirida durante la intervención militar le sirvió al naciente imperialismo norteamericano para experimentar en Cuba por primera vez la dominación política, económica y social de un país subdesarrollado, a través de la burguesía azucarera, los grandes latifundistas nativos y el alto comercio importador. En el curso de la intervención los políticos imperialistas norteamericanos comprendieron que para mantener a Cuba bajo su tutela no existía un instrumento más adecuado que estas clases sociales. A pesar de la política seguida en los primeros años de la intervención por el presidente de los Estados Unidos, McKinley, y el gobernador interventor de la Isla, Wood, tendiente a propiciar la anexión de Cuba, los políticos norteamericanos más inteligentes, como el sucesor de McKinley, Teodoro Roosevelt, estuvieron conscientes de que era preferible gobernar a través de los partidos políticos burgueses. A esos efectos, Wood le impuso a la Asamblea Constituyente la coyunda de acatar la Enmienda Platt, o la anexión de la Isla a los Estados Unidos como un estado más de la Unión.

Desbrozado el camino una vez impuesta la Enmienda Platt, el imperialismo norteamericano se dio a la tarea de preparar las condiciones para concederle «la libertad y la independencia» (*sic*) a la Isla. La ominosa y humillante Enmienda Platt, en sus artículos III y VII, aseguraba a los imperialistas su dominio irrestricto sobre Cuba, en la eventualidad de que los gobiernos lacayos que servían

a sus intereses pudieran en un momento determinado entrar en contradicción con ellos. Del articulado de la Enmienda se desprendía que los Estados Unidos podían intervenir en Cuba por cualquier motivo. Al mismo tiempo que, en virtud del artículo VII, se abrogaban el derecho de establecer bases navales en nuestro territorio para ejercer presión sobre los gobiernos que servían de testafierros de sus intereses y frustrar cualquier movimiento revolucionario triunfante.

Ningún dirigente político cubano reunía en sí las cualidades de Tomás Estrada Palma para representar los intereses del imperialismo una vez cesada la intervención norteamericana en Cuba y comenzado el período republicano. Iniciador de la guerra de los Diez Años, delegado del Partido Revolucionario Cubano en New York y gestor anónimo de la intervención armada de los Estados Unidos en 1898, Estrada Palma era a los ojos de una gran parte de la opinión pública, ignorante de su participación en la ingerencia norteamericana, un patriota con una extensa hoja de servicios a la revolución. Sin embargo, en los oscuros conciliábulos que tuviera como representante del Partido Revolucionario Cubano con los políticos imperialistas en los Estados Unidos, se había revelado como un hombre débil y vacilante, propenso a aceptar las más arbitrarias exigencias. La declaración de Estrada Palma durante una conferencia con el secretario de Guerra de los Estados Unidos, Elius Root, en la que hacía patente que le interesaba más «la libertad que la independencia», lo mostraba desde entonces como un candidato de primera línea para la República que había de nacer mediatizada y frustrada el 20 de mayo de 1902. En carta dirigida en febrero 1.º de 1898 al comandante Andrés Moreno de la Torre, entonces secretario de Relaciones Exteriores de la República en Armas, Estrada Palma no disimulaba sus sentimientos anexionistas, ni su condición de servidor incondicional de los Estados Unidos:

Las notas que semanalmente hago llegar a manos del Presidente de los Estados Unidos considero que

contribuyen fuertemente a decidir su ánimo. Todas ellas se encaminan a demostrarle que, si bien el pueblo cubano no quiere por ahora la anexión a los Estados Unidos, que tampoco la necesita, está deseoso de que el Gobierno americano de algún modo venga a servir de garantía para la paz interior de nuestro país, de manera que la República de Cuba inspire confianza suficiente para que los capitalistas extranjeros se sientan alentados a invertir grandes sumas en nuestros bonos y a propender con su dinero al desarrollo de nuestras industrias y a empresas de utilidad pública.

Días antes de haber escrito Estrada Palma esa carta, el 29 de enero de 1898 dirigió una comunicación al señor René de Marimón, que era el seudónimo usado en la revolución por el señor Perfecto Lacoste, en la que, entre otras cosas, le dice: «Un medio hay que el Presidente de los EE.UU. conoce, por el cual, sin necesidad de anexión, absolutamente, el Gobierno de los Estados Unidos tendrá en la República de Cuba una intervención directa que servirá para imprimir moralidad a la administración de nuestra Hacienda y para darnos crédito con los capitalistas que nos presten su dinero. No debo ser más explícito». Como podemos ver, Estrada Palma se mostraba partidario de un régimen de dependencia similar al que dos años después se impondría con la Enmienda Platt.

El candidato rival de Estrada Palma en las elecciones, que presidiera el interventor Wood, distaba mucho de gozar de los favores y simpatías de los imperialistas norteamericanos. Alrededor de Masó se habían nucleado desde un primer momento los miembros de la Asamblea Constituyente que se habían opuesto con más violencia a la Enmienda Platt y los elementos más fieles al legado independentista y antimperialista de Martí y Maceo. Estos patriotas cubanos que se habían adherido a la candidatura de Masó eran calificados por el infame procónsul yanqui Wood, como «los degenerados de la convención, dirigidos por un negrito de nombre Juan Gualberto Gómez,

hombre de hedionda reputación así en lo moral como en lo político». El odio y el desprecio que destilaba el miserable imperialista por los revolucionarios cubanos no se diferencia en nada de los bajos y mezquinos sentimientos que experimentan los imperialistas en la actualidad hacia todos los pueblos del mundo, a los que consideran inferiores. Del imperialista Wood, dueño absoluto de los fusiles, y con el respaldo de las clases dominantes cubanas, no se podía esperar que cediera voluntariamente el poder a los partidarios de Masó, que aspiraban al logro de la independencia absoluta de Cuba y a la abolición de la Enmienda. Arbitrariamente, Wood designó para presidir la Junta Central de Escrutinio, o Junta Suprema Electoral, a cinco partidarios de Estrada Palma, y a ninguno de Masó. La coalición masoísta solicitó del régimen interventor que se le diera participación en dicha Junta Electora], agregando a ella a dos prosélitos de Masó, y que se le permitiera obtener el mismo día de la elección en cada colegio electoral una certificación del resultado de la votación. La petición fue denegada por el interventor Wood. Al encontrarse en un callejón sin salida, Masó acordó no concurrir a las elecciones presidenciales el 31 de diciembre. Sin tomar en consideración que la prensa había anunciado que a los comicios había asistido un número muy reducido de ciudadanos como consecuencia del retraimiento, la Junta Electoral, con la mayor impudicia, elevó a la casi totalidad de los inscriptos en las listas electorales el número de votantes.

Bajo estos auspicios de fraude y brava electoral resultó vencedor en unas elecciones sin contrario el candidato del imperialismo, Tomás Estrada Palma. El gabinete que designó para colaborar en la tarea de gobernar el país estaba compuesto por cinco autonomistas, de los cuales cuatro habían firmado un manifiesto contra el movimiento revolucionario del 95. Los inversionistas yanquis, la burguesía azucarera, los grandes latifundistas, el gran comercio importador español estaban de plácemes. Una vez cada cuatro años el pueblo, bajo la ilusión

engañoso del régimen democrático burgués que inauguraba la República, elegía a «sus gobernantes». Mientras tanto, los explotadores extranjeros y nacionales tenían manos libres para convertir el sudor y el trabajo del pueblo en dólares. Cualquier intento de reformar el régimen de propiedad privada y de privilegios a los monopolistas extranjeros sería reprimido rápidamente por las fuerzas militares norteamericanas. La Enmienda Platt había previsto esa posibilidad también.

SURGIMIENTO DE UNA CONCIENCIA ANTIMPERIALISTA EN EL PUEBLO CUBANO

La concesión de la independencia nominal a Cuba no se debió exclusivamente a los estrechos vínculos económicos que se crearon entre la burguesía cubana y el capital financiero norteamericano. Los Estados Unidos, al intervenir en el conflicto hispano-cubano, lo hacían con miras a convertir la Isla en una colonia económica del imperio. Sin embargo, una vez que se inició la intervención militar una serie de obstáculos imprevistos empezaron a surgirle en el camino. Los propósitos de Wood de convertir a todo el pueblo cubano en partidario de la idea de la anexión no prosperaban. Aunque se había logrado eliminar el ejército mambí, las manifestaciones de hostilidad a la idea interventora cada día se hacían más patentes en el pueblo cubano. Los capitales norteamericanos eran voraces, pero también eran nerviosos y pusilánimes. Querían explotar cómodamente al pueblo cubano sin tener que afrontar una guerra dura y prolongada como la que sufriera España. Los métodos que emplearon los mambises en la guerra contra España aterrorizaban a los capitalistas yanquis, que empezaban a invertir millones de dólares en la industria azucarera. La política de dar fuego a los cañaverales podía arruinar a los capitalistas yanquis, que recientemente comenzaban a penetrar y dominar la economía cubana con sus capitales sobrantes.

Por otra parte, desde el momento en que las tropas norteamericanas penetraron en las ciudades cubanas, se empezaron a notar señales de disgusto y de repulsa. En las páginas de los periódicos *El Mundo*, *La Discusión*, *El Mambí* se reflejaba la voluntad de las masas populares de lograr la independencia íntegra y la soberanía total de la nación cubana. El caricaturista Ricardo de la Torriente fustigaba con su ingenio mordaz al naciente imperialismo, al cual representaba como un pulpo, y a toda la cohorte de autonomistas y lacayos que pedían la anexión. Se celebraban mítines de repulsa y condenación contra los sospechosos propósitos de anexarse la Isla que abrigan los imperialistas.

El recibimiento apoteósico de que fue objeto el general Máximo Gómez al llegar con sus tropas a La Habana fue la primera gran manifestación del pueblo de su decisión inquebrantable de lograr la independencia. Nadie como «El Viejo» representaba a los ojos del pueblo la idea de la independencia. Según Emilio Roig de Leuchsenring:

El entierro del Mayor General Calixto García, a quien las fuerzas militares yanquis habían impedido entrar en Santiago de Cuba; el primer homenaje público a Martí; la conmemoración de fechas patrióticas, y los homenajes que se les tributaban a destacadas personalidades revolucionarias fueron otras tantas ocasiones que el pueblo y sus dirigentes más conscientes aprovecharon para ratificar su decisión de liberarse de la Intervención Norteamericana.

Rafael Martínez Ortiz, en el libro *Cuba... Los primeros años de su Independencia*, describe la atmósfera que se respiraba en esos días de grandes anhelos y de grandes reservas: «La soberanía de la isla se deseaba completa. La prensa ponía el grito en el cielo en cuanto se insinuaba alguna idea que tendiese a limitarla en alguna forma, o a prolongar el sistema de tutela establecido por los Estados Unidos. Todo cambio en este se tenía por sospechoso, cuando menos, y no se aceptaba aun cuando parecía favorable».

Los políticos imperialistas estaban conscientes de esta situación y temían por la seguridad de sus propiedades. Un tal Mr. Stillman, que conjuntamente con Mr. Olney integraba los primeros capitales yanquis de consideración en la industria azucarera, declaraba en 1897: «Si Cuba llegara a ser independiente los grandes capitales se retirarán de la Isla».

La eliminación del ejército mambí, la amenaza potencial más grande que enfrentara en sus planes de apoderarse de toda la economía de la Isla, no calmaría, empero, a los intranquilos políticos del capital financiero. Tenían razón al tomar todo tipo de precauciones. La desaparición del Ejército Libertador fue un serio revés para el pueblo, pero esto no lo desarmó moralmente. Tan pronto se supo que el próximo paso imperialista era establecer la Enmienda Platt como apéndice de nuestra Constitución, se produjo un gran movimiento de masas en toda la Isla. Como dice Antonio Bravo Correoso: «El país entró en un período de agitación extraordinario. Las manifestaciones se sucedían unas a otras en todos los pueblos en son de protesta que repercutió en Washington, contra la imposición de los Estados Unidos. Abierta la válvula, el patriotismo se exhibió tan ampliamente, que pudo crear conflictos de orden público y de muy lamentables consecuencias personales y hasta sociales».

Wood, en su alegato en defensa de la Enmienda, afirmaba que existía el peligro de que los elementos revoltosos y turbulentos afectaran las propiedades españolas, situación que se hacía extensiva, naturalmente, a las propiedades norteamericanas. Según el dictador yanqui Wood, los *better elements* (los mejores elementos), la *better class* (la mejor clase social), se mostraban partidarios de la anexión, lo que era suficiente. Pero los políticos imperialistas más avezados estaban conscientes de que esto no bastaba, que el país se hallaba muy lejos de haber sido «adoctrinado» en la idea de la anexión y que una situación de violencia podía surgir. Las artimañas que empleaba Wood para contener las

impaciencias del pueblo no bastaban. A pesar de que en las elecciones municipales, que se llevaron a efecto en 1900 para sustituir los gobiernos locales que dejara España, se excluyó de la votación a 80 % de la población por ser analfabeta y no contar con bienes de fortuna por arriba de \$250,00, y de los fraudes que empleara Wood para poner en la gobernación municipal a elementos autonomistas, una gran cantidad de elementos radicales lograron ser electos.

Aunque la aprobación de la Enmienda por la Constituyente significaba de hecho el término del gobierno interventor, los pronunciamientos de Juan Gualberto Gómez y otros patriotas partidarios de la independencia absoluta caldearon el ánimo de todo el país. Un profundo sentimiento antimperialista se apoderó de las grandes masas populares. Al calor de la primera intervención imperialista se creaba su contrario, un fuerte sentimiento antimperialista. Desafortunadamente, la carencia de una dirección política acertada y el espíritu divisionista que reinaba en el campo revolucionario impidieron que estos sentimientos antimperialistas que existían en el pueblo cuajaran en un poderoso movimiento de masas. Sin embargo, el legado de Martí y Maceo no pudo ser enterrado por los imperialistas. En Sanguily, en Varona, en Baliño se mantuvo latente el espíritu de rebeldía antimperialista que corre como un hilo rojo a través de toda nuestra historia hasta llegar a nuestra gran Revolución socialista.

DESARROLLO DEL PENSAMIENTO REVOLUCIONARIO CUBANO

La dimensión del pensamiento antimperialista de Sanguily estuvo a la altura del gran movimiento revolucionario en que se había forjado. Su proyecto de ley que prohibía la venta de tierras a extranjeros y su oposición al llamado Tratado de Reciprocidad Comercial con los Estados Unidos nos lo revelan como el estadista de más

amplia visión política de la época. La profundidad de su pensamiento se advierte tan pronto como empezamos a leer los párrafos centrales de su discurso en oposición al Tratado que nos encadenaba definitivamente al imperialismo:

El Tratado es una perturbación más, un nuevo factor de confusión y de trastorno, acaso motivo también a la larga de desesperación irrecusable de las clases de abajo, que llevan sobre sus hombros, y llevarán con mayor pesadumbre el esplendor de las otras, y que al cabo —humildes y casi siempre ignoradas— son las que deciden en definitiva el destino de los pueblos; porque el problema de la reciprocidad, como el problema nacional, el problema fundamental de la vida económica y de la vida independiente de los cubanos, está íntimamente relacionado con el problema de los trust americanos. Primero poco a poco, ya con rapidez alarmante, nos invaden esas asociaciones, como pulpos inmensos que se empeñan en recoger en sus tentáculos, para ahogar nuestra personalidad, cuantas manifestaciones reales y posibles consienten nuestra vida general y nuestra vida económica; y no os desentendáis de que esas combinaciones de capitales que se llaman trust no existen ni podrían existir por la mera explotación de las industrias; sino por fuerza han de vivir y solo viven en razón de los privilegios que obtienen, por lo que de propia necesidad tienen que explotar al Estado sujetándolo a su influencia y poderío corruptor.

Este soberbio análisis de la naturaleza del naciente imperialismo norteamericano nos señala a Sanguily como uno de los precursores del pensamiento antimperialista en América. Los cubanos, en contacto con la realidad absorbente del imperialismo, enfrentados a la invasión de capitales extranjeros, analizaban acuciosamente el fenómeno del desarrollo imperialista. El concepto ex-

puesto por Sanguily del apoderamiento del Estado por los gigantescos monopolios sería más tarde estudiado científicamente por Lenin. En este mismo discurso, Sanguily esbozó la gran contradicción de nuestros tiempos entre los monopolios y los países socialistas regidos por la dictadura del proletariado. Solo que Sanguily, en vez de usar el término dictadura del proletariado empleado por Marx, hace referencia a la tiranía del Estado. Esto es comprensible debido a la poca divulgación de las ideas marxistas en aquella época y a las naturales limitaciones de Sanguily.

Para Sanguily la contradicción entre el régimen de libre empresa (existente antes de la creación de los monopolios) y los monopolios, traería aparejada: «La tiranía del capital, con el predominio de los trust o la tiranía del Estado o de la masa, en todas las posibles manifestaciones del socialismo».

Carlos Baliño, del mismo modo que Sanguily, veía el desarrollo de nuestra sociedad sin la necesidad de los capitales extranjeros. Sin embargo, Baliño, pertrechado con las ideas marxistas, abogaba por la vía de desarrollo socialista de nuestra sociedad. Cuando el Mr. Stillman al que hemos hecho referencia anteriormente amenazaba con que todos los capitales extranjeros se retirarían de la Isla si Cuba obtenía la independencia, Baliño comentaba con satisfacción: «Magnífico, no se llevarán consigo la tierra fecunda, ni los brazos robustos, ni las voluntades resueltas, ni las inteligencias varoniles, no se llevarán consigo la facultad productiva, sino la facultad explotadora». Más unido que Sanguily a las luchas de la naciente clase obrera, enraizado plenamente en los problemas más urgentes de los desposeídos, entregado por completo a las luchas por el desarrollo de la conciencia de los trabajadores y por la creación de organizaciones sindicales, Baliño, en un principio, no tuvo una visión tan amplia como el patricio cubano del fenómeno imperialista. Sin embargo, lo poco que le podía faltar en el análisis de la realidad imperialista lo compensaba con su profundo

conocimiento de la realidad laboral, adquirido en sus luchas por la clase obrera. Lo que le faltaba en amplitud, lo suplía en profundidad.

Esto es lo que revela el estudio de los documentos de Baliño en los primeros años republicanos. Sin embargo, la lectura de las obras de Scott Nearing, a quien tradujo al español, y de Lenin por los años veinte, y el contacto con el fenómeno imperialista que cada vez adquiría características más avasalladoras en Cuba, dieron a Baliño una perspectiva de conjunto sumamente amplia del imperialismo norteamericano. Por otra parte, la Revolución de Octubre le sirvió para desechar algunas ideas que posiblemente aún sustentaba sobre la posibilidad de que los pueblos llegaran pacíficamente al socialismo.

Los versos épicos que escribiera exaltando la capacidad combativa y revolucionaria de la clase obrera, así lo confirman:

No les espanta el horroroso yugo,
Afrontan el dolor santo y fecundo
Y aceptan los dolores de la Guerra
En su misión de transformar el mundo.

Ellos con sus ingentes sacrificios
Harán reinar al fin la paz bendita
Sobre la faz del mundo transformada
Que en la matriz del porvenir palpita.

Alentando las santas rebeliones
Y alzando a los que viven de rodillas
Pondrán una piqueta en cada mano
Y arrasarán las últimas Bastillas.

Ya se bate en sus últimos reductos
La explotación causante de la guerra
Y vivirán en Paz los hombres cuando
La Justicia social reine en la tierra.

La culminación de toda la actividad revolucionaria de Baliño fue la fundación del Partido Comunista de Cuba, conjuntamente con Julio Antonio Mella, en 1925. En Sanguily y en Baliño están las dos principales vertientes del pensamiento revolucionario nacido en Cuba como resultado de la explotación capitalista e imperialista.

DATOS DEL AUTOR

JORGE IBARRA CUESTA (Santiago de Cuba, 1931-La Habana, 2017). Investigador histórico, ensayista y profesor. Participó en la lucha clandestina. Doctor en Derecho (1960) y en Ciencias Históricas (1997) por la Universidad de La Habana, donde ejerció la docencia. Trabajó también en el Instituto de Historia y colaboró en numerosas publicaciones nacionales y extranjeras. Entre otros reconocimientos, recibió la Distinción Por la Cultura Nacional, las medallas de la Clandestinidad y Alejo Carpentier, así como los Premios Nacionales de Ciencias Sociales (1996) e Historia (2008). En su bibliografía activa personal, que cuenta con alrededor de veinte títulos, la mayor parte publicados por la Editorial de Ciencias Sociales, destacan *Aproximaciones a Clío* (1979), *José Martí; dirigente político e ideólogo revolucionario* (1980), *Nación y cultura nacional* (1981), *Un análisis psicosocial del cubano: 1898-1925* (1985), *Cuba: 1898-1921, partidos políticos y clases sociales* (1992), *Cuba: 1898-1958: estructura y procesos sociales* (1995), *Máximo Gómez y la disolución del Ejército Libertador* (2000), *Varela, el precursor: un estudio de época* (2004), *Patria, etnia y nación* (2007), *Encrucijadas de la guerra prolongada* (2008), *Marx y los historiadores ante la hacienda y la plantación esclavistas* (2008). Se le reconoce como una figura cumbre de la historiografía cubana en la época de la Revolución.